

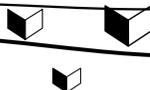


9

# Martín Fierro

José Hernández

Serie  
Río de Letras  
Literatura  
Plan Nacional de Lectura y Escritura





9

# Martín Fierro

José Hernández

Martín Fierro / José Hernández 1a. ed. -- Bogotá : Ministerio de Educación Nacional, 2016  
p. : il. (Río de letras. Literatura)  
“Edición Digital para la Biblioteca 2.0 del PNLE. Obra seleccionadas por ser representativas de la tradición literaria latinoamericana”  
ISBN 978-958-691-829-9  
1. Literatura 2. Retórica

**Plan Nacional de Lectura y Escritura**

© Ministerio de Educación, 2016

**Juan Manuel Santos Calderón**

Presidente de la República

**Gina Parody d’Echeona**

Ministra de Educación Nacional

**Víctor Javier Saavedra Mercado**

Viceministro de Educación Preescolar,  
Básica y Media

**Ana Bolena Escobar Escobar**

Directora de Calidad para la Educación  
Preescolar, Básica y Media

**Paola Trujillo Pulido**

Subdirectora de Fomento de Competencias

**Sandra Morales Corredor**

Gerente del Plan Nacional de Lectura  
y Escritura

**CIER Centro**

Coordinación editorial, diseño, ilustración  
y diagramación

**Mauricio Arévalo Arbeláez**

Edición

**Equipo pedagógico del PNLE**

Selección de textos y revisión de material

ISBN: 978-958-691-829-9

Las opiniones y expresiones de los autores no reflejan necesariamente las del Ministerio de Educación Nacional.

Reservados todos los derechos. Se permite la reproducción parcial o total de la obra por cualquier medio o tecnología, siempre que se den los créditos correspondientes al autor y al Ministerio de Educación Nacional.



## Índice

Tabla de recursos	7
Sobre la Colección Literatura	8
Biografía	10
Martín Fierro	12
El Gaucho Martín Fierro	15
La vuelta de Martín Fierro	137

## Tabla de recursos

Encuentra junto a este libro recursos digitales para conocer, comprender e interpretar la obra literaria.

### Antes de la lectura

-  Video: Martín Fierro y la argentinidad 12
-  Animación: La leyenda del gaucho 14

### Durante la lectura

-  Audio: ¿Quién es Martín Fierro? 18
-  Galería: Los americanismos 117

### Después de la lectura

-  Interactivo: La Pulpería 30
-  Interactivo: La sabiduría popular del gaucho 112

---

## Sobre la Colección **Literatura**

La manera de representarnos como individuos y ciudadanos, por medio de la lectura y escritura, dice mucho de la sociedad en la que vivimos y a la que aspiramos. Por ello el Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi Cuento», del Ministerio de Educación Nacional, pone a disposición de los lectores colombianos 24 títulos de literatura latinoamericana que dan cuenta de la riqueza cultural de nuestro pasado literario y de los rasgos más característicos de la cultura latinoamericana.

Se trata de obras seleccionadas por ser representativas de las tradiciones literarias de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Cuba, Ecuador, Nicaragua, Perú y Uruguay, entre otros. Son libros que a lo largo de toda la historia latinoamericana han tenido una influencia decisiva en la cultura mundial, pues dejan al descubierto situaciones históricas, sociales y culturales propias de una época determinada, a través de una estética rica en descripciones y en expresiones propias del lenguaje figurado, del humor, de la sátira y de la ironía.

Esta colección de literatura latinoamericana está en formato digital enriquecido por recursos pedagógicos multimedia. Así, además de literatura de alta calidad, ofrecemos contenidos que permitirán el acceso masivo desde diferentes lugares del país, y del mundo, así como una herramienta para el trabajo en el aula y la biblioteca escolar, además de una conexión con las nuevas formas de aprender de niños, niñas y jóvenes de esta generación.

La lectura de estos textos ofrece el contexto histórico, social, político y artístico de cada obra, articulado con las particularidades de forma y contenido significativas para la interpretación. Además, el contenido está dispuesto para que el lector profundice en cada aspecto relevante de la obra a medida que se avanza en la lectura, con actividades de comprensión y apropiación en tres etapas: antes de iniciar la lectura, durante la lectura y después de la lectura.

Gina Parody d'Echeona





## 👤 Biografía 👤

**José Hernández** fue un importante periodista, escritor y político argentino. Su fecha de nacimiento, el 10 de noviembre de 1834, es la razón por la que se celebra el Día de la Tradición en Argentina.

Durante su infancia, Hernández se crió en Buenos Aires con sus tíos y abuelos mientras sus padres trabajaban en el campo. Una enfermedad en el pecho y la muerte de su madre lo obligaron a abandonar la ciudad y volver a radicarse con su padre. En estos años, el escritor conoció y se familiarizó con el mundo rural, se despertó en él admiración y fascinación por el gaucho argentino, y fue testigo de los conflictos políticos por la tierra y de las luchas que se libraban con los indios y los maleantes.

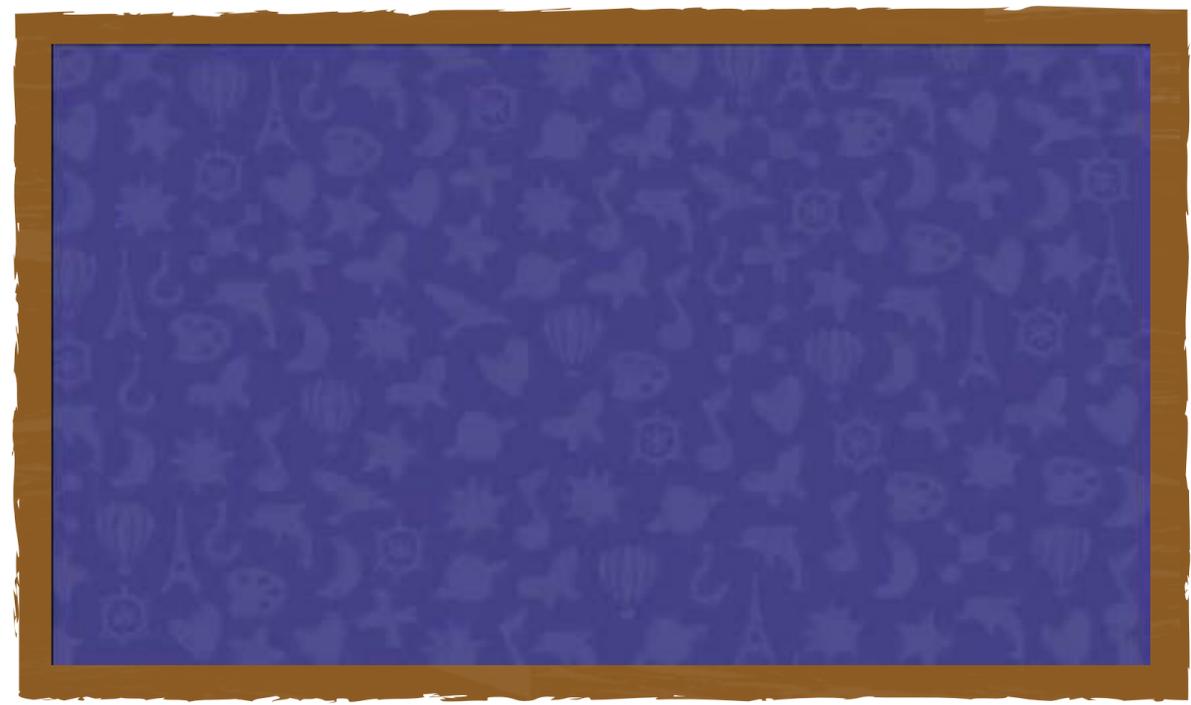
Durante su actividad militar y política, Hernández fue defensor acérrimo del Federalismo en su país; es decir, quería que las provincias argentinas se mantuvieran independientes del Estado de Buenos Aires. Su apoyo a este tipo de gobierno lo llevó a participar en una de las rebeliones del militar Ricardo López Jordán, lo cual lo obligó a vivir en exilio en Brasil tras la derrota de los gauchos en 1871. Sus convicciones políticas le acarrearón múltiples enemistades con algunas de las figuras más relevantes del gobierno argentino, entre las que se encontraban Juan Manuel de Rosas (gobernador de la Provincia de Buenos Aires y el principal caudillo de la Confederación Argentina) y Domingo Faustino Sarmiento, cuya obra *Facundo* se oponía ideológicamente a la idealización del gaucho que Hernández escribiría en su *Martín Fierro*.

Un año después de su exilio, Hernández volvería a su país, en donde escribiría la primera parte de su obra más importante, *El gaucho Martín Fierro*. El poema se convirtió en un suceso literario y político y fue su mayor contribución a la causa de los gauchos. Después de que se publicara la segunda parte, *La vuelta del Martín Fierro*, se consideró su obra como la más importante de la literatura argentina. Luego de su primera aparición, en 1872, el poema épico sobre las desventuras de un gaucho llamado Martín Fierro se reeditó once veces, lo que convirtió al *Martín Fierro* en uno de los primeros fenómenos editoriales más exitosos de nuestro continente.

Fue diputado provincial y, en 1880, defendió el proyecto de federalización, por el cual Buenos Aires pasó a ser la capital del país. En 1881 fue elegido senador provincial y fue reelegido para este cargo hasta 1885. Estuvo muy cerca del mundo de la política hasta su muerte, un año después, en 1886.

Aunque para el momento en que se publicó *Martín Fierro* la crítica literaria (casi inexistente en esa época) ya había comenzado a hablar del concepto de *literatura gauchesca*, fue Hernández quien la popularizó y quien logró concretar los proyectos políticos del gaucho a través de su poesía. Esto fue, quizá, lo que logró que el poema se consolidara como la cúspide de la literatura nacional argentina.

## Martín Fierro y la argentinidad



## La leyenda del gaucho



Tabla de recursos

## El gaucho Martín Fierro I

Aquí me pongo a cantar  
al compás de la vigüela,  
que el hombre que lo desvela  
una pena extraordinaria,  
como la ave solitaria  
con el cantar se consuela.

Pido a los Santos del Cielo  
que ayuden mi pensamiento,  
les pido en este momento  
que voy a cantar mi historia  
me refresquen la memoria,  
y aclaren mi entendimiento.

Vengan Santos milagrosos,  
vengan todos en mi ayuda,  
que la lengua se me añuda  
y se me turba la vista;  
pido a mi Dios que me asista  
en esta ocasión tan ruda.



Yo he visto muchos cantores,  
con famas bien obtenidas,  
y que después de alquiridas  
no las quieren sustentar—:  
parece que sin largar  
se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa  
Martín Fierro ha de pasar,  
nada lo hace recular  
ni las fantasmas lo espantan;  
y dende que todos cantan  
yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,  
cantando me han de enterrar,  
y cantando he de llegar  
al pie del Eterno Padre—  
dende el vientre de mi madre  
vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua  
ni me falte la palabra  
el cantar mi gloria labra  
y poniéndome a cantar,  
cantando me han de encontrar  
aunque la tierra se abra.



Me siento en el plan de un bajo  
a cantar un argumento—  
como si soplara el viento  
hago tiritar los pastos—  
con oros, copas y bastos,  
juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao,  
mas si me pongo a cantar  
no tengo cuándo acabar  
y me envejezco cantando;  
las coplas me van brotando  
como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano  
ni las moscas se me arriman,  
naides me pone el pie encima,  
y cuando el pecho se entona,  
hago gemir a la prima  
y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo  
y toraso en rodeo ageno,  
siempre me tuve por güeno  
y si me quieren probar,  
salgan otros a cantar  
y veremos quién es menos.



No me hago al lao de la güeya  
aunque vengan degollando,  
con los blandos yo soy blando  
y soy duro con los duros,  
y ninguno, en un apuro  
me ha visto andar titubiando.  
En el peligro ¡qué Cristos!  
el corazón se me enancha  
pues toda la tierra es cancha,  
y de esto naides se asombre,  
el que se tiene por hombre  
ande quiera hace pata ancha.



Soy gaucho, y entiendanló  
como mi lengua lo esplica,  
para mí la tierra es chica  
y pudiera ser mayor,  
ni la víbora me pica  
ni quema mi frente el Sol.



Nací como nace el peje  
en el fondo de la mar,  
naides me puede quitar  
aquello que Dios me dio  
lo que al mundo truje yo  
del mundo lo he de llevar.



#### ¿Quién es Martín Fierro?

Escucha a Martín Fierro cantando. Observa cómo se describe a sí mismo en su canto.

Mi gloria es vivir tan libre  
como el pájaro del Cielo,  
no hago nido en este suelo  
ande hay tanto que sufrir;  
y naides me ha de seguir  
cuando yo remonto el vuelo.

Yo no tengo en el amor  
quien me venga con querellas,  
como esas aves tan bellas  
que saltan de rama en rama—  
yo hago en el trébol mi cama,  
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos me escuchan  
de mis penas el relato  
que nunca peleo ni mato  
sino por necesidá;  
y que a tanta alversidá  
sólo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación  
que hace un gaucho perseguido  
que fue buen padre y marido  
empeñoso y diligente,  
y sin embargo la gente  
lo tiene por un bandido.





Ninguno me hable de penas  
 porque yo penando vivo—  
 y naides se muestre altivo  
 aunque en el estribo esté,  
 que suele quedarse a pie  
 el gaucho más alvertido.



Junta esperencia en la vida  
 hasta pa dar y prestar,  
 quien la tiene que pasar  
 entre sufrimiento y llanto;  
 porque nada enseña tanto  
 como el sufrir y el llorar.



Viene el hombre ciego al mundo  
 cuartiándolo la esperanza,  
 y a poco andar ya lo alcanzan  
 las desgracias a empujones;  
 ¡Jue pucha! que trae liciones  
 ¡el tiempo con sus mudanzas!



Yo he conocido esta tierra  
 en que el paisano vivía.  
 Y su ranchito tenía  
 y sus hijos y mujer...  
 Era una delicia el ver  
 cómo pasaba sus días.

Entonces... cuando el lucero  
 brillaba en el cielo santo  
 y los gallos con su canto  
 la madrugada anunciaban,  
 a la cocina rumbiaba  
 el gaucho... que era un encanto.

Y sentao junto al jogón  
 a esperar que venga el día,  
 al cimarrón le prendía  
 hasta ponerse rechoncho,  
 mientras su china dormía  
 tapadita con su poncho.

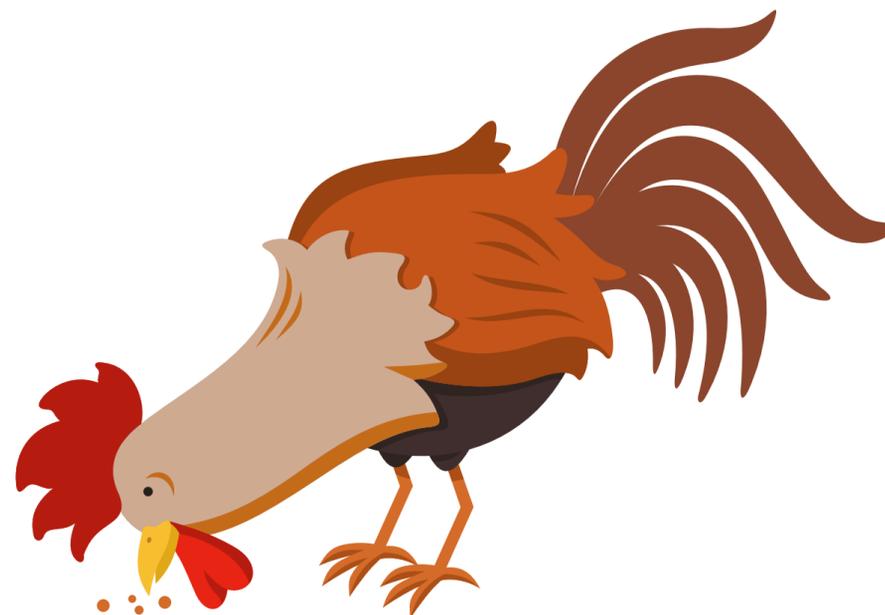


Y apenas el horizonte  
empezaba a coloriar,  
los pájaros a cantar,  
y las gallinas a apiarse,  
era cosa de largarse  
cada cual a trabajar.

Éste se ata las espuelas  
se sale el otro cantando,  
uno busca un pellón blando,  
éste un lazo, otro un rebenque,  
y los pingos relinchando  
los llaman desde el palenque.

El que era pión domador  
enderezaba al corral,  
ande estaba el animal  
bufidos que se las pela...  
Y más malo que su agüela  
se hacía astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente  
en cuanto al potro enriendó,  
los cueros le acomodó



y se le sentó en seguida,  
que el hombre muestra en la vida  
la astucia que Dios le dio.

Y en las playas corcobiando  
pedazos se hacía el sotreta,  
mientras él por las paletas  
le jugaba las lloronas,  
y al ruido de las caronas  
salía haciéndose gambetas.

¡Ah! ¡tiempos!... era un orgullo  
ver ginetiar un paisano—  
Cuando era gaucho vaquiano  
aunque el potro se boliase  
no había uno que no parase  
con el cabresto en la mano.

Y mientras domaban unos,  
otros al campo salían,  
y la hacienda recogían,  
las manadas repuntaban,  
y así sin sentir pasaban  
entretenidos el día.

Y verlos al caer la noche  
 en la cocina riunidos  
 con el juego bien prendido  
 y mil cosas que contar,  
 platicar muy divertidos  
 hasta después de cenar.



Y con el buche bien lleno  
 era cosa superior  
 irse en brazos del amor  
 a dormir como la gente,  
 pa empezar al día siguiente  
 las faenas del día anterior.

¡Ricuerdo!... ¡Qué maravilla!  
 cómo andaba la gauchada,  
 siempre alegre y bien montada  
 y dispuesta pa el trabajo...  
 pero hoy al presente... ¡barajo!  
 no se le ve de aporriada.

El gaucho más infeliz  
 tenía tropilla de un pelo,  
 no le faltaba un consuelo



y andaba la gente lista...  
 tendiendo al campo la vista  
 sólo vía sino hacienda y cielo.



Cuando llegaban las yerras,  
 ¡cosa que daba calor!  
 tanto gaucho pialador  
 y tironiador sin yel—.  
 ¡Ah tiempos!... pero sin él  
 se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo,  
 más bien era una junción,  
 y después de un güen tirón  
 en que uno se daba maña,  
 pa darle un trago de caña  
 solía llamarlo el patrón.



Pues vivía la mamajuana  
 siempre bajo la carreta,  
 y aquel que no era chancleta  
 en cuanto el goyete vía,  
 sin miedo se le prendía  
 como güérfano a la teta.

¡Y qué jugadas se armaban  
cuando estábamos riunidos!  
Siempre íbamos prevenidos  
pues en tales ocasiones,  
a ayudarles a los piones  
caiban muchos comedidos.

Eran los días del apuro  
y alboroto pa el hembraje,  
pa preparar los potajes  
y obsequiar bien a la gente,  
y ansí, pues, muy grandemente,  
pasaba siempre el gauchage.

Venía la carne con cuero,  
la sabrosa carbonada,  
mazamorra bien pisada  
los pasteles y el güen vino...  
pero ha querido el destino,  
que todo aquello acabara.



Estaba el gaucho en su pago  
con toda siguridá:  
pero aura... ¡barbaridá!  
la cosa anda tan fruncida,  
que gasta el pobre la vida  
en juir de la autoridá.

Pues si usted pisa en su rancho  
y si el alcalde lo sabe  
lo caza lo mesmo que ave  
aunque su mujer aborte...  
¡No hay tiempo que no se acabe  
ni tiento que no se corte!

Y al punto dese por muerto  
si el alcalde lo bolea,  
pues ay nomás se le apea  
con una felpa de palos—,  
y después dicen que es malo  
el gaucho si los pelea.

Y el lomo le hinchán a golpes,  
y le rompen la cabeza,  
y luego con ligereza

ansí lastimao y todo,  
lo amarran codo con codo  
y pa el cepo lo enderiezan.

Ay comienzan sus desgracias,  
ay principia el pericón;  
porque ya no hay salvación,  
y que usted quiera o no quiera,  
lo mandan a la frontera  
o lo echan a un batallón.

Ansí empezaron mis males  
lo mesmo que los de tantos,  
si gustan... en otros cantos  
les diré lo que he sufrido—  
después que uno está... perdido  
no lo salvan ni los santos.





Tuve en mi pago en un tiempo  
hijos, hacienda y mujer,  
pero empecé a padecer,  
me echaron a la frontera,  
¡y qué iba a hallar al volver!  
Tan sólo hallé la tapera.

Sosegao vivía en mi rancho  
como el pájaro en su nido—  
allí mis hijos queridos  
iban creciendo a mi lao...  
Sólo queda al desgraciao  
lamentar el bien perdido.

Mi gala en las pulperías  
era en habiendo más gente,  
ponerme medio caliente  
pues cuando puntiao me encuentro  
me salen coplas de adentro  
como agua de la virtiente.



Cantando estaba una vez  
en una gran diversión;  
y aprovechó la ocasión  
como quiso el Juez de Paz...  
se presentó, y ahí no más  
hizo una arriada en montón.

Juyeron los más matreros  
y lograron escapar—  
yo no quise disparar—  
soy manso y no había por qué—  
muy tranquilo me quedé  
y así me dejé agarrar.

Allí un gringo con un órgano  
y una mona que bailaba,  
haciéndonos reir estaba  
cuando le tocó el arreo—  
¡tan grande el gringo y tan feo!  
lo viera cómo lloraba.

Hasta un Inglés sangiador  
que decía en la última guerra,  
que él era de Inca la perra

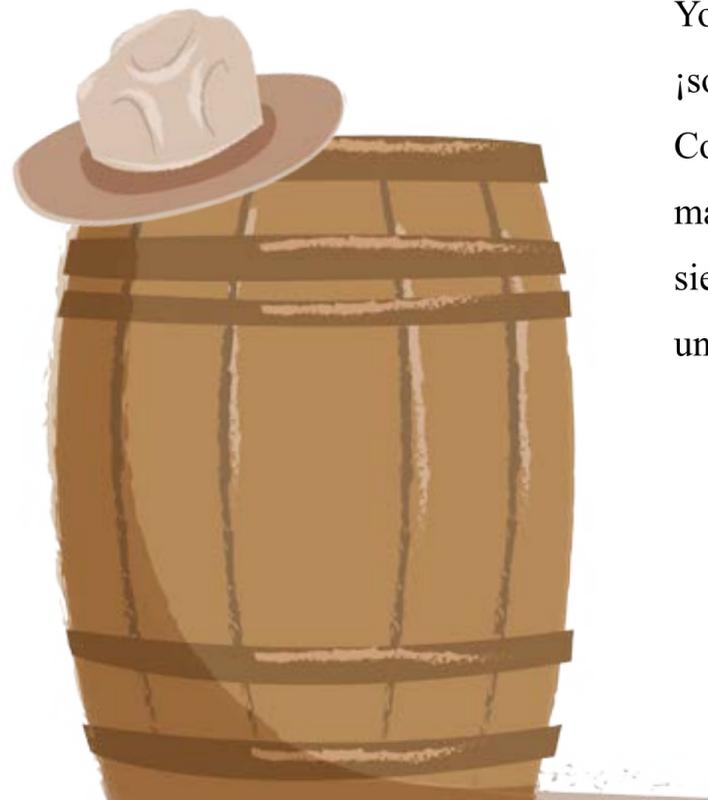


y que no quería servir,  
 tuvo también que juir  
 y guarecerse en la Sierra.

Ni los mirones salvaron  
 de esa arriada de mi flor—  
 fue acoyarao el cantor  
 con el gringo de la mona—  
 a uno sólo, por favor,  
 logró salvar la patrona.

Formaron un contingente  
 con los que del baile arriaron—  
 con otros nos mesturaron  
 que habían agarrao también—  
 Las cosas que aquí se ven  
 ni los diablos las pensaron.

A mí el Juez me tomó entre ojos  
 en la última votación—  
 me le había hecho el remolón  
 y no me arrimé ese día,  
 y él dijo que yo servía  
 a los de la esposición.



Y así sufrí ese castigo  
 tal vez por culpas ajenas—  
 que sean malas o sean güenas  
 las listas, siempre me escondo—  
 yo soy un gaucho redondo  
 y esas cosas no me enllenan.

Al mandarnos nos hicieron  
 más promesas que a un altar—  
 el Juez nos jue a ploclamar  
 y nos dijo muchas veces:  
 «Muchachos a los seis meses  
 »los van a ir a revelar».

Yo llevé un moro de número,  
 ¡sobresaliente el matucho!  
 Con él gané en Ayacucho,  
 más plata que agua bendita  
 siempre el gaucho necesita  
 un pingo pa fiarle un pucho.

Y cargué sin dar más güeltas  
con las prendas que tenía,  
jergas, poncho, cuanto había  
en casa, tuito lo alcé—  
a mi china la dejé  
media desnuda ese día.

No me faltaba una guasca,  
esa ocasión eché el resto;  
bozal, maniador, cabresto,  
lazo, bolas y manea...  
¡el que hoy tan pobre me vea  
tal vez no crea todo esto!

Así en mi moro escarciando  
enderesé a la frontera;  
aparcero, si usté viera  
lo que se llama Cantón...  
Ni envidia tengo al ratón  
en aquella ratonera.



De los pobres que allí había  
a ninguno lo largaron;  
los más viejos rezongaron,  
pero a uno que se quejó  
en seguida lo estaquiaron  
y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde  
el Gefe nos cantó el punto  
diciendo: «Quinientos juntos  
»llevará el que se resierte,  
»lo haremos pitar del juerte  
»más bien dese por dijunto».

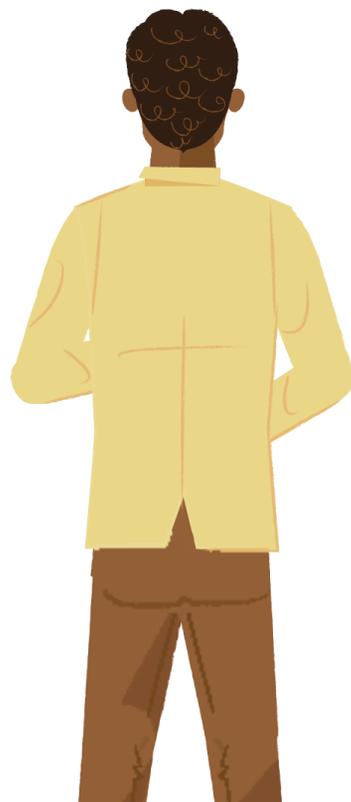
A naides le dieron armas  
pues toditas las que había  
el Coronel las tenía,  
sigún dijo esa ocasión,  
pa repartirlas el día  
en que hubiera una invasión.



Al principio nos dejaron  
de haraganes criando sebo,  
pero después... no me atrevo  
a decir lo que pasaba—  
Barajo... si nos trataban  
como se trata a malevos.

Porque todo era jurarle  
por los lomos con la espada,  
y aunque usté no hiciera nada  
lo mesmito que en Palermo,  
le daban cada cepiada  
que lo dejaban enfermo.

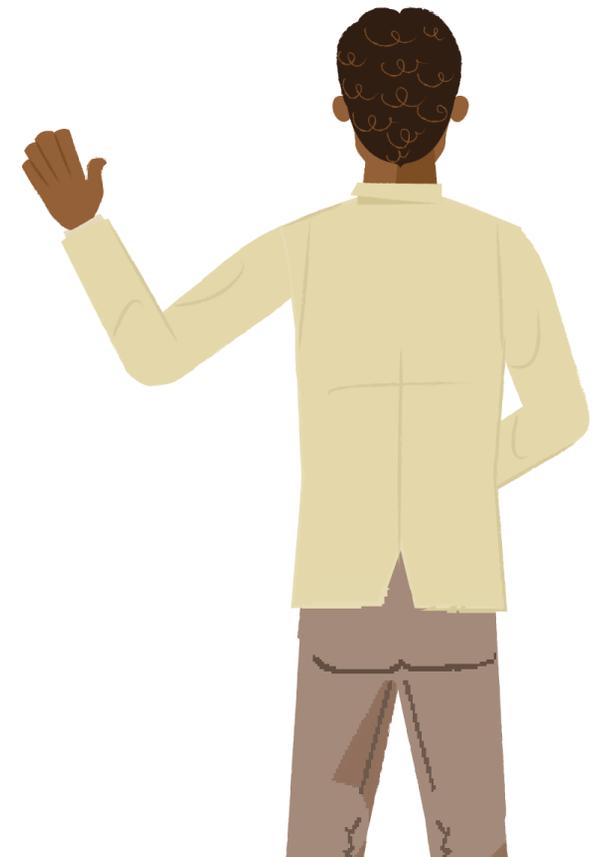
Y ¡qué indios, ni qué servicio!  
no teníamos ni Cuartel—  
Nos mandaba el Coronel  
a trabajar en sus chacras,  
y dejábamos las vacas  
que las llevara el infiel.



Yo primero sembré trigo  
y después hice un corral,  
corté adobe pa un tapial,  
hice un quincho, corté paja...  
¡La pucha que se trabaja  
sin que le larguen ni un rial!

Y es lo pior de aquel enriedo  
que si uno anda hinchando el lomo,  
se le apean como plomo...  
¡quién aguanta aquel infierno!  
Si eso es servir al Gobierno,  
a mí no me gusta el cómo.

Más de un año nos tuvieron  
en esos trabajos duros—,  
y los indios, le asiguro,  
dentaban cuando querían:  
como no los perseguían  
siempre andaban sin apuro.



A veces decía al volver  
del campo la descubierta,  
que estuviéramos alerta  
que andaba adentro la indiada;  
porque había una rastrillada,  
o estaba una yegua muerta.

Recién entonces salía  
la orden de hacer la riunión—  
y cáibamos al cantón  
en pelos y hasta enacaos,  
sin armas, cuatro pelaos  
que íbamos a hacer jabón.

Ay empezaba el afán  
se entiende de puro vicio,  
de enseñarle el ejercicio  
a tan gaucho recluta,  
con un estrutor... ¡qué bruta!  
que nunca sabía su oficio.



Daban entonces las armas  
pa defender los cantones,  
que eran lanzas y latones  
con ataduras de tiento...  
las de juego no las cuento  
porque no había municiones.

Y un sargento chamuscao  
me contó que las tenían,  
pero que ellos las vendían  
para cazar avestruces;  
y ansí andaban noche y día  
dele bala a los ñanduces.

Y cuando se iban los Indios  
con lo que habían manotiao,  
salíamos muy apuraos  
a perseguirlos de atrás;  
si no se llevaban más  
es porque no habían hallao.

Allí sí, se ven desgracias  
y lágrimas y aflicciones:  
naide le pida perdones  
al Indio, pues donde dentra  
roba y mata cuanto encuentra  
y quema las poblaciones.

No salvan de su juror  
ni los pobres anjelitos;  
viejos, mozos, y chiquitos  
los matan del mismo modo—  
el indio lo arregla todo  
con la lanza y con los gritos.

Tiemblan las carnes al verlo  
volando al viento la cerda—  
la rienda en la mano izquierda  
y la lanza en la derecha—  
ande enderieza abre brecha  
pues no hay lanzaso que pierda.



Hace trotiadas tremendas  
dende el fondo del desierto—  
ansí llega medio muerto  
de hambre, de sé y de fatiga,  
pero el indio es una hormiga  
que día y noche está dispierto.

Sabe manejar las bolas  
como naides las maneja,  
cuanto el contrario se aleja  
manda una bola perdida,  
y si lo alcanza, sin vida  
es siguro que lo deja.

Y el indio es como tortuga  
de duro para espichar,  
si lo llega a destripar  
ni siquiera se le encoje,  
luego sus tripas recoje  
y se agacha a disparar.

Hacían el robo a su gusto  
y después se iban de arriba,  
se llevaban las cautivas



y nos contaban que a veces  
les descarnaban los pieses  
a las pobrecitas vivas.

¡Ah! ¡si partía el corazón  
ver tantos males, canejos!  
los perseguíamos de lejos  
sin poder ni galopiar;  
¡y qué habíamos de alcanzar  
en unos bichocos viejos!

Nos volvíamos al cantón  
a las dos o tres jornadas,  
sembrando las caballadas:  
y pa que alguno la venda  
rejuntábamos la hacienda  
que habían dejao resagada.

Una vez entre otras muchas  
tanto salir al botón,  
nos pegaron un malón  
los Indios, y una lanciada,  
que la gente acobardada  
quedó dende esa ocasión.



Habían estao escondidos  
 aguitando atrás de un cerro  
 ¡lo viera a su amigo Fierro  
 aflojar como un blandiso!  
 salieron como maíz frito  
 en cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos  
 aunque ellos eran bastantes,  
 la formamos al instante  
 nuestra gente que era poca,  
 y golpiándose en la boca  
 hicieron fila adelante.

Se vinieron en tropel  
 haciendo temblar la tierra,  
 no soy manco pa la guerra  
 pero tuve mi jabón  
 pues iba en un redomón  
 que había boliao en la sierra.

¡Que vocerío! ¡qué barullo!  
 ¡qué apurar esa carrera!  
 la Indiada todita entera



dando alaridos cargó—  
 Jue pucha... y ya nos sacó  
 como yeguada matrera.

Qué fletes traiban los bárbaros  
 como una luz de lijeros—  
 hicieron el entrevero  
 y en aquella mescolanza,  
 éste quiero, éste no quiero,  
 nos escojían con la lanza.

Al que le dan un chuzazo,  
 dificultoso es que sane,  
 en fin para no echar panes,  
 salimos por esas lomas,  
 lo mesmo que las palomas,  
 al juir de los gavilanes.

¡Es de admirar la destreza  
 con que la lanza manejan!  
 De perseguir nunca dejan—  
 Y nos traiban apretaos—  
 si queríamos de apuraos  
 salirnos por las orejas.



Y pa mejor de la fiesta  
 en esta afición tan suma,  
 vino un indio echando espuma,  
 y con la lanza en la mano  
 gritando «Acabau cristiano  
 »metau el lanza hasta el pluma».

Tendido en el costillar  
 cimbrando sobre el brazo  
 una lanza como un lazo  
 me atropoyó dando gritos—  
 Si me descuido... el maldito  
 me levanta de un lanzazo.

Si me atribulo, o me encojo,  
 seguro que no me escapo:  
 siempre he sido medio guapo  
 pero en aquella ocación,  
 me hacía buya el corazón  
 como la garganta al zapo.

Dios le perdone al salvaje  
 las ganas que me tenía...  
 Desaté las tres marías

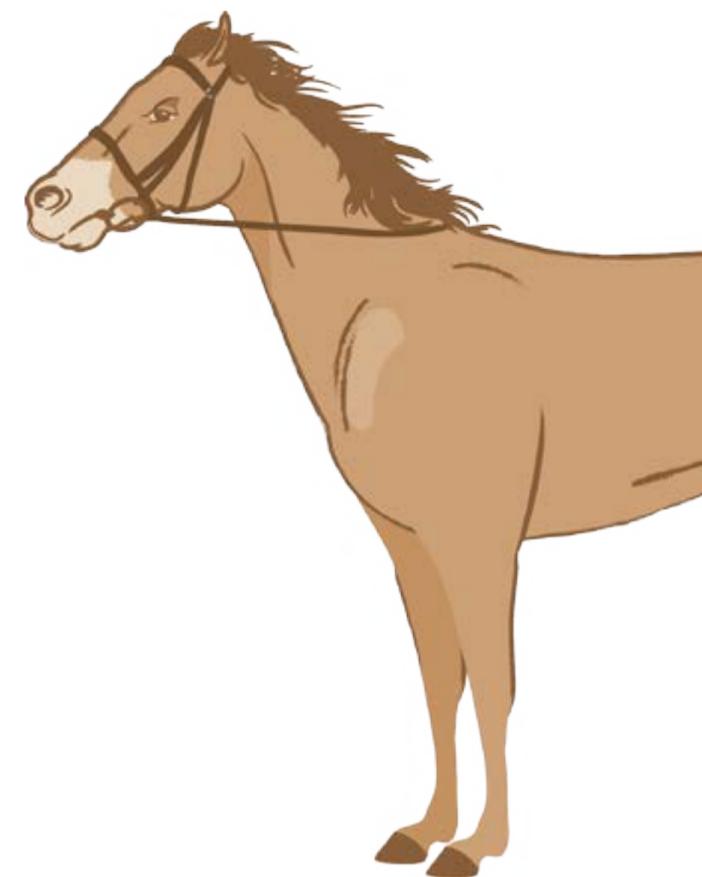


y lo engatusé a cabriolas...  
 Pucha... si no traigo bolas  
 me achura el indio ese día.

Era el hijo de un cacique  
 según yo lo averigüé—  
 la verdad del caso jue  
 que me tuvo apuradazo  
 hasta que al fin de un bolazo  
 del caballo lo bajé.

Ay no más me tiré al suelo  
 y lo pisé en las paletas—  
 empezó a hacer morisquetas  
 y a mesquinar la garganta...  
 Pero yo hice la obra santa,  
 de hacerlo estirar la geta.

Allí quedó de mojón  
 y en su caballo salté,  
 de la indiada disparé,  
 pues si me alcanza me mata,  
 y al fin me les escapé  
 con el hilo de una pata.



## IV

Seguiré esta relación  
aunque pa chorizo es largo:  
el que pueda hágase cargo  
cómo andaría de matrero,  
después de salvar el cuero  
de aquel trance tan amargo.

Del sueldo nada les cuento  
porque andaba disparando  
nosotros de cuando en cuando  
solíamos ladrar de pobres—  
nunca llegaban los cobres  
que se estaban aguardando.

Y andábamos de mugrientos  
que el mirarnos daba horror;  
le juro que era un dolor  
¡ver esos hombres por Cristo!  
En mi perra vida he visto  
una miseria mayor.



Yo no tenía ni camisa  
ni cosa que se parezca  
mis trapos sólo pa yesca  
me podían servir al fin...  
No hay plaga como un fortín  
para que el hombre padezca.

Poncho, jergas, el apero;  
las prenditas, los botones,  
todo, amigo, en los cantones  
jue quedando poco a poco,  
ya nos tenían medio loco  
la pobreza y los ratones.

Sólo una manta peluda  
era cuanto me quedaba—  
la había agenciao a la taba  
y ella me tapaba el bulto  
yaguané que allí ganaba  
no salía... ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro  
se me jue dentre las manos—  
no soy lerdo... pero hermano



vino el comendante un día  
diciendo que lo quería  
«pa enseñarle a comer grano».

Afigúrese cualquiera  
la suerte de este su amigo  
a pie y mostrando el umbligo,  
estropiao, pobre y desnudo,  
ni por castigo se pudo  
hacerce más mal conmigo.

Así pasaron los meses  
y vino el año siguiente,  
y las cosas igualmente,  
siguieron del mismo modo—  
adrede parece todo  
pa atormentar a la gente.

No teníamos más permiso,  
ni otro alivio la gauchada,  
que salir de madrugada  
cuando no había indio ninguno,  
campo ajuera a hacer boliadas  
desocando los reyunos.

Y cáibamos al cantón  
con los fletes aplastaos—  
pero a veces medio aviaos  
con plumas y algunos cueros—  
que pronto con el pulpero  
los teníamos negociaos.

Era un amigo del Gefe  
que con un boliche estaba,  
yerba y tabaco nos daba  
por la pluma de avestruz,  
y hasta le hacía ver la luz  
al que un cuero le llevaba.

Sólo tenía cuatro frascos  
y unas barricas vacías,  
y a la gente le vendía  
todo cuanto precisaba...  
algunos creiban que estaba  
allí la proveduría.

¡Ah! pulpero habilidoso  
nada le solía faltar—

ay juna y para tragar  
 tenía un buche de ñandú,  
 la gente le dio en llamar  
 «El boliche de virtud».

Aunque es justo que quien vende  
 algún poquito muerda,  
 tiraba tanto la cuerda  
 que con sus cuatro limetas  
 él cargaba las carretas  
 de plumas, cueros y cerda.

Nos tenía apuntaos a todos  
 con más cuentas que un rosario,  
 cuando se anunció un salario  
 que iban a dar, o un socorro—  
 pero sabe Dios que zorro  
 se lo comió al comisario.

Pues nunca lo vi llegar  
 y al cabo de muchos días—  
 en la misma pulpería  
 dieron una *buena cuenta*—  
 que la gente muy contenta



de tan pobre recibía.  
 Sacaron unos sus prendas  
 que las tenían empeñadas,  
 por sus deudas atrasadas  
 dieron otros el dinero,  
 al fin de fiesta el pulpero  
 se quedó con la mascada.

Yo me arrecosté a un horcón  
 dando tiempo a que pagaran,  
 y poniendo güena cara  
 estuve haciéndome el poyo,  
 a esperar que me llamaran  
 para recibir mi boyo.

Pero hay me pude quedar  
 pegao pa siempre al horcón—  
 ya era casi la oración  
 y ninguno me llamaba—  
 la cosa se me ñublaba  
 y me dentró comezón.

Pa sacarme el entripao  
 vi al Mayor, y lo fi a hablar—  
 Yo me le empezé a atracar



y como con poca gana  
le dije: «Tal vez mañana  
»acabarán de pagar».

«Qué mañana ni otro día»  
al punto me contestó,  
«la paga ya se acabó,  
»siempre has de ser animal».  
Me raí y le dije: «Yo...  
»no he recibido ni un rial».

Se le pusieron los ojos  
que se le querían salir,  
y ay no más volvió a decir  
comiéndome con la vista:  
«¿Y qué querés recibir  
»si no has dentrao en la lista?».

«Esto sí que es amolar»  
dije yo pa mis adentros,  
«Van dos años que me encuentro  
»y hasta aura he visto ni un grullo,  
»dentro en todos los barullos  
»pero en las listas no dentro».



Vide el plaito mal parao  
y no quise aguardar más...  
es güeno vivir en paz  
con quien nos ha de mandar—  
y reculando pa trás  
me le empezé a retirar.

Supo todo el Comendante  
y me llamó al otro día,  
diciéndome que quería  
aviriguar bien las cosas—  
que no era el tiempo de Rosas,  
que aura a naides se debía.

Llamó al cabo y al sargento  
y empezó la indagación,  
si había venido al cantón  
en tal tiempo o en tal otro...  
y si había venido en potro  
en reyuno o redomón.

Y todo era alborotar  
al ñudo, y hacer papel,  
conocí que era pastel



pa engordar con mi guayaca,  
mas si voy al Coronel  
me hacen bramar en la estaca.

¡Ah! hijos de una... la codicia  
ojalá les ruempa el saco;  
ni un pedazo de tabaco  
le dan al pobre soldao,  
y lo tienen de delgao  
más lijero que un guanaco.

Pero qué iba a hacerles yo,  
charabón en el desierto,  
más bien me daba por muerto  
pa no verme más fundido—  
y me les hacía el dormido  
aunque soy medio despierto

## V

Yo andaba desesperao,  
aguardando una ocasión  
que los indios un malón  
nos dieran y entre el estrago  
hacérmeles cimarrón  
y volverme pa mi pago.

Aquello no era servicio  
ni defender la frontera—  
aquello era ratonera  
en que sólo gana el juerte—  
era jugar a la suerte  
con una taba culera.

Allí tuito va al revés:  
los milicos son los piones,  
y andan por las poblaciones  
emprestaos pa trabajar—  
los rejuntan pa peliar  
cuando entran Indios ladrones.



Yo he visto en esa milonga  
 muchos Gefes con estancia,  
 y piones en abundancia,  
 y majadas y rodeos;  
 he visto negocios feos  
 a pesar de mi inorancia.

Y colijo que no quieren  
 la barunda componer  
 para esto no ha de tener  
 el Gefe, que esté de estable,  
 más que su poncho, y su sable,  
 su caballo y su deber.

Ansina, pues, conociendo  
 que aquel mal no tiene cura,  
 que tal vez mi sepultura,  
 si me quedo iba a encontrar,  
 pensé en mandarme mudar  
 como cosa más sigura.

Y pa mejor, una noche  
 que estaquiada me pegaron,  
 casi me descoyuntaron



por motivo de una gresca—  
 Ay juna, si me estiraron  
 lo mismo que guasca fresca.

Jamás me puedo olvidar  
 lo que esa vez me pasó—:  
 dentrando una noche yo  
 al fortín, un enganchao  
 que estaba medio mamao  
 allí me desconoció.

Era un gringo tan bozal,  
 que nada se le entendía—  
 ¡quién sabe de ande sería!  
 Tal vez no juera cristiano;  
 pues lo único que decía  
 es que era *pa—po—litano*.

Estaba de centinela  
 y por causa del peludo  
 verme más claro no pudo  
 y esa fue la culpa toda—  
 el bruto se asustó al ñudo  
 y fi al pavo de la boda.



Cuando me vido acercar:  
«*Quen vivore*»... preguntó  
«*Qué vívoras*», dije yo.



«*Ha-garto*», me pegó el grito:  
y yo dije despacito  
«*Más lagarto serás vos*».  
Ay no más— ¡Cristo me valga!  
Martillar el jucil siento—  
me agaché, y en el momento  
el bruto me largó un chumbo—  
mamao, me tiró sin rumbo  
que si no, no cuento el cuento.



Por de conta, con el tiro  
se alborotó el abispero—  
los Oficiales salieron  
y se empezó la junción—  
quedó en su puesto el nación—  
y yo fi al estaquiadero.

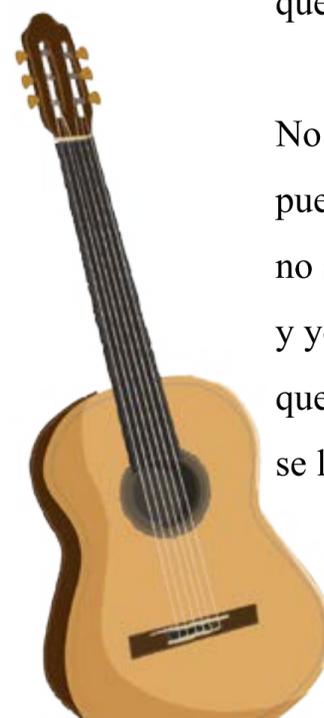
Entre cuatro bayonetas  
me tendieron en el suelo—  
vino el Mayor medio en pedo

y allí se puso a gritar  
«Pícaro, te he de enseñar  
»a andar declamando sueldos».

De las manos y las patas  
me ataron cuatro sinchones—  
les aguanté los tirones  
sin que ni un ¡ay! se me oyera,  
y al gringo la noche entera  
lo harté con mis maldiciones.

Yo no sé por qué el Gobierno  
nos manda aquí a la frontera,  
gringada que ni siquiera  
se sabe atracar a un pingo—  
¡Si creerá al mandar un gringo  
que nos manda alguna fiera!

No hacen más que dar trabajo  
pues no saben ni ensillar,  
no sirven ni pa carniar,  
y yo he visto muchas veces,  
que ni voltiadas las reses  
se les querían arrimar.



Y lo pasan sus mercedes  
 lengüetiando pico a pico—  
 hasta que viene un milico  
 a servirles el asao—  
 y eso sí, en lo delicaos,  
 parecen hijos de rico.

Si hay calor, ya no son gente,  
 si yela, todos tiritan—  
 si usted no les da, no pitan  
 por no gastar en tabaco—,  
 y cuando pescan un naco  
 uno al otro se lo quitan.

Cuando llueve se acoquinan  
 como el perro que oye truenos—  
 ¡Qué diablos! sólo son güenos  
 pa vivir entre maricas—  
 y nunca se andan con chicas  
 para alzar ponchos ajenos.

Pa vichar son como ciegos,  
 ni hay ejemplo de que entiendan,  
 ni hay uno solo que aprienda  
 al ver un bulto que cruza,  
 a saber si es avestruza,  
 o si es ginete, o hacienda.

Si salen a perseguir  
 después de mucho aparato,  
 tuitos se pelan al rato  
 y va quedando el tendal—  
 esto es como en un nidal  
 echarle güevos a un gato.

## VI

Vamos dentrando recién  
a la parte más sentida,  
aunque es todita mi vida  
de males una cadena—  
a cada alma dolorida  
le gusta cantar sus penas.

Se empezó en aquel entonces  
a rejuntar caballada,  
y riunir la milicada  
teniéndole en el cantón,  
para una despedición  
a sorprender a la Indiada.

Nos anunciaban que iríamos  
sin carretas ni bagajes,  
a golpiar a los salvajes  
en sus mismas tolderías—  
que a la güelta pagarían  
licenciándolo al gauchaje.



Que en esta despedición  
tuviéramos la esperanza,  
que iba a venir sin tardanza  
sigún el Gefe contó,  
un ministro o qué sé yo—  
que le llamaban Don Ganza.

Que iba a riunir el Ejército  
y tuitos los batallones—  
y que traiba unos cañones  
con más rayas que un cotín—  
Pucha... las conversaciones  
por allá no tenían fin.

Pero esas trampas no enriedan  
a los zorros de mi laya,  
que esa Ganza venga o vaya  
poco le importa a un matrero—  
yo también dejé las rayas...  
en los libros del pulpero.

Nunca jui gaucho dormido,  
siempre pronto, siempre listo—  
yo soy un hombre, ¡qué Cristo!



que nada me ha acobardao,  
y siempre salí parao  
en los trances que me he visto—.

Dende chiquito gané  
la vida con mi trabajo,  
y aunque siempre estuve abajo  
y no sé lo que es subir—  
también el mucho sufrir  
suele cansarnos— ¡barajo!

En medio de mi ignorancia  
conozco que nada valgo—  
soy la liebre o soy el galgo  
a sigún los tiempos andan,  
pero también los que mandan  
debieran cuidarnos algo.

Una noche que riunidos  
estaban en la carpeta  
empinando una limeta  
el Gefe y el Juez de Paz—  
yo no quise aguardar más,  
y me hice humo en un sotreta.



Me parece el campo orégano  
dende que libre me veo—  
donde me lleva el deseo  
allí mis pasos dirijo—  
y hasta en las sombras, de fijo  
que donde quiera rumbeo.

Entro y salgo del peligro  
sin que me espante el estrago,  
no aflojo al primer amago  
ni jamás fi gaucho lerdo—:  
soy pa rumbiar como el cerdo  
y pronto caí a mi pago.

Volvía al cabo de tres años  
de tanto sufrir al ñudo,  
resertor, pobre y desnudo—  
a procurar suerte nueva—  
y lo mismo que el peludo  
enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho,  
¡sólo estaba la tapera!  
Por Cristo si aquello era



pa enlutar el corazón—  
Yo juré en esa ocasión  
ser más malo que una fiera.

¡Quién no sentirá lo mismo  
cuando así padece tanto!  
Puedo asigurar que el llanto  
como una mujer largué—  
¡Ay! mi Dios si me quedé  
¡más triste que Jueves Santo!

Sólo se oiban los aullidos  
de un gato que se salvó;  
el pobre se guareció  
cerca, en una viscachera—  
venía como si supiera  
que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda  
que era todito mi haber—  
pronto debíamos volver  
sigún el Juez prometía,  
y hasta entonces cuidaría  
de los bienes la mujer.



[...]

[...]

[...]

[...]

[...]

[...]

Después me contó un vecino  
que el campo se lo pidieron—  
la hacienda se la vendieron  
en pago de arrendamientos,  
y qué sé yo cuántos cuentos,  
pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos  
entre tantas afliciones,  
se conchavaron de piones.  
¡Mas qué iban a trabajar  
si eran como los pichones  
sin acabar de emplumar!

Por hay andarán sufriendo  
de nuestra suerte el rigor:  
me han contado que el mayor

nunca dejaba a su hermano—  
puede ser que algún cristiano  
los recoja por favor.

¡Y la pobre mi mujer,  
Dios sabe cuánto sufrió!—  
Me dicen que se voló  
con no sé qué gavilán—  
sin duda a buscar el pan  
que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte  
lo que algún otro le sobre—  
si no le quedó ni un cobre,  
sino de hijos un enjambre,  
¡qué más iba a hacer la pobre  
para no morir de hambre!

¡Tal vez no te vuelva a ver  
prenda de mi corazón!  
Dios te dé su protección  
ya que no me la dio a mí—  
y a mis hijos dende aquí  
les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna  
andarán por ay sin madre—  
ya se quedaron sin padre  
y así la suerte los deja,  
sin naides que los proteja  
y sin perro que los ladre.

Los pobrecitos tal vez  
no tengan ande abrigarse,  
ni ramada ande ganarse,  
ni rincón ande meterse,  
ni camisa que ponerse,  
ni poncho con que taparse.

Tal vez los verán sufrir  
sin tenerles compasión—  
puede que alguna ocasión  
aunque los vean tiritando,  
los echen de algún jogón  
pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina espantaos  
como se espantan a los perros  
irán los hijos de Fierro

con la cola entre las piernas,  
a buscar almas más tiernas  
o esconderse en algún cerro.

Mas también en este juego,  
voy a pedir mi bolada—  
a naides le debo nada,  
ni pido cuartel ni doy—  
y ninguno dende hoy  
ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso primero,  
y seré gaucho matrero—  
en mi triste circunstancia  
aunque es mi mal tan profundo,  
nací, y me he criaio en estancia,  
pero ya conozco el mundo.

Ya le conozco sus mañas  
le conozco sus cucañas,  
sé cómo hacen la partida,  
la enriendan y la manejan—.  
Deshaceré la madeja  
aunque me cueste la vida.



Y aguante el que no se anime  
a meterse en tanto engorro,  
o si no aprétese el gorro  
o para otra tierra emigre—  
pero yo ando como el tigre  
que le roban los cachorros.

Aunque muchos cren que el gaucho  
tiene un alma de reyuno—  
no se encontrará ninguno  
que no lo dueblen las penas—  
mas no debe aflojar uno  
mientras hay sangre en las venas.



## VII

De carta de más me vía  
sin saber a dónde dirme  
mas dijeron que era vago  
y entraron a perseguirme.

Nunca se achican los males—  
van poco a poco creciendo,  
y ansina me vide pronto  
obligao a andar juyendo.

No tenía mujer ni rancho,  
y a más era resertor;  
no tenía una prenda güena  
ni un peso en el tirador.

A mis hijos infelices  
pensé volverlos a hallar—  
y andaba de un lao al otro  
sin tener ni qué pitar.



Supe una vez por desgracia  
que había un baile por allí—  
y medio desesperao  
a ver la milonga fui.

Riunidos al pericón  
tantos amigos hallé,  
que alegre de verme entre ellos  
esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasión  
por peliar me dio la tranca,  
y la emprendí con un negro  
que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena  
que no hacía caso de naidés  
le dije con la mamúa:  
«Va... ca... yendo gente al baile».

La negra entendió la cosa  
y no tardó en contestarme  
mirándome como a perro:  
«Más vaca será su madre».



Y entró al baile muy tiesa  
con más cola que una zorra,  
haciendo blanquiar los dientes  
lo mismo que mazamorra.

«Negra linda»... dije yo,  
«¡Me gusta pa la carona!»  
Y me puse a champurriar  
esta coplita fregona:

«A los blancos hizo Dios,  
a los mulatos San Pedro,  
a los negros hizo el diablo  
para tizón del infierno».

Había estao juntando rabia  
el moreno dende ajuera—  
en lo oscuro le brillaban  
los ojos como linterna.

Lo conocí retobao,  
me acerqué y le dije presto:  
«Po... r... rudo que un hombre sea  
nunca se enoja por esto».

Corcobió el de los tamangos  
y creyéndose muy fijo:  
«Más *porrudo* serás vos,  
gaucho roto» me dijo.

Y ya se me vino al humo  
como a buscarme la hebra—  
y un golpe le acomodé  
con el porrón de giñebra.

Ay no más pegó el de hollín  
más gruñidos que un chanchito  
y pelando el envenao  
me atropelló dando gritos.

Pegué un brinco y abrí cancha  
diciéndoles: «Caballeros,  
»dejen venir a ese toro,  
»solo nació... solo muero».

El negro después del golpe  
se había el poncho refalao  
y dijo: «Vas a saber  
si es solo o acompaña».



Y mientras se arremangó  
yo me saqué las espuelas,  
pues malicié que aquel tío  
no era de arriar con las riendas.

No hay cosa como el peligro  
pa refrescar un mamao,  
hasta la vista se aclara  
por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló  
como a quererme comer—  
me hizo dos tiros seguidos  
y los dos le abarajé.

Yo tenía un facón con S  
que era de lima de acero,  
le hize un tiro, lo quitó  
y vino ciego el moreno.

Y en el medio de las aspas  
un planazo le asenté  
que le largué culebriando  
lo mesmo que buscapié.

Le colorieron las motas  
con la sangre de la herida  
y volvió a venir furioso  
como una tigre parida.

Y ya me hizo relumbrar  
por los ojos el cuchillo,  
alcanzando con la punta  
a cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas  
y me le afirmé al moreno,  
dándole de punta y hacha  
pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada  
en el cuchillo lo alcé,  
y como un saco de güesos  
contra un cerco lo largué.



Tiró unas cuantas patadas  
y ya cantó para el carnero—  
Nunca me puedo olvidar  
de la agonía de aquel negro.

En esto la negra vino,  
con los ojos como agí—  
y empezó la pobre allí  
a bramar como una loba—

Yo quise darle una soba  
a ver si la hacía callar  
mas, pude reflexionar  
que era malo en aquel punto,  
y por respeto al dijunto  
no la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos,  
desaté mi redomón  
monté despacio, y salí  
al tranco pa el cañadón.

Después supe que al finao  
ni siquiera lo velaron  
y retobao en un cuero  
sin resarle lo enterraron.

Y dicen que dende entonces  
cuando es la noche serena  
suele verse una luz mala  
como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención a veces  
para que no pene tanto,  
de sacar de allí los güesos  
y echarlos al campo santo.

## VIII

Otra vez en un boliche  
estaba haciendo la tarde,  
cayó un gaucho que hacía alarde  
de guapo y de peliador—.

A la llegada metió  
el pingo hasta la ramada—  
y yo sin decirle nada  
me quedé en el mostrador.  
Era un terne de aquel pago  
que naidés lo reprendía,  
que sus enriedos tenía  
con el Señor Comendante—:

Y como era protegido,  
andaba muy entonao,  
y a cualquiera desgraciao  
lo llevaba por delante.

¡Ah! ¡pobre! si él mismo creiba,  
que la vida le sobraba,  
ninguno diría que andaba  
aguaitándolo la muerte—.

Pero así pasa en el mundo,  
es así la triste vida—  
pa todos está escondida,  
la güena o la mala suerte.

Se tiró al suelo, al dentrar  
le dio un empeyón a un vasco—  
y me alargó un medio frasco  
diciendo «Beba cuñao»  
«Por su hermana» contesté,  
«que por la mía no hay cuidao».

«¡Ah! gaucho, me respondió,  
»¿de qué pago será criollo?—  
»¿Lo andará buscando el hoyo?—  
»¿deberá tener güen cuero?—  
»pero ande bala este toro  
»no bala ningún ternero».

Y ya salimos trensaos  
 porque el hombre no era lerdo—  
 mas como el tino no pierdo,  
 y soy medio lijerón,  
 le dejé mostrando el sebo  
 de un revés con el facón.

Y como con la justicia  
 no andaba bien por allí,  
 cuando pataliar lo vi,  
 y el pulpero pegó el grito,  
 ya pa el palenque salí  
 como haciéndome chiquito.

Monté y me encomendé a Dios  
 rumbo para otro pago—  
 que el gaucho que llaman vago  
 no puede tener querencia,  
 y así de estrago en estrago  
 vive llorando la ausencia.

Él anda siempre juyendo,  
 siempre pobre y perseguido,  
 no tiene cueva ni nido

como si fuera maldito—  
 Porque el ser gaucho... barajo,  
 el ser gaucho es un delito.

Es como el patrio de posta  
 lo larga éste, aquél lo toma—,  
 nunca se acaba la broma—  
 dende chico se parece  
 al arbolito que crece,  
 desamparao en la loma.

Le echan la agua del bautismo  
 aquel que nació en la selva,  
 «Busca madre que te engüelva»  
 le dice el flaire y lo larga,  
 y dentra a cruzar el mundo  
 como burro con la carga.

Y se cría viviendo al viento  
 como oveja sin trasquila—  
 mientras su padre en las filas  
 anda sirviendo al Gobierno—  
 Aunque tirite en invierno  
 naide lo ampara ni asila.

Le llaman «gaucho mamao»  
si lo pillan divertido.  
Y que es mal entretenido  
si en un baile lo sorprenden;  
hase mal si se defiende  
y si no, se ve... fundido.

No tiene hijos, ni mujer  
ni amigos, ni protetores,  
pues todos son sus señores  
sin que ninguno lo ampare—.  
Tiene la suerte del güey—  
y dónde irá el güey que no are.

Su casa es el pajonal,  
su guarida es el desierto—;  
y si de hambre medio muerto  
le echa el lazo a algún mamón  
lo persiguen como a plaito  
porque es un gaucho ladrón.



Y si de un golpe por ay  
lo dan güelta panza arriba  
no hay un alma compasiva  
que le rece una oración—  
tal vez como cimarrón  
en una cueva lo tiran.

Él nada gana en la paz  
y es el primero en la guerra—  
no le perdonan si yerra  
que no saben perdonar—,  
porque el gaucho en esta tierra  
sólo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,  
para él las duras prisiones—  
en su boca no hay razones  
aunque la razón le sobre,  
que son campanas de palo  
las razones de los pobres.



Si uno aguanta, es gaucho bruto—  
 si no aguanta es gaucho malo—  
 ¡Dele azote, dele palo!  
 ¡porque es lo que él necesita!—.  
 De todo el que nació gaucho—  
 ésta es la suerte maldita.

Vamos suerte, vamos juntos  
 dende que juntos nacimos—  
 y ya que junto vivimos  
 sin podernos dividir...  
 yo abriré con mi cuchillo  
 el camino pa seguir.



## IX

Matreriando lo pasaba  
 y las casas no venía—  
 solía arrimarme de día  
 mas lo mesmo que el carancho,  
 siempre estaba sobre el rancho  
 espiondo a la polecía.

Viva el gaucho que ande mal  
 como zorro perseguido—  
 hasta que al menor descuido  
 se lo atarazquen los perros,  
 pues nunca le falta un yerro  
 al hombre más alvertido.

Y en esa hora de la tarde  
 en que tuito se adormece,  
 que el mundo dentrar parece  
 a vivir en pura calma—  
 con las tristezas de su alma  
 al pajonal enderiese.  
 Bala el tierno corderito  
 al lao de la blanca oveja,



y a la vaca que se aleja  
 llama el ternero amarrao—  
 pero el gaucho desgraciao  
 no tiene a quién dar su queja.

Así es que al venir la noche  
 iba a buscar mi guarida—  
 pues ande el tigre se anida  
 también el hombre lo pasa—  
 y no quería que en las casas  
 me rodiara la partida.

Pues aunque vengan ellos  
 cumpliendo con sus deberes,  
 yo tengo otros pareceres  
 y en esa conduta vivo—  
 que no debe un gaucho altivo  
 peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito,  
 más matrero que el venao—  
 como perro abandonao  
 a buscar una tapera,  
 o en alguna viscachera  
 pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo  
 en aquella inmensidá  
 entre tanta escuridá  
 anda el gaucho como duende,  
 allí jamás lo sorprende  
 dormido la autoridad.

Su esperanza es el coraje,  
 su guardia es la precaución,  
 su pingo es la salvación,



y pasa uno en su desvelo,  
sin más amparo que el cielo  
ni otro amigo que el facón.

[...]

[...]

[...]

[...]

[...]

[...]

Ansí me hallaba una noche  
contemplando las estrellas,  
que le parecen más bellas  
cuando uno es más desgraciao,  
y que Dios las haiga criaio  
para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño  
y siempre con alegría  
ve salir las tres marías  
y si llueve, cuanto escampa,  
las estrellas son la guía  
que el gaucho tiene en la Pampa.

Aquí no valen Dotores,  
sólo vale la esperencia,  
aquí verían su inocencia  
esos que todo lo saben—;  
porque esto tiene otra llave  
y el gaucho tiene su cencia.

Es triste en medio del campo  
pasarse noches enteras  
contemplando en sus carreras  
las estrellas que Dios cría—,  
sin tener más compañía  
que su delito y las fieras.

Me encontraba como digo,  
en aquella soledá  
entre tanta escuridá  
echando al viento mis quejas;  
cuando el ruido del chajá  
me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué  
al suelo para escuchar,  
pronto sentí retumbar  
las pisadas de los fletes,  
y que eran muchos ginetes  
conocí sin vasilar.

Cuando el hombre está en peligro  
no debe tener confianza,  
ansí tendido de panza  
puse toda mi atención,  
y ya escuché sin tardanza  
como el ruido de un latón.



Se venían tan calladitos  
que yo me puse en cuidao,  
tal vez me hubieran bombiao  
y me venían a buscar,  
mas no quise disparar  
que eso es de gaucho morao.

Al punto me santigüé  
y eché de giñebra un taco,  
lo mesmito que el mataco



me arroyé con el porrón:  
«Si han de darme pa tabaco»,  
dije, «ésta es güena ocación».

Me refalé las espuelas  
para no peliar con grillos,  
me arremangué el calzoncillo,  
y me ajusté bien la faja,  
y en una mata de paja,  
probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo a la mano  
el flete en el pasto até—  
la cincha le acomodé,  
y en un trance como aquel,  
haciendo espaldas en él  
quietito los aguardé.

Cuanto cerca los sentí  
y que hay nomás se pararon,  
los pelos se me erizaron  
y aunque nada vían mis ojos,  
«No se han de morir de antojo»,  
les dije, cuanto llegaron.



Yo quise hacerles saber  
 que allí se hallaba un varón,  
 les conocí la intención  
 y solamente por eso  
 fue que les gané el tirón,  
 sin aguardar voz de preso.

«Vos sos un gaucho matrero»  
 dijo uno haciéndose güeno,  
 «vos matastes un moreno  
 »y otro en una pulpería,  
 »y aquí está la polecía  
 »que viene a justar tus cuentas,  
 »te va a alzar por las cuarenta  
 »si te resistís hoy día».

«No me vengan, contesté,  
 »con relación de dijuntos;  
 »esos son otros asuntos;  
 »vean si me pueden llevar,  
 »que yo no me he de entregar  
 »aunque vengan todos juntos».

Pero no aguardaron más,  
 y se apiaron en montón—  
 como a perro cimarrón

me rodiaron entre tantos,  
 yo me encomendé a los Santos,  
 y eché mano a mi facón.

Y ya vide el fogonazo  
 de un tiro de garabina,  
 mas quiso la suerte indina  
 de aquel maula, que me errase,  
 y ay no más lo levantase  
 lo mesmo que una sardina.

A otro que estaba apurao  
 acomodando una bola,  
 le hice una dentrada sola,  
 y le hice sentir el fierro,  
 y ya salió como el perro  
 cuando le pisan la cola.

Era tanta la aflicción  
 y la angurria que tenían,  
 que tuitos se me venían  
 donde yo los esperaba,  
 uno al otro se estorbaba  
 y con las ganas no vían.

Dos de ellos que traiban sables  
 más garifos y resueltos,  
 en las hilachas envueltos  
 en frente se me pararon,  
 y a un tiempo me atropellaron  
 lo mismo que perros sueltos.

Me fui reculando en falso  
 y el poncho adelante eché,  
 y cuando le puse el pie  
 uno medio chapetón,  
 de pronto le di el tirón  
 y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero  
 el otro se sofrenó  
 entonces le dentré yo,  
 sin dejarlo resollar.

Pero ya empezó a aflojar,  
 y a la pu... n... ta disparó.

Uno que en una tacuara  
 había atao una tijera,  
 se vino como si juera



palenque de atar terneros,  
 pero en dos tiros certeros  
 salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento  
 venía coloriendo el alba  
 y yo dije: «Si me salva  
 »la Virgen en este apuro,  
 »en adelante le juro  
 »ser más güeno que una malva».

Pegué un brinco y entre todos  
 sin miedo me entreveré—  
 echo ovillo me quedé  
 y ya me cargó una yunta,  
 y por el suelo la punta  
 de mi facón les jugué.

El más engolocinao  
 se me apió con un hachazo,  
 se lo quité con el brazo  
 de no me mata los piojos;  
 y antes de que diera un paso  
 le eché tierra en los dos ojos.



Y mientras se sacudía  
refregándose la vista,  
yo me le fui como lista  
y ay no más me le afirmé  
diciendole: «Dios te asista»  
y de un revez lo voltié.

Pero en ese punto mismo  
sentí que por las costillas  
un sable me hacia cosquillas  
y la sangre se me heló—  
dende ese momento yo,  
me salí de mis casillas.

Di para atrás unos pasos  
hasta que pude hacer pie,  
por delante me lo eché  
de punta y tajo a un criollo,  
metió la pata en un hoyo,  
y yo al hoyo lo mandé.

Tal vez en el corazón  
lo tocó un San Bendito  
a un gaucho que pegó el grito,



y dijo: «¡Cruz no consiente  
que se cometa el delito  
de matar así un valiente!».

Y ay no más se me apareó  
dentrándole a la partida,  
yo les hice otra investida  
pues entre dos era robo;  
y el Cruz era como lobo  
que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno  
de dos que lo atropellaron,  
los demás remolinarion,  
pues íbamos a la fija,  
y a poco andar dispararon  
lo mismo que sabandija.

Ay quedaban largo a largo  
los que estiraron la geta,  
otro iba como maleta,  
y Cruz de atrás les decía:  
«Que venga otra polecía  
a llevarlos en carreta».

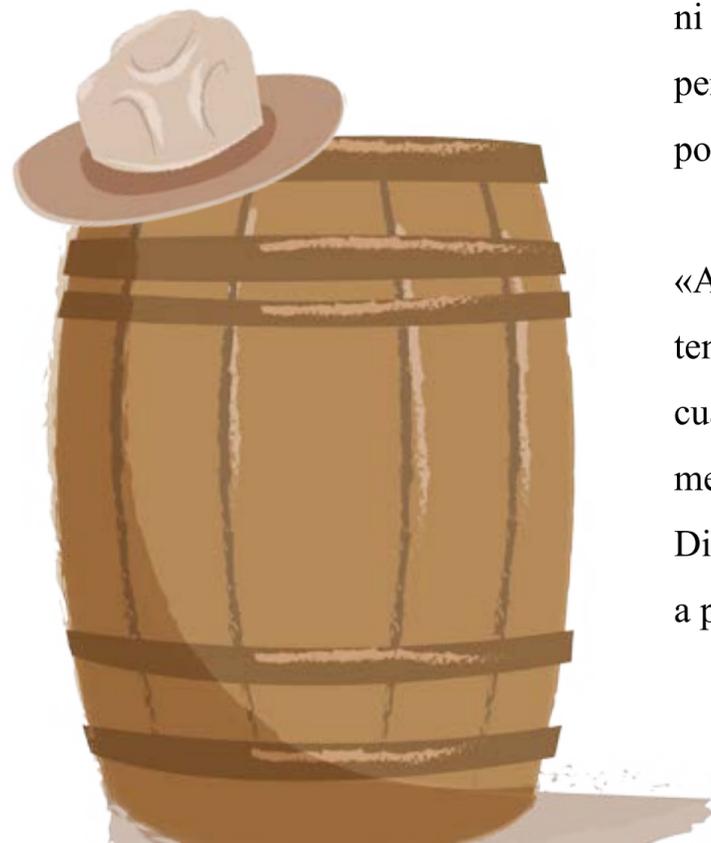


Yo junté las osamentas,  
me hiqué y les recé un bendito,  
hice una cruz de un palito  
y pedí a mi Dios clemente,  
me perdonara el delito  
de haber muerto tanta gente.

Dejamos amontonaos  
a los pobres que murieron,  
no sé si los recogieron  
porque nos fuimos a un rancho,  
o si tal vez los caranchos  
ay no más se los comieron.

Lo agarramos mano a mano  
entre los dos al porrón,  
en semejante ocasión  
un trago a cualquiera encanta,  
y Cruz no era remolón  
ni pijotiaba garganta.

Calentamos los gargueros  
y nos largamos muy tiesos,  
siguiendo siempre los besos



al pichel, y por más señas  
íbamos como sigüeñas  
estirando los pescuesos.

«Yo me voy», le dije, «amigo,  
donde la suerte me lleve,  
y si es que alguno se atreve  
a ponerse en mi camino  
yo seguiré mi destino  
que el hombre hace lo que debe».

«Soy un gaucho desgraciado  
no tengo donde ampararme,  
ni un palo donde rascarme,  
ni un árbol que me cubije,  
pero ni aun esto me aflije  
porque yo sé manejar».

«Antes de cair al servicio  
tenía familia y hacienda,  
cuando volví, ni la prenda  
me la habían dejado ya—.  
Dios sabe en lo que vendrá  
a parar esta contienda».

## X Cruz

—Amigazo, pa sufrir  
han nacido los varones—  
éstas son las ocasiones  
de mostrarse el hombre juerte,  
hasta que venga la muerte  
y lo agarre a coscorrones.

El andar tan despilchao  
ningún mérito me quita,  
sin sea una alma bendita  
me duelo del mal ageno:  
soy un pastel con relleno  
que parece torta frita.

Tampoco me faltan males  
y desgracias le prevengo,  
también mis desdichas tengo  
aunque esto poco me aflije—  
yo sé hacerme el chancho rengo  
cuando la cosa lo esige.

Y con algunos ardiles  
voy viviendo, aunque roto,  
a veces me hago el sarnoso  
y no tengo ni un granito,  
pero al chifle voy ganoso  
como panzón al maíz frito.

A mí no me matan penas  
mientras tenga cuero sano,  
venga el sol en el verano  
y la escarcha en el invierno—  
si este mundo es un infierno  
¿por qué aflijirse el cristiano?

Hagámosle cara fiera  
a los males, compañero,  
porque el zorro más matrero  
suele cair como un chorlito;  
viene por un corderito  
y en la estaca deja el cuero.

Hoy tenemos que sufrir  
males que no tienen nombre  
pero esto a naides lo asombre

porque ansina es el pastel;  
y tiene que dar el hombre  
más vuelta que un carretel.

Yo nunca me he de entregar  
a los brazos de la muerte  
arrastro mi triste suerte  
paso a paso y como pueda—  
que donde el débil se queda,  
se suele escapar el juerte.

Y ricuerde cada cual  
lo que cada cual sufrió:  
que lo que es, amigo, yo,  
hago así la cuenta mía  
ya lo pasado pasó—  
mañana será otro día.

Yo también tuve una pilcha  
que me enllenó el corazón  
y si en aquella ocasión  
alguien me hubiera buscao—  
siguro que me había hallao  
más prendido que un botón.

En la güella del querer  
no hay animal que se pierda—  
las mujeres no son lerdas—  
y todo gaucho es dotor  
si pa cantarle el amor  
tiene que templar las cuerdas.

¡Quién es de una alma tan dura  
que no quiera a una mujer!  
Lo alivia en su padecer:  
si no sale calavera  
es la mejor compañera  
que el hombre puede tener.

Si es güena, no lo abandona  
cuando lo ve desgraciao,  
lo asiste con su cuidao  
y con afán cariñoso  
y usté tal vez ni un rebozo  
ni una pollera le ha dao.

Grandemente lo pasaba  
con aquella prenda mía—  
viviendo con alegría

como la mosca en la miel—  
 ¡Amigo, qué tiempo aquel!  
 ¡La pucha— que la quería!

Era la águila que a un árbol  
 dende las nubes bajó,  
 era más linda que el alba  
 cuando va rayando el sol—  
 era la flor deliciosa  
 que entre el trebolar creció.

Pero, amigo, el comendante  
 que mandaba la milicia,  
 como que no desperdicia  
 se fue refalando a casa—,  
 yo le conocí en la traza  
 que el hombre traiba malicia.

Él me daba voz de amigo  
 pero no le tenía fe—  
 era el gefe, y ya se ve  
 no podía competir yo—  
 en mi rancho se pegó  
 lo mesmo que sagaipé.

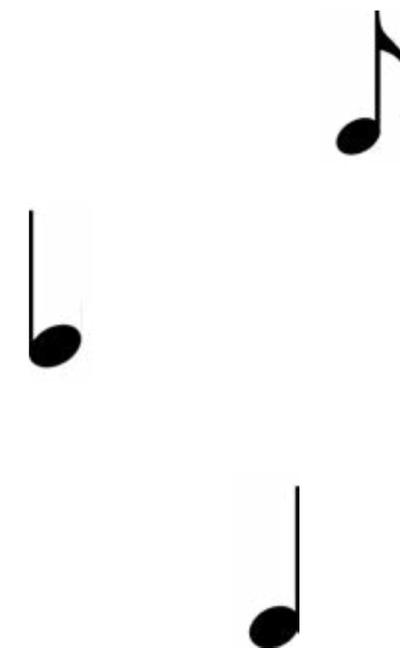


A poco andar conocí—  
 que ya me había desbancao,  
 y él siempre muy entonao  
 aunque sin darme ni un cobre,  
 me tenía de lao a lao  
 como encomienda de pobre.

A cada rato de chasque  
 me hacía dar a gran distancia,  
 ya me mandaba a una estancia,  
 ya al pueblo, ya a la frontera—  
 pero él en la comendencia  
 no ponía los pies siquiera.

Es triste a no poder más  
 el hombre en su padecer,  
 si no tiene una mujer  
 que lo ampare y lo consuele;  
 mas pa que otro se la pele  
 lo mejor es no tener.

No me gusta que otro gallo  
 le cacaree a mi gallina—  
 yo andaba ya con la espina,



hasta que en una ocasión  
lo pillé junto al jogón  
abrazándome a la china.

Tenía el viejito una cara  
de ternero mal lamido,  
y al verlo tan atrevido  
le dije: «Que le aproveche  
»que había sido pa el amor  
»como guacho pala la leche».

Peló la espada y se vino  
como a quererme ensartar,  
pero yo sin tutubiar  
le volví al punto a decir:  
«Cuidao no te vas a pér... tigo,  
poné cuarta pa salir».

Un puntazo me largó  
pero el cuerpo le saqué,  
y en cuanto se lo quité  
para no matar un viejo,  
con cuidao, medio de lejos  
un planazo le asenté.



Y como nunca al que manda  
le falta algún adulón,  
uno que en esa ocasión  
se encontraba allí presente  
vino apretando los dientes  
como perrito mamón.

Me hizo un tiro de revuélver  
que el hombre creyó seguro,  
era confiao y le juro  
que cerquita se arrimaba—  
pero siempre en un apuro  
se desentumen mis tabas.

Él me siguió menudiando  
mas sin poderme acertar,  
y yo, dele culebriar,  
hasta que al fin le dentré  
y hay no más lo despaché  
sin dejarlo resollar.

Dentré a campiar en seguida  
al viejito enamoraó;  
el pobre se había ganao



en un noque de lejía—.  
 ¡Quién sabe cómo estaría  
 del susto que había llevao!

¡Es sonso el cristiano macho  
 cuando el amor lo domina!—  
 él la miraba a la indina,  
 y una cosa tan jedionda  
 sentí yo, que ni en la fonda  
 he visto tal jedentina.

Y le dije: «Pa su agüela  
 han de ser esas perdices».  
 Yo me tapé las narices  
 y me salí estornudando,  
 y el viejo quedó olfatiando  
 como chico con lumbrices.

Cuando la mula recula  
 señal que quiere cosiar—  
 así se suele portar  
 aunque ella lo disimula,  
 recula como la mula



Tabla de recursos

la mujer, para olvidar.  
 Alcé mi poncho y mis prendas  
 y me largué a padecer  
 por culpa de una mujer  
 que quiso engañar a dos—  
 al rancho le dije *adiós*  
 para nunca más volver.

Las mujeres, dende entonces,  
 conocí a todas en una  
 ya no he de probar fortuna  
 con carta tan conocida:  
 ¡mujer y perra parida,  
 no se me atraca ninguna!

## XI

A otros les brotan las coplas  
como agua de manantial:  
pues a mí me pasa igual  
aunque las mías nada valen,  
de la boca se me salen  
como ovejas del corral.

Que en puertiando la primera  
ya la siguen las demás,  
y en montones las de atrás,  
contra los palos se estrellan,  
y saltan y se atropellan  
sin que se corten jamás.

Y aunque yo por mi inorancia  
con gran trabajo me esplico,  
cuando llego a abrir el pico,  
téngalo por cosa cierta,  
sale un verso y en la puerta  
ya asoma el otro el hocico.



Y emprésteme su atención  
me oirá relatar las penas  
de que traigo la alma llena—  
porque en toda circunstancia  
paga el gaucho su inorancia  
con la sangre de sus venas.

Después de aquella desgracia  
me refugié en los pajales,  
anduve entre los cardales  
como bicho sin guarida—  
pero, amigo, es esa vida  
como vida de animales.

Y son tantas las miserias  
en que me he sabido ver  
que con tanto padecer  
y sufrir tanta aflicción,  
malicio que he de tener  
un callo en el corazón.

Así andaba como guacho  
cuando pasa el temporal—  
supe una vez pa mi mal





de una milonga que había,  
y ya pa la pulpería  
enderecé mi bagual.



Era la casa del baile  
un rancho de mala muerte,  
y se enllenó de tal suerte  
que andábamos a empujones—;  
nunca faltan encontrones  
cuando el pobre se divierte.



Yo tenía unas medias botas  
con tamaños verdugones—  
me pusieron los talones  
con cresta como los gallos  
si viera mis afliciones  
pensando yo que eran callos.

Con gato y con fandanguillo  
había empezao el changango  
y para ver el fandango  
me colé haciéndome bola—  
mas, metió el diablo la cola,  
y todo se volvió pango.

## Los americanismos



Había sido el guitarrero  
 un gaucho duro de boca—  
 yo tengo pacencia poca  
 pa aguantar cuando no debo,  
 a ninguno me le atrevo  
 pero me halla el que me toca.

A bailar un pericón  
 con una moza salí,  
 y cuanto me vido allí  
 sin duda me conoció—  
 y estas coplitas cantó  
 como pa reírse de mí:

«Las mujeres son todas  
 como las mulas—  
 yo no digo que todas  
 pero hay algunas  
 que a las aves que vuelan  
 les sacan plumas».

«Hay gauchos que presumen  
 de tener damas  
 no digo que presumen

pero se alaban  
 y a lo mejor los dejan  
 tocando tablas».

Se secretiaron las hembras—  
 y yo ya me encocoré—  
 volié la anca y le grité  
 «Deja de cantar... chicharra».  
 Y de un tajo a la guitarra  
 tuitas las cuerdas corté.

Al punto salió de adentro  
 un gringo con un jusil—  
 pero nunca he sido vil,  
 poco el peligro me espanta  
 yo me refalé la manta  
 y la eché sobre el candil.

Gané en seguida la puerta  
 gritando: «Naides me ataje»  
 y alborotao el hembraje  
 lo que todo quedó oscuro,  
 empezó a verse en apuro  
 mesturao con el gauchage.

El primero que salió  
 fue el cantor y se me vino—  
 pero yo no pierdo el tino  
 aunque haiga tomao un trago  
 y hay algunos por mi pago  
 que me tienen por ladino—.

No ha de haber achocao otro—  
 le salió cara la broma;  
 a su amigo cuando toma  
 se le despeja el sentido,  
 y el pobrecito había sido  
 como carne de paloma.

Para prestar un socorro  
 las mujeres no son lerdas—  
 antes que la sangre pierdan  
 lo arrimaron a unas pipas—  
 ay lo dejé con las tripas  
 como pa que hiciera cuerdas.

Monté y me largué a los campos  
 más libre que el pensamiento,  
 como las nubes al viento



a vivir sin paradero.  
 Que no tiene el que es matrero  
 nido, ni rancho, ni asiento.

No hay fuerza contra el destino  
 que le ha señalado el cielo—  
 y aunque no tenga consuelo  
 aguante el que está en trabajo  
 ¡naides se rasca pa abajo!  
 ¡ni se lonjea contra el pelo!

Con el gaucho desgraciao  
 no hay uno que no se entone—  
 ¡la menor falta lo espone  
 a andar con las avestruces!  
 Faltan otros con más luz  
 y siempre hay quien los perdone.

## XII

Yo no sé qué tantos meses  
esta vida me duró,  
a veces nos obligó  
la miseria a comer potro—  
me había acompañado con otros  
tan desgraciaos como yo—.

Mas ¿para qué platicar  
sobre esos males, —¿canejo?  
Nace el gaucho y se hace viejo,  
sin que mejore su suerte,  
hasta que por hay la muerte  
sale a cobrarle el pellejo.

Pero como no hay desgracia  
que no acabe alguna vez,  
me aconteció que después  
de sufrir tanto rigor,  
un amigo por favor  
me compuso con el juez.

Le advertiré que en mi pago  
ya no va quedando un criollo,  
se los ha tragao el hoyo,



o juido o muerto en la guerra  
porque, amigo, en esta tierra  
nunca se acaba el embroyo—.

Colijo que jue por eso  
que me llamó el juez un día  
y me dijo que quería  
hacerme a su lao venir,  
y que dentrase a servir  
de soldao de Polecía—.

Y me largó una ploclama  
tratándome de valiente,  
que yo era un hombre decente,  
y que dende aquel momento  
me nombraba de sargento  
pa que mandara la gente.

Ansí estuve en la partida  
pero, ¿qué había de mandar?  
Anoche al irlo a tomar  
vide güena coyuntura  
y a mí no me gusta andar  
con la lata a la cintura.



[...]  
 [...]  
 [...]  
 [...]  
 [...]  
 [...]

Ya conoce pues, quien soy,  
 tenga confianza conmigo,  
 Cruz le dio mano de amigo  
 y no lo ha de abandonar—  
 juntos podremos buscar  
 pa los dos un mismo abrigo.



Andaremos de matreros  
 si es preciso pa salvar—  
 nunca no ha de faltar  
 ni un buen pingo para juir,  
 ni un pajal ande dormir,  
 ni un matambre que ensartar.

Y cuando sin trapo alguno  
 nos haiga el tiempo dejao—  
 yo le pediré emprestao



el cuero a cualquiera lobo  
 y hago un poncho, si lo sobo,  
 mejor que poncho engomao.

Para mí la cola es pecho  
 y el espinazo cadera  
 hago mi nido ande quiera  
 y de lo que encuentre como—  
 me echo tierra sobre el lomo  
 y me apeo en cualquier tranquera.

Y dejo correr la bala  
 que algún día se ha de parar—  
 tiene el gaucho que aguantar  
 hasta que lo trague el hoyo—  
 o hasta que venga algún criollo  
 en esta tierra a mandar.

Lo miran al pobre gaucho  
 como carne de cogote:  
 lo tratan al estricote—  
 y si ansí las cosas andan,  
 porque quieren los que mandan  
 aguantemos los azotes.



Pucha— si usted los oyera  
como yo en una ocasión,  
tuita la conversación  
que con otro tuvo el juez—  
le aseguro que esa vez  
se me achicó el corazón.



Hablaban de hacerse ricos  
con campos en las fronteras—  
de sacarlas más afueras  
donde había campos baldidos  
y llevar de los partidos  
gente que la defendiera.



Todo se güelven proyectos  
de colonia y carriles—  
y tirar la plata a miles  
en los gringos enganchaos  
mientras el pobre soldao  
le pelan la chaucha —¡ah! ¡viles!—.

Pero si siguen las cosas  
como van hasta el presente  
puede ser que de repente  
veamos el campo desierto,

y blanqueando solamente  
los güesos de los que han muerto.  
Hace mucho que sufrimos  
la suerte reclusiva—  
trabaja el gaucho y no arriba,  
porque a lo mejor del caso,  
lo levantan de un sogazo  
sin dejarle ni saliva.

De los males que sufrimos  
hablan mucho los puebleros,  
pero hacen como los teros  
para esconder sus niditos:  
en un lao pegan los gritos  
y en otros tienen los güevos.

Y se hacen los que no aciertan  
a dar con la coyuntura—  
mientras el gaucho lo apura  
con rigor la autoridá,  
ellos a la enfermedá,  
le están errando la cura.



## XIII Martín Fierro

Ya veo que somos los dos  
astilla del mismo palo—  
yo paso por gaucho malo  
y usted anda del mismo modo  
y yo pa acabar lo todo  
a los indios me resfalo.

Pido perdón a mi Dios  
que tantos bienes me hizo—  
pero dende que es preciso  
que viva entre los infieles—  
yo seré cruel con los crueles—  
así mi suerte lo quiso.

Dios formó lindas las flores,  
delicadas como son—  
les dio toda perfección  
y cuanto él era capaz—  
pero al hombre le dio más  
cuando le dio el corazón.

Le dio claridá a la luz,  
juerza en su carrera al viento,  
le dio vida y movimiento  
dende el águila al gusano—  
pero más le dio al cristiano  
al darle el entendimiento.

Y aunque a las aves les dio  
con otras cosas que inoro  
esos piquitos como oro  
y un plumaje como tabla—  
le dio al hombre más tesoro  
al darle una lengua que habla.

Y dende que dio a las fieras  
esa juria tan inmensa,  
que no hay poder que las vensa  
ni nada que las asombre  
¿qué menos le daría al hombre  
que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos  
 al darle, malicio yo  
 que en sus adentros pensó  
 que el hombre los precisaba  
 que los bienes igualaba  
 con las penas que le dio.

Y yo empujao por las mías  
 quiero salir de este infierno—:  
 ya no soy pichón muy tierno  
 y sé manejar la lanza—  
 y hasta los indios no alcanza  
 la facultá del Gobierno.

Yo sé que allá los casiques  
 amparan a los cristianos,  
 y que los tratan de «Hermanos»  
 cuando se van por su gusto—  
 A qué andar pasando sustos...  
 alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros  
 pero ni aun esto me aterra—  
 yo ruedo sobre la tierra

arrastrao por mi destino—  
 y si erramos el camino...  
 no es el primero que lo erra.  
 Si hemos de salvar o no—  
 de esto naides nos responde,  
 derecho ande el sol se esconde  
 tierra adentro hay que tirar,  
 algún día hemos de llegar  
 después sabremos a dónde.

No hemos de perder el rumbo  
 los dos somos güena yunta—  
 el que es gaucho va ande apunta  
 aunque inore ande se encuentra;  
 pa el lao en que el sol se dentra  
 dueblan los pastos la punta.

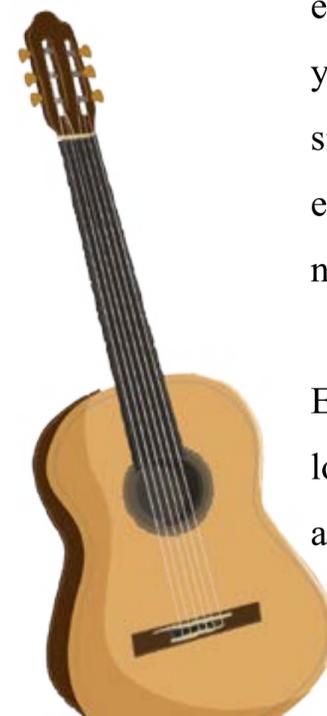
De hambre no perecemos  
 pues según otros me han dicho  
 en los campos se hallan bichos  
 de lo que uno necesita...  
 gamas, maticos, mulitas,  
 avestruces y quirquinchos.

Cuando se anda en el desierto  
se come uno hasta las colas—  
lo han cruzao mujeres solas  
llegando al fin con salú,  
y ha de ser gaucho el ñandú  
que se escape de mis colas.

Tampoco a la sé le temo,  
yo la aguanto muy contento,  
busco agua olfatiando al viento  
y dende que no soy manco,  
ande hay duraznillo blanco  
cavo, y la saco al momento.

Allá habrá siguridá  
ya que aquí no la tenemos,  
menos males pasaremos  
y ha de haber grande alegría  
el día que nos delcolguemos  
en alguna toldería.

Fabricaremos un toldo  
como lo hacen tantos otros  
con unos cueros de potro,  
que sea sala y sea cocina,



¡tal vez no falte una china  
que se apiade de nosotros!  
Allá no hay que trabajar,  
vive uno como un señor—  
de cuando en cuando un malón—  
y si de él sale con vida,  
lo pasa echao panza arriba  
mirando dar güelta el sol.

Y ya que a juerza de golpes  
la suerte nos dejó a flus,  
puede que allá veamos luz  
y se acaben nuestras penas;  
todas las tierras son güenas...  
vámosnos amigo Cruz.

El que maneja las bolas,  
el que sabe echar un pial;  
y sentársele a un bagual  
sin miedo de que lo baje,  
entre los mismos salvajes  
no puede pasarlo mal.

El amor como la guerra  
lo hace el criollo con canciones  
a más de eso en los malones



podemos aviarnos de algo;  
 en fin amigo, yo salgo  
 de estas pelegrinaciones.

[...]

[...]

[...]

[...]

[...]

[...]

En este punto el cantor  
 buscó un porrón pa consuelo,  
 echó un trago como un cielo  
 dando fin a su argumento;  
 y de un golpe al instrumento  
 lo hizo astillas contra el suelo.

«Ruempo», dijo, «la guitarra  
 »pa no volverla a tentar;  
 »ninguno la ha de tocar,  
 »por seguro tenganoló;  
 »pues naides ha de cantar  
 »cuando este gaucho cantó».



Y daré fin a mis coplas  
 con aire de relación,  
 nunca falta un preguntón  
 más curioso que mujer,  
 y tal vez quiera saber  
 cómo jue la conclusión:

Cruz y Fierro de una estancia  
 una tropilla se arriaron—  
 por delante se la echaron  
 como criollos entendidos,  
 y pronto sin ser sentidos  
 por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,  
 una madrugada clara  
 le dijo Cruz que miraralas últimas poblaciones;  
 y a Fierro dos lagrimones  
 le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo  
 se entraron en el desierto—  
 no sé si los habrán muerto

en alguna correría,  
pero espero que algún día  
sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias  
mi relación acabé,  
por ser ciertas les conté  
todas las desgracias dichas—  
es un telar de desdichas  
cada gaucho que usted ve.

Pero ponga su esperanza  
en el Dios que lo formó,  
y que me despido yo  
que he relatao a mi modo,  
males que conocen todos  
pero que naides cantó.



## La vuelta de Martín Fierro



## Cuatro palabras de conversación con los lectores

Entrego a la benevolencia pública, con el título LA VUELTA DE MARTIN FIERRO, la segunda parte de una obra que ha tenido una acogida tan generosa, que en seis años se han repetido once ediciones con un total de cuarenta y ocho mil ejemplares.

Esto no es vanidad de autor, porque no rindo tributo a esa falsa diosa; ni bombo de editor, porque no lo he sido nunca de mis humildes producciones.

Es un recuerdo oportuno para explicar por qué el primer tiraje del presente libro consta de 20.000 ejemplares, divididos en cinco secciones o ediciones de 4.000 números cada una; y agregaré que confío en que el acreditado Establecimiento Tipográfico del señor Coni hará una impresión esmerada, como las que tienen todos los libros que salen de sus talleres.

Lleva también diez ilustraciones incorporadas en el texto, y creo que en los dominios de la literatura es la primera vez que una obra sale de las prensas nacionales con esta mejora.

Así se empieza.

Las láminas han sido dibujadas y calcadas en la piedra por don Carlos Clerice, artista compatriota que llegará a ser notable en su ramo, porque es joven, tiene escuela, sentimiento artístico y amor al trabajo.

El grabado ha sido ejecutado por el señor Supot, que posee el arte, nuevo y poco generalizado todavía entre nosotros, de fijar en láminas metálicas lo que la habilidad del litógrafo ha calcado en la piedra, creando o imaginando posiciones que interpretan con claridad y sentimiento la escena descrita en el verso.

No se ha omitido, pues, ningún sacrificio a fin de hacer una publicación con las mas aventajadas condiciones artísticas.

En cuanto a su parte literaria, sólo diré que no se debe perder de vista al juzgar los defectos del libro, que es copia fiel de un original que los tiene, y repetiré que muchos defectos están allí con el objeto de hacer mas evidente y clara la imitación de los que lo son en realidad.

Un libro destinado a despertar la inteligencia y el amor a la lectura en una población casi primitiva, a servir de provechoso recreo, después de las fatigosas tareas, a millares de personas que jamás han leído, debe ajustarse estrictamente a los usos y costumbres de esos mismos lectores, rendir sus ideas e interpretar sus sentimientos en su mismo lenguaje, en sus frases más usuales, en su forma más general, aunque sea incorrecta; con sus imágenes de mayor relieve, y con sus giros más característicos, a fin de que el libro se identifique con ellos de una manera tan estrecha e íntima, que su lectura no sea sino una continuación natural de su existencia.

Solo así pasan sin violencia del trabajo al libro; y solo así, esa lectura puede serles amena, interesante y útil.

!Ojalá hubiera un libro que gozara del dichoso privilegio de circular de mano en mano en esa inmensa población diseminada en nuestras vastas campañas, y que bajo una forma que lo hiciera agradable, que asegurara su popularidad, sirviera de ameno pasatiempo a sus lectores, pero: Enseñando que el trabajo honrado es la fuente principal de toda mejora y bienestar!

Enalteciendo las virtudes morales que nacen de la ley natural y que sirven de base a todas las virtudes sociales.

Inculcando en los hombres el sentimiento de veneración hacia su Creador, incli-nándolos a obrar bien.

Afeando las supersticiones ridículas y generalizadas que nacen de una deplorable ignorancia.

Tendiendo a regularizar y dulcificar las costumbres, enseñando por medios hábilmente escondidos, la moderación y el aprecio de sí mismo; el respeto a los demás; estimulando la fortaleza por el espectáculo del infortunio acerbo, aconsejando la perseverancia en el bien y la resignación en los trabajos.

Recordando a los padres los deberes que la naturaleza les impone para con sus hijos, poniendo ante sus ojos los males que produce su olvido, induciéndolos por ese medio a que mediten y calculen por sí mismos todos los beneficios de su cumplimiento.

Enseñando a los hijos como deben respetar y honrar a los autores de sus días.

Fomentando en el esposo el amor a su esposa, recordando a ésta los santos deberes de su estado; encareciendo la felicidad del hogar, enseñando a todos a tratarse con respeto recíproco, robusteciendo por todos estos medios los vínculos de la familia y de la sociabilidad. Afirmando en los ciudadanos el amor a la libertad, sin apartarse del respeto que es debido a los superiores y magistrados.

Enseñando a los hombres con escasas nociones morales, que deben ser humanos y clementes, caritativos con el huérfano y con el desvalido; fieles a la amistad; gratos a los favores recibidos; enemigos de la holgazanería y del vicio; conformes con los cambios de fortuna; amantes de la verdad, tolerantes, justos y prudentes siempre.

Un libro que todo esto, más que esto, o parte de esto enseñara sin decirlo, sin revelar su pretensión, sin dejarla conocer siquiera, sería indudablemente un buen libro, y por cierto que levantaría el nivel moral e intelectual de sus lectores aunque dijera «naides» por «nadie», «resertor» por «desertor», «mesmo» por «mismo», u otros barbarismos semejantes, cuya enmienda le está reservada a la escuela, llamada a llenar un vacío que el poema debe respetar, y a corregir vicios y defectos de fraseología que son también elementos de que se debe apoderar el arte para combatir y extirpar males morales más fundamentales y trascendentes, examinándolos bajo el punto de vista de una filosofía más elevada y pura.

El progreso de la locución no es la base del progreso social, y un libro que se propusiera tan elevados fines debería prescindir por completo de las delicadas formas de la cultura de la frase, subordinándose a las imperiosas exigencias de sus propósitos moralizadores, que serían en tal caso, el éxito buscado.

Los personajes colocados en escena deberían hablar en su lenguaje peculiar y propio, con su originalidad, su gracia y sus defectos naturales, porque despojados de ese ropaje, lo serían igualmente de su carácter típico, que es lo único que los hace simpático, conservando la imitación y la verosimilitud en el fondo y en la forma.

Entra también en esta parte la elección del prisma a través del cual le es permitido a cada uno estudiar tiempos. Y aceptando esos defectos como un elemento, se idealiza también, se piensa, se inclina a los demás a que piensen igualmente y se agrupan, se preparan y conservan pequeños monumentos de arte, para los que han de estudiarlo mañana y levantar el grande monumento de la historia de nuestra civilización.

El gaucho no conoce ni siquiera los elementos de su propio idioma, y sería una impropiedad cuando menos, y una falta de verdad muy censurable, que quien no ha abierto jamás un libro, siga las reglas de arte de Blair, Herosilla o la Academia.

El gaucho no aprende a cantar. Su único maestro es la espléndida naturaleza que en variados y majestuosos panoramas se extiende delante de sus ojos.

Canta porque hay en él cierto impulso moral, algo de métrico, de rítmico que domina en su organización, y que lo lleva hasta el extraordinario extremo de que todos sus refranes, sus dichos agudos, sus proverbios comunes, son expresados en dos versos octosílabos perfectamente medidos, acentuados con inflexible regularidad, llenos de armonía, de sentimiento y de profunda intención.

Eso mismo hace muy difícil, si no de todo punto imposible, distinguir y separar cuáles son los pensamientos originales del autor, y cuáles los que son recogidos de las fuentes populares.

No tengo noticia que exista ni que haya existido una raza de hombre aproximado a la naturaleza, cuya sabiduría proverbial llene todas las condiciones rítmicas de nuestros proverbios gauchos.

Qué singular es, y qué digno de observación, el oír a nuestros paisanos más incultos expresar en dos versos claros y sencillos, máximas y pensamientos morales que las naciones más antiguas, la India y la Persia, conservaban como el tesoro inestimable de su sabiduría proverbial; que los griegos escuchaban con veneración de boca de sus sabios más profundos, de Sócrates, fundador de la moral, de Platón y de Aristóteles; que entre los latinos difundió gloriosamente el afamado Séneca; que los hombres del Norte les dieron lugar preferente en su robusta y enérgica literatura, que la civilización moderna repite por medio de sus moralistas más esclarecidos, y que se hallan consagrados fundamentalmente en los códigos religiosos de todos los grandes reformadores de la humanidad.

Indudablemente, que hay cierta semejanza íntima, cierta identidad misteriosa entre todas las razas del globo que sólo estudian en el gran libro de la naturaleza; pues de él deducen, y vienen deduciendo desde hace más de tres mil años, la misma enseñanza, las mismas virtudes naturales, expresadas en prosa por todos los hombres del globo, y en versos por los gauchos que habitan las vastas y fértiles comarcas que se extienden a las dos márgenes del Plata.

El corazón humano y la moral son los mismos en todos los siglos.

Las civilizaciones difieren esencialmente. «Jamás se hará, dice el doctor don V. López en su prólogo a Las Neurosis, un profesor o un catedrático europeo, de un bracma»; así debe ser: pero no ofrecería la misma dificultad el hacer de un gaucho un bracma lleno de sabiduría; si es que los bracmas hacen consistir toda su ciencia en su sabiduría proverbial, según los pinta el sabio conservador de la Biblioteca Nacional de París, en «La sabiduría popular de todas las naciones», que difundió en el nuevo mundo el americano Pazos Kanki.

Saturados de ese espíritu gaucho, hay entre nosotros algunos poetas de formas muy cultas y correctas, y no ha de escasear el género, porque es una producción legítima y espontánea del país, y que, en verdad, no se manifiesta únicamente en el terreno florido de la literatura.

Concluyo aquí, dejando a la consideración de los benévolos lectores lo que yo no puedo decir sin extender demasiado este prefacio, poco necesario en las humildes coplas de un hijo del desierto.

!Sea el público indulgente con él! Y acepte esta humilde producción que le dedicamos, como que es nuestro mejor y más antiguo amigo.

La originalidad de un libro debe empezar en el prólogo.

Nadie se sorprenda, por lo tanto, ni de la forma ni de los objetos que éste abraza; y debemos terminarlo haciendo público nuestro agradecimiento hacia los distinguidos escritores que acaban de honrarnos con su fallo, como el señor D. José Tomás Guido, en una bellísima carta que acogieron deferentes «La Tribuna» y «La Prensa», y que reprodujeron en sus columnas varios periódicos de la República. El Dr. D. Miguel Navarro Viola, en la última entrega de la «Biblioteca Popular», estimulándonos, con honrosos términos, a continuar en la tarea emprendida.

Diversos periódicos de la ciudad y campaña, como «EL Herald», del Azul, «La Patria», de Dolores, «El Oeste», de Mercedes, y otros, han adquirido también justos títulos a nuestra gratitud, que conservamos como una deuda sagrada.

Terminamos esta breve reseña con «La Capital», del Rosario, que ha anunciado la VUELTA DE MARTIN FIERRO, haciendo concebir esperanzas que Dios sabe si van ha ser satisfechas.

Ciérrese este prólogo diciendo que se llama este libro LA VUELTA DE MARTIN FIERRO, porque este título le dio el público, antes, mucho antes de haber yo pensado en escribirlo; y allá va a correr tierras con mi bendición paternal.

**José Hernández**





Atención pido al silencio  
 Y silencio a la atención,  
 Que voy en esta ocasión,  
 Si me ayuda la memoria,  
 A mostrarles que a mi historia  
 Le faltaba lo mejor.

Viene uno como dormido  
 Cuando vuelve del desierto;  
 Veré si a explicarme acierto  
 Entre gente tan bizarra  
 Y si al sentir la guitarra  
 De mi sueño me despierto.

Siento que mi pecho tiembla,  
 Que se turba mi razón,  
 Y de la vigüela al son  
 Imploro a la alma de un sabio  
 Que venga a mover mi labio  
 Y alentar mi corazón

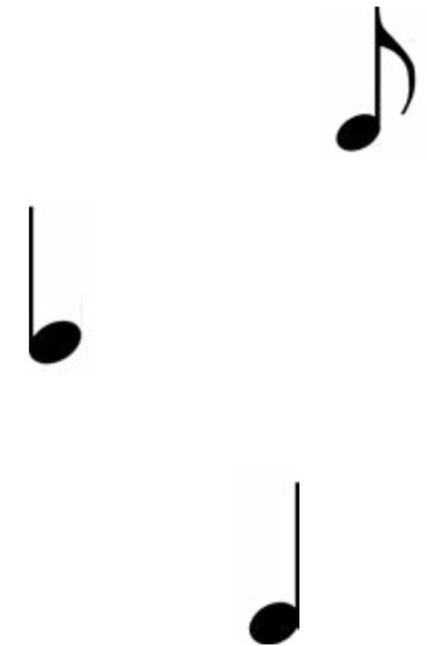


Si no llego a treinta y una  
 De fijo en treinta me planto,  
 Y esta confianza adelanto  
 Porque recibí en mi mismo,  
 Con el agua del bautismo,  
 La facultá para el canto.

Tanto el pobre como el rico  
 La razón me la han de dar;  
 Y si llegan a escuchar  
 Lo que explicaré a mi modo,  
 Digo que no han de rair todos:  
 Algunos han de llorar.

Mucho tiene que contar  
 El que tuvo que sufrir,  
 Y empezaré por pedir  
 No duden de cuanto digo;  
 Pues debe creerse al testigo  
 Si no pagan por mentir.

Gracias le doy a la virgen,  
 Gracias le doy al señor,  
 Porque entre tanto rigor



Y habiendo perdido tanto,  
No perdí mi amor al canto  
Ni mi voz como cantor.

Que cante todo viviente  
Otorgó el Eterno Padre;  
Cante todo el que le cuadre  
Como lo hacemos los dos  
Pues sólo no tiene voz  
El ser que no tiene sangre.

Canta el pueblero... y es pueta;  
Canta el gaucho... y, ¡ay Jesús!,  
Lo miran como avestruz,  
Su inorancia los asombra;  
Mas siempre sirven las sombras  
Para distinguir la luz.

El campo es del inorante,  
El pueblo del hombre estruido;  
Yo que en el campo he nacido  
Digo que mis cantos son  
Para los unos... sonidos,  
Y para otros... intención.

Yo he conocido cantores  
Que era un gusto el escuchar;  
Mas no quieren opinar  
Y se divierten cantando;  
Pero yo canto opinando,  
Que es mi modo de cantar.

El que va por esta senda  
Cuanto sabe desembucha,  
Y aunque mi cencia no es mucha,  
Esto en mi favor previene;  
Yo se el corazón que tiene  
El que con gusto me escucha.

Lo que pinta este pincel  
Ni el tiempo lo ha de borrar;  
Ninguno se ha de animar  
A corregirme la plana;  
No pinta quien tiene gana  
Sino quien sabe pintar.

Y no piensen los oyentes  
Que del saber hago alarde;  
He conocido aunque tarde,

Sin haberme arrepentido,  
Que es pecado cometido  
El decir ciertas verdades.

Pero voy en mi camino  
Y nada me ladiará;  
He de decir la verdá;  
De naides soy adulón;  
Aqui no hay imitación;  
Esta es pura realidá.

Y el que me quiera enmendar  
Mucho tiene que saber;  
Tiene mucho que aprender  
El que me sepa escuchar;  
Tiene mucho que rumiar  
El que me quiera entender.

Más que yo y cuantos me oigan,  
Más que las cosas que tratan,  
Más que los que ellos relatan,  
Mis cantos han de durar;  
Mucho ha habido que mascar  
Para echar esta bravata.



Brotan quejas de mi pecho,  
Brotan un lamento sentido;  
Y es tanto lo que he sufrido  
Y males de tal tamaño  
Que reto a todos los años  
A que traigan el olvido.

Ya verán si me despierto  
Cómo se compone el baile;  
Y no se sorprenda naides  
Si mayor fuego me anima;  
Porque quiero alzar la prima  
Como pa tocar al aire.

Y con la cuerda tirante  
Dende que ese tono elija,  
Yo no he de aflojar manija  
Mientras que la voz no pierda,  
Si no se corta la cuerda  
O no cede la clavija.

Aunque rompí el instrumento  
Por no volverme a tentar,  
Tengo tanto que contar



Y cosas de tal calibre,  
 Que Dios quiera que se libre  
 El que me enseñó a templar  
 De naidas sigo el ejemplo,  
 Naides a dirigirme viene;  
 Yo digo cuanto conviene,  
 Y el que en tal güeya se planta,  
 debe cantar, cuando canta,  
 Con toda la voz que tiene

He visto rodar la bola  
 Y no se quiere parar;  
 Al fin de tanto rodar  
 Me he decidido a venir  
 A ver si puedo vivir  
 Y me dejan trabajar.

Sé dirigir la mansera  
 Y tambien echar un pial;  
 Sé correr en un rodeo,  
 Trabajar en un corral;  
 Me se sentar en un pértigo  
 Lo mesmo que en un bagual

Y enpriéstenmé su atención  
 Si así me quieren honrar  
 De no, tendré que callar,  
 Pues el pájaro cantor  
 Jamás se para de cantar  
 En árbol que no da flor

Hay trapitos que golpiar  
 Y de aquí no me levanto;  
 Si quieren que desembuche:  
 Tengo que decirles tanto  
 Que les mando que me escuchen.

Déjenmé tomar un trago:  
 Estas son otras cuarenta  
 Mi garganta esta sedienta,  
 Y de esto no me abochorno,  
 Pues el viejo, como el horno,  
 Por la boca se calienta.



Triste suena mi guitarra  
Y el sunto lo requiere;  
Ninguno alegrías espere  
Sino sentidos lamentos  
De aquel que en duros tormentos  
Nace, crece, vive y muere.

Es triste dejar sus pagos  
Y largarse a tierra ajena  
Llevándose la alma llena  
De tormentos y dolores;  
Mas nos llevan los rigores  
Como el pampero a la arena;

Irse a cruzar el desierto  
Lo mismo que un forajido,  
Dejando aquí en el olvido,  
Como dejamos nosotros,  
Su mujer en brazos de otro  
Y sus hijitos perdidos

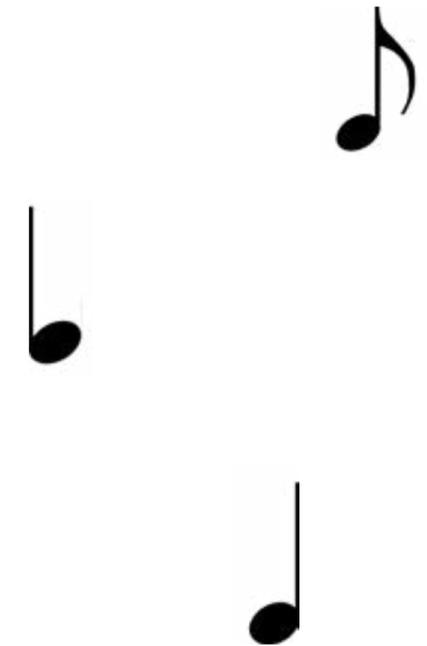


¡Cuantas veces al cruzar  
En esa inmensa llanura,  
Al verse en tal desventura  
Y tan lejos de los suyos,  
Se tira uno entre los yuyos  
A llorar con amargura!

En la orilla de un arroyo  
Solitario lo pasaba,  
En mil cosas cavilaba  
Y, a una güelta repentina,  
Se me hacía ver a mi china  
O escuchar que me llamaba.

Y las aguas serenitas  
Bebe el pingo trago a trago,  
Mientras sin ningún halago  
Pasa uno hasta sin comer,  
Por pensar en su mujer,  
En sus hijos y en su pago.

Recordarán que con Cruz  
Para el desierto tiramos  
En la pampa nos entramos,



Cayendo, por fin del viaje,  
A unos toldos de salvajes,  
Los primeros que encontramos.

La desgracia nos seguía:  
Llegamos en mal momento;  
Estaban de parlamento  
Tratando de una invasión  
Y el indio en tal ocasión  
Recela hasta de su aliento.

Se armó un tremendo alboroto  
Cuando nos vieron llegar;  
No podíamos aplacar  
Tan peligroso hervidero;  
Nos tomaron por bomberos  
Y nos quisieron lanzar.



Nos quitaron los caballos  
A los muy pocos minutos;  
Estaban irresolutos;  
!Quién sabe qué pretendían!  
Por los ojos nos metían  
Las lanzas aquellos brutos.



Y déle en su lengüeteo  
Hacer gestos y cabriolas;  
Uno desató las bolas  
Y se nos vino enseguida;  
Ya no créiamos con vida  
Salvar ni por carambola.

Allá no hay misericordia  
Ni esperanza que tener;  
El indio es de parecer  
Que siempre matar se debe,  
Pues la sangre que no bebe  
Le gusta verla correr

Cruz se dispuso a morir  
Peliando y me convidó.  
«Aguantemos», dije yo,  
«El fuego hasta que nos quemé».  
Menos los peligros teme  
Quien más veces lo venció.

Se debe ser mas prudente  
Cuando el peligro es mayor;  
Siempre se salva mejor



Andando con alvertencia  
 Porque no está la prudencia  
 Reñida con el valor.

Vino al fin el lenguaraz  
 Como a trairnos el perdón;  
 Nos dijo:«La salvación  
 Se la deben a un cacique;  
 Me manda que les explique  
 Que se trata de un malón.

«Les ha dicho a los demás  
 Que ustedes quedan cautivos  
 Por si cain algunos vivos  
 En poder de los cristianos,  
 Rescatar a sus hermanos  
 Con estos dos fugitivos.»

Volvieron al parlamento  
 A tratar de sus alianzas,  
 O tal vez de las matanzas,

Y, conforme les detallo,  
 Hicieron cerco a caballo  
 recostándose en las lanzas.  
 Dentra al centro un indio viejo  
 Y allí a lengüetiar se larga;  
 !Quién sabe qué les encarga!  
 Pero toda la riunión  
 Lo escuchó con atención  
 Lo menos tres horas largas.

Pegó al fin tres alaridos  
 Y ya principiaba otra danza;  
 Para mostrar su pujanza  
 Y dar pruebas de jinete,  
 Dio riendas rayando el flete  
 Y revoliando la lanza.

Recorre luego la fila,  
 Frente a cada indio se para,  
 Lo amenaza cara a cara

Y, en su juria, aquel maldito  
Acompaña con su grito  
El cimbrar de la tacuara.

Se vuelve aquello un incendio  
Mas feo que la misma guerra:  
Entre una nube de tierra  
Se hizo allí una mezclanza  
De potros, indios y lanzas,  
Con alaridos que aterran.

Parece un baile de fieras  
Sigún yo me lo imagino;  
Era inmenso el remolino,  
Las voces aterradoras;  
Hasta que al fin de dos horas  
Se aplacó aquel torbellino.

De noche formaban cerco  
Y en el centro nos ponían;  
Para mostrar que querían

Quitarnos toda esperanza,  
Ocho o diez filas de lanzas  
Alrededor nos hacían.

Allí estaban vigilante  
Cuidandonos a porfía;  
Cuando roncar parecían  
«Huincá», gritaba cualquiera,  
Y toda la fila entera  
«Huincá», «huincá», repetía.

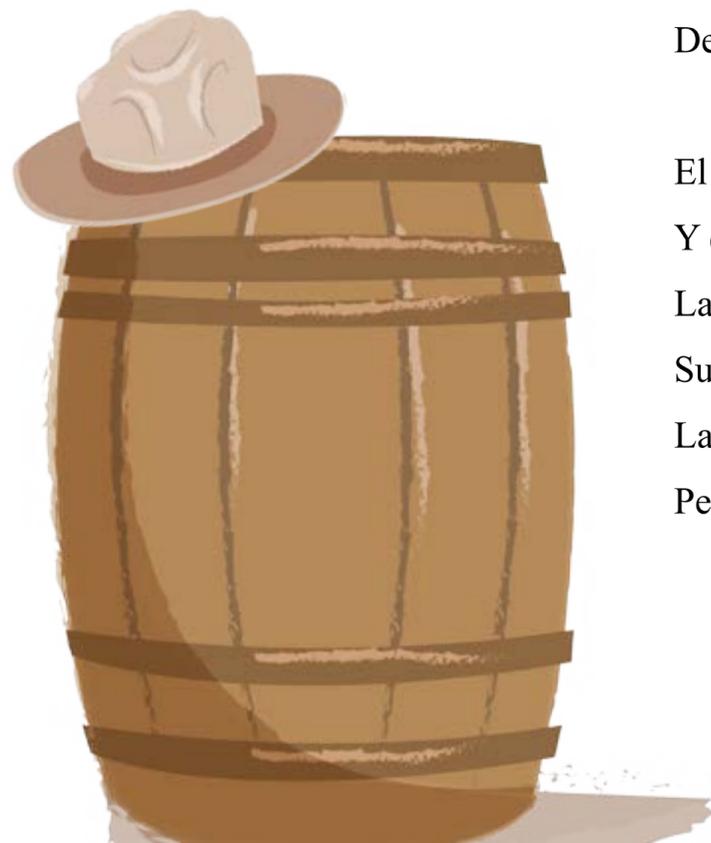
Pero el indio es dormilón  
Y tiene un sueño projundo;  
Es roncador sin segundo  
Y en tal confianza es su vida,  
Que ronca a pata tendida  
Aunque se de güelta el mundo.

Nos aviriguaban todo  
Como aquel que se previene,  
Porque siempre les conviene

Saber las juerzas que andan,  
 Donde estan, quienes las mandan,  
 Que caballos y armas tienen.

A cada respuesta nuestra  
 Uno hace una exclamación,  
 Y luego en continuación  
 Aquellos indios feroces,  
 Cientos y cientos de voces  
 Repiten al mismo son.

Y aquella voz de un solo,  
 Que empieza por un gruñido,  
 Lega hasta ser alarido  
 De toda la muchedumbre,  
 Y así adquieren la costumbre  
 De pegar esos bramidos.



De ese modo nos hallamos  
 Empeñaos en la partida;  
 No hay que darla por perdida  
 Por dura que sea la suerte,  
 Ni que pensar en la muerte,  
 Sino en soportar la vida.

Se endurece el corazón,  
 No teme peligro alguno;  
 Por encontrarlo oportuno  
 Allí juramos los dos:  
 Respetar tan sólo a Dios;  
 De Dios abajo, a ninguno.

El mal es árbol que crece  
 Y que cortado retoña;  
 La gente esperta o bisoña  
 Sufre de infinitos modos;  
 La tierra es madre de todos,  
 Pero también da ponzoña.

Mas todo varón prudente  
 Sufre tranquilo sus males;  
 Yo siempre los hallo iguales  
 En cualquier senda que elijo;  
 La desgracia tiene hijos,  
 Aunque ella no tiene madre.



Y al que le toca la herencia,  
 Donde quiera halla su ruina:  
 Lo que la suerte destina  
 No puede el hombre evitar,  
 Porque el cardo ha de pinchar  
 Es que nace con espinas.



Es el destino del pobre  
 Un continuo zafarrancho  
 Y pasa como el carancho,  
 Porque el mal nunca se sacia,  
 Si el viento de la desgracia  
 Vuela las pajas del rancho.

Mas quien manda los pesares  
 Manda también el consuelo:  
 La luz que baja del cielo

Alumbra al más encumbrao,  
 Y hasta el pelo mas delgao  
 Hace su sombra en el suelo.

Pero por más que uno sufra  
 Un rigor que lo atormente,  
 No debe bajar la frente  
 Nunca, por ningún motivo:  
 El álamo es mas altivo  
 Y gime constantemente.

El indio pasa la vida  
 Robando o echao de panza;  
 La única ley es la lanza  
 A que se ha de someter:  
 Lo que le falta en saber  
 Lo suple con descondianza.

Fuera cosa de engarzarlo  
 A un indio caritativo:  
 Es duro con el cautivo,  
 Le dan un trato horroroso;  
 Es astuto y receloso,  
 es audaz y vengativo.



No hay que pedirle favor  
 Ni que aguardar tolerancia;  
 Movidos por su inorancia  
 y de puro desconfiaos,  
 Nos pusieron separaos  
 Bajo sutil vigilancia.



No pude tener con Cruz  
 Ninguna conversación:  
 No nos daban ocasión,  
 Nos trataban como ajenos  
 Como dos años, lo menos,  
 Duro esta separación.



Relatar nuestras penurias  
 Fuera alargar el asunto.  
 Les diré sobre este punto  
 Que a los dos años recién  
 Nos hizo el cacique el bien  
 De dejarnos vivir juntos.

Nos retiramos con Cruz  
 A la orilla de un pajal;  
 Por no pasarlo tan mal

Hicimos como un bendito  
 En el desierto infinito,  
 Con dos cueros de bagual.

Fuimos a esconder allí  
 Nuestra pobre situación,  
 Aliviando con la unión  
 Aquel duro cautiverio,  
 Tristes como un cementerio  
 Al toque de la oración.

Debe el hombre ser valiente  
 Si ha rodar se determina,  
 Primero, cuando camina;  
 Segundo, cuando descansa;  
 Pues en aquellas andanzas  
 Perece el que se acoquina

Cuando es manso el ternero  
 En cualquier vaca se priende;  
 El que es gaucho esto lo entiende  
 Y ha de entender si le digo  
 Que andábamos con mi amigo  
 Como pan que no se vende.



Guarecidos en el toldo  
 Charlábamos mano a mano:  
 Eramos dos veteranos  
 Mansos pa las sabandijas,  
 Arrumbaos como cubijas  
 Cuando calienta el verano.

El alimento no abunda  
 Por mas empeño que se haga;  
 Lo pasa uno como plaga,  
 Ejercitando la industria,  
 Y siempre como la nutria  
 Viviendo a la orilla del agua.



En semejante ejercicio  
 Se hace diestro el cazador:  
 Cai el piche engordador,  
 Cai el pájaro que trina;  
 Todo bicho que camina  
 Va parar al asador.

Pues allí a los cuatro vientos  
 La persecución se lleva;  
 Nadie escapa de la leva



Y dende que el alba asoma  
 Ya recorre uno la loma,  
 El bajo, el nido y la cueva.

El que vive de la caza  
 A cualquier bicho se atreve,  
 Que pluma o cáscara lleve,  
 Pues, cuando la hambre se siente,  
 El hombre le clava el diente  
 A todo lo que se mueve.

En las sagradas alturas  
 Esta el maistro principal  
 Que enseña a cada animal  
 A procurarse el sustento,  
 Y le brinda el alimento  
 A todo ser racional.

Y aves y bichos y pejes  
 Se mantienen de mil modos:  
 Pero el hombre en su acomodo  
 Es curioso de oserverar:  
 Es el que sabe llorar  
 Y es el que los come a todos.



## IV

Antes de aclarar el día  
 Empieza el indio a aturdir  
 La pampa con su rugir,  
 Y en alguna madrugada,  
 Sin que sintiéramos nada,  
 Se largaban a invadir.

Primero entierran las prendas  
 En cuevas como peludos;  
 Y aquellos indios cerdudos,  
 Siempre llenos de recelos,  
 En los caballos en pelos  
 Se vienen medio desnudos.

Para pegar el malón  
 El mejor flete procuran;  
 Y como es su arma segura  
 Vienen con la lanza sola,  
 Y varios pares de bolas  
 Atados a la cintura.

De ese modo anda liviano  
 No fatiga al mancarrón;  
 Es su espuela en el malón,  
 Después de bien aflao,  
 Un cuernito de venao  
 Que se amarra en el garrón.

El indio que tiene un pingo  
 Que se llega a distinguir,  
 Lo cuida hasta pa dormir;  
 De ese cudao es esclavo.  
 Se lo alquila a otro indio bravo  
 Cuando vienen a invadir

Por vigilarlo no come  
 Y ni aun el sueño concilia:  
 Sólo en eso no hay desidia;  
 De noche les asiguro,  
 Para tenerlo siguro  
 Le hace cerco la familia.

Por eso habrán visto ustedes,  
 Si en el caso se han hallao,  
 Y si no lo han observao,

Tenganló dende hoy presente,  
Que todo pampa valiente  
Anda siempre bien montao.

Marcha el indio a trote largo,  
Paso que rinde y que dura;  
Viene en dirección sigura  
Y jamas a su capricho;  
No se les escapa bicho  
En la noche mas oscura.

Caminan entre nieblas  
Con un cerco bien formao;  
Lo estrechan con gran cuidao  
Y agarran, al aclarar,  
Ñanduces, gamas, venaos,  
Cuanto a podido dentrar.

Su señal es un humito  
Que se eleva muy arriba,  
Y no hay quien no lo aperciba  
Con esa vista que tienen;  
De todas partes se vienen  
A engrosar la comitiva.



Ansina se van juntando,  
Hasta hacer esas riuniones  
Que cain en las invasiones  
En número tan crecido;  
Para formarla han salido  
De los últimos rincones.

Es guerra cruel la del indio  
Porque viene como fiera;  
Atropella donde quiera  
Y de asolar no se cansa;  
De su pingo y de su lanza  
Toda salvación espera.

Debe atarse bien la faja  
Quien a aguardarlo se atreva;  
Siempre mala intención lleva,  
Y, como tiene alma grande,  
No hay plegaria que lo ablande  
Ni dolor que lo conmueva.

Odia de muerte al cristiano,  
Hace guerra sin cuartel;  
Para matar es sin yel,



Es fiero de condición;  
No golpia la compasión  
En el pecho del infiel.

Tiene la vista del águila,  
Del leon la temeridá;  
En el desierto no habrá  
Animal que él no lo entienda,  
Ni fiera de que no aprienda  
Un instinto de crueldá.

Es tenaz en su barbarie:  
No esperen verlo cambiar;  
El deseo de mejorar  
En su rudeza no cabe;  
El bárbaro solo sabe  
Emborracharse y peliar.

El indio nunca ríe,  
Y el pretenderlo es en vano,  
Ni cuando festeja ufano  
El triunfo en sus correrías;  
La risa en sus alegrías  
Le pertenece al cristiano.

Se cruzan en el desierto  
Como un animal feroz;  
Dan cada alarido atroz  
Que hace erizar los cabellos;  
Parece que a todos ellos  
Los ha maldecido Dios.

Todo el peso del trabajo  
Lo dejan a las mujeres:  
El indio es indio y no quiere  
Apiar de su condición  
Ha nacido indio ladrón  
Y como indio ladrón muere.

El que envenenan sus armas  
Les mandan sus hechiceras;  
Y como ni a Dios veneran,  
Nada a los pampa contiene:  
Hasta los nombres que tienen  
Son de animales y fieras.

Y son, ¡por Cristo bendito!,  
Los más desasiaos del mundo:  
Esos indios vagabundos,

Con repunancia me acuerdo,  
Viven lo mesmo que el cerdo  
En esos toldos inmundos.

Naides puede imaginar  
Una miseria mayor;  
Su pobreza causa horror;  
No sabe aquel indio bruto  
Que la tiera no da fruto  
Si no la riega el sudor.



V

Aquel desierto se agita  
Cuando la invasión regresa;  
Llevan miles de cabezas  
De vacuno y yeguarizo;  
Pa no afligirse es preciso  
Tener bastante firmeza.

Aquello es un hervidero  
De pampas —un celemín—.  
Cuando riunen el botín  
Juntando toda la hacienda,  
Es cantidá tan tremenda  
Que no alcanza a verse el fin.

Vuelven las chinas cargadas  
Con las prendas en montón;  
Aflige esa destrucción:  
Acomodaos en cargueros  
Llevan negocios enteros  
Que han saquiao en la invasión.



Su pretensión es robar,  
 No quedar en el pantano;  
 Viene a tierra de cristianos  
 Como juria del infierno;  
 No se llevan al Gobierno  
 Porque no lo hallan a mano.

Vuelven locos de contento  
 Cuando han venido a la fija;  
 Antes que ninguno elija  
 Empiezan con todo empeño,  
 Como dijo un santiagueño,  
 A hacerse la repartija.

Se reparten el botín  
 Con igualdad, sin malicia;  
 No muestra el indio codicia,  
 Ninguna falta comete:  
 Solo en eso se somete  
 A una regla de justicia.

Y cada cual con lo suyo  
 A sus toldos enderieza;  
 Luego la matanza empieza



Tan sin razón ni motivo,  
 Que no queda animal vivo  
 De esos miles de cabezas.

Y satisfecho el salvaje  
 De que su oficio ha cumplido,  
 Lo pasa por ahí tendido  
 Volviendo a su haraganiar,  
 Y entra la china a cueriar  
 Con un afán desmedido.

A veces a tierra adentro  
 Algunas puntas se llevan;  
 Pero hay pocos que se atrevan  
 A hacer esas incursiones,  
 Porque otros indios ladrones  
 Les suelen pelar la breva.

Pero pienso que los pampas  
 Deben de ser los más rudos;  
 Aunque andan medio desnudos  
 Ni su conveniencia entienden:  
 Por una vaca que venden  
 Quinientas matan al ñudo.

Estas cosas y otras piores  
 Las he visto muchos años;  
 Pero si yo no me engaño  
 Concluyó ese vandalaje,  
 Y esos bárbaros salvajes  
 No podran hacer mas daño.

Las tribus están deshechas;  
 Los caciques más altivos  
 Estan muertos o cautivos,  
 Privaos de toda esperanza,  
 Y de la chusma y de la lanza,  
 Ya muy pocos quedan vivos.

Son salvajes por completo  
 Hasta pa su diversión,  
 Pues hacen una junción  
 Que naides se la imagina;  
 Recien le toca a la china  
 El hacer su papelón.

Cuando el hombre es mas salvaje  
 Trata pior a la mujer:  
 Yo no sé que pueda haber

Sin ella dicha ni goce.  
 ¡Feliz el que la conoce  
 Y logra hacerse querer!

Todo el que entiende la vida  
 Busca a su lao los placeres;  
 Justo es que las considere  
 El hombre de corazón;  
 Sólo los cobardes son  
 Valientes con sus mujeres.

Pa servir a un desgraciao  
 Pronta la mujer está;  
 Cuando en su camino va  
 No hay peligro que le asuste;  
 Ni hay una a quien no le guste  
 Una obra de caridá.

No se hallará una mujer  
 A la que esto no le cuadre;  
 Yo alabo al Eterno Padre,  
 No porque las hizo bellas,  
 Sino porque a todas ellas  
 Les dio corazón de madre.

Es piadosa y diligente  
 Y sufrida en los trabajos;  
 Tal vez su valor rebajo  
 Aunque la estimo bastante;  
 Mas los indios inorantes  
 La trata al estropajo.

Echan la alma trabajando  
 Bajo el mas duro rigor;  
 El marido es su señor,  
 Como tirano la manda,  
 Porque el indio no se ablanda  
 Ni siquiera en el amor.

No tiene cariño a naides  
 Ni sabe lo que es amar.  
 ¿Ni que se puede esperar  
 De aquellos pechos de bronce?  
 Yo los conocí al llegar  
 Y los calé dende entonces.

Mientras tiene qué comer  
 Permanece sosegao;  
 Yo que en sus toldos he estao

Y sus costumbres oservo,  
 Digo que es como aquel cuervo  
 Que no volvio del mandao.

Es para él como un juguete  
 Escupir un crucifijo;  
 Pienso que Dios los maldijo  
 Y ansina al ñudo desato:  
 El indio, el cerdo y el gato  
 Redaman sangre del hijo.

Mas ya con cuentos de pampas  
 No ocuparé su atención;  
 Debo pedirles perdón,  
 Pues sin querer me distraje;  
 Por hablar de esos salvajes  
 Me olvidé de la junción.

.....

Hacen un cerco de lanzas,  
 Los indios quedan ajuera;  
 Dentra la china ligera

Como yeguada en la trilla,  
Y empieza allí la cuadrilla  
A dar güeltas en la era.

A un lao están los caciques,  
Capitanejos y el trompa  
Tocando con toda pompa  
Como un toque de fajina;  
Adentro muere la china,  
Sin que aquel circulo rompa.



Muchas veces se les oyen  
A las pobres los quejidos;  
Mas son lamentos perdidos:  
Al rededor del cercao,  
En el suelo están mamaos  
Los indios dando alaridos.



Su canto es una palabra  
Y de ahí no salen jamás;  
Llevan todas el compás  
«Ioká—ioká» repitiendo;  
Me parece estarlas viendo  
Mas fieras que Satanás.

Al trote dentro del cerco,  
Sudando, hambrientas, juriosas,  
Desgreñadas y rotosas,  
De sol a sol se lo llevan:  
Bailan aunque truene o llueva,  
Cantando la misma cosa.



## VI

El tiempo sigue su giro  
Y nosotros, solitarios;  
De los indios sanguinarios  
No teníamos qué esperar;  
El que nos salvó al llegar  
Era el más hospitalario.

Mostró noble corazón,  
Cristiano anhelaba ser;  
La justicia es un deber,  
Y sus méritos no callo:  
Nos regaló unos caballos  
Y a veces nos vino a ver.

A la voluntad de Dios  
Ni con la intención resisto:  
El nos salvó...!ah, Cristo!,  
Muchas veces he deseado  
No nos hubiera salvado  
Ni jamás haberlo visto.



Quien recibe beneficios  
Jamás los debe olvidar;  
Y al que tiene que rodar  
En su vida trabajosa,  
Le pasan a veces cosas  
Que son duras de pelar.

Voy dentrando poco a poco  
En lo triste del pasaje;  
Cuando es amargo el brebaje  
El corazón no se alegra;  
Dentró una virgüela negra  
Que los diezmó

Al sentir tal mortandá  
Los indios, desesperaos,  
Gritaban alborotados:  
«!Cristiano echando gualicho!»  
No quedó en los toldos bicho  
Que no salió redotao.

Sus remedios son secretos,  
Los tienen las adivinan;  
No los conocen las chinas

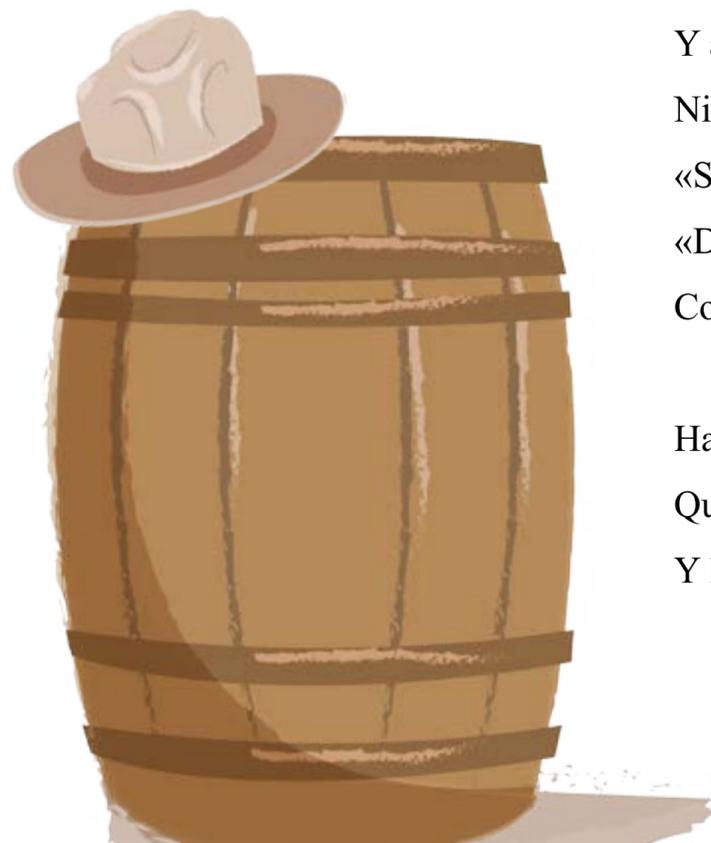


Sino alguna ya muy vieja,  
Y es la que lo aconseja  
Con mil embustes, la indina.

Allí soporta el paciente  
Las terribles curaciones,  
Pues a golpes y estrujones  
Son los remedios aquellos:  
Los agarran de los cabellos  
Y le arrancan los mechones.

Les hacen mil herejías  
Que el presenciarlas da horror;  
Brama el indio de dolor  
Por los tormentos que pasa,  
Y untandolo todo de grasa  
Lo ponen a hervir al sol.

Y puesto allí boca arriba,  
Alrededor le hacen fuego;  
Una china viene luego  
Y al oído le da de gritos;  
Hay algunos tan malditos  
Que sanan con este juego.



A otros les cuecen la boca  
Aunque de dolores cruja;  
Lo agarran allí y lo estrujan,  
Labios le quemán y diente  
Con un güevo bien caliente  
De alguna gallina bruja.

Conoce el indio el peligro  
Y pierde toda esperanza;  
Si a escapárseles alcanza  
Dispara como la liebre;  
Le da delirios la fiebre,  
Y ya le caen con la lanza.

Esas fiebres son terribles,  
Y aunque de esto no disputo  
Ni de saber me reputo,  
«Será», decíamos nosotros,  
«De tanta carne de potro  
Como comen esos brutos».

Había un gringuito cautivo  
Que siempre hablaba del barco,  
Y lo augaron en un charco

Por causante de la peste;  
Tenía los ojos celestes  
Como potrillo zarco.

Que le dieran esa muerte  
Dispuso una china vieja,  
Y aunque se aflige y se queja,  
Es inútil que resista:  
Ponía el infeliz la vista  
Como la pone la oveja.

Nosotros nos alejamos  
Para no ver tanto estrago;  
Cruz sentía los amagos  
De la peste que reinaba,  
Y la idea nos acosaba  
De volver a nuestros pagos.

Pero contra el plan mejor  
El destino se rebela.  
¡La sangre se me congela!  
El que nos había salvado  
Cayó también atacado  
De la fiebre y la virgüela.

No podíamos dudar,  
Al verlo en tal padecer,  
El fin que había de tener,  
Y Cruz que era tan humano:  
«Vamos», me dijo, «paisano  
A cumplir con un deber».

Fuimos a estar a su lado  
Para ayudarlo a curar;  
Lo vinieron a buscar  
Y hacerle como a los otros;  
Lo defendimos nosotros,  
No lo dejamos lanzar.

Iba creciendo la plaga  
Y la mortandá seguía.  
A su lado nos tenía  
Cuiandolo con pacencia,  
Pero acabó su existencia  
Al fin de unos pocos días.

El recuerdo me atormenta;  
Se renueva mi pesar;  
Me dan ganas de llorar;

Nada a mis penas igualo;  
Cruz también cayó muy malo  
Ya para no levantar.

Todos pueden figurarse  
Cuánto tuve que sufrir;  
Yo no hacía sino gemir,  
Y aumentaba mi aflicción  
No saber una oración  
Pa ayudarlo a bien morir.

Se le pasmó la virgüela,  
Y el pobre estaba en un grito;  
Me recomendó un hijito  
Que en su pago había dejado:  
«Ha quedado abandonado».  
Me dijo, «aquel pobrecito».  
«Si vuelve, búsquemeló»,  
Me repetía a media voz;  
«En el mundo eramos dos,  
Pues él ya no tiene madre;  
Que sepa el fin de su padre  
Y encomiende mi alma a Dios».

Lo apretaba contra el pecho,  
Dominao por el dolor;  
Era su pena mayor  
El morir allá entre infieles  
Sufriendo dolores crueles  
Entrego su alma al Criador.

De rodillas a su lado  
Yo lo encomendé a Jesús.  
Faltó a mis ojos la luz,  
Tuve un terrible desmayo;  
Cai como herido del rayo  
Cuando lo vi muerto a Cruz.

## VII

Aquel bravo compañero  
 En mis brazos espiró;  
 Hombre que tanto sirvió,  
 Varón que fue tan prudente,  
 Por humano y por valiente  
 En el desierto murió.

Y yo, con mis propias manos,  
 Yo mismo lo sepulté;  
 A Dios por su alma rogué  
 De dolor el pecho lleno,  
 Y humedeció aquel terreno  
 El llanto que redamé.

Cumplí con mi obligación;  
 No hay falta de que me acuse,  
 Ni deber de que se escuse,  
 Aunque de dolor sucumba:  
 Allí señala su tumba  
 Una cruz que yo le puse.



Andaba de toldo en toldo  
 Y todo me fastidiaba;  
 El pesar me dominaba,  
 Y entregao al sentimiento  
 Se me hacía cada momento  
 Oír a Cruz que me llamaba.

Cual más, cual menos, los criollos  
 Saben lo que es amargura;  
 En mi triste desventura  
 No encontraba otro consuelo  
 Que ir a tirarme en el suelo,  
 Al lao de su sepultura.

Allí pasaba las horas  
 Sin haber naides conmigo  
 Teniendo a Dios por testigo,  
 Y mis pensamientos fijos  
 En mi mujer y mis hijos,  
 En mi pago y en mi amigo.

Privado de tantos bienes  
 Y perdido en tierra ajena,  
 Parece que se encadena  
 El tiempo y que no pasara,  
 Como si el sol se parara  
 A contemplar tanta pena.



Sin saber qué hacer de mí  
Y entregao a mi aflicción,  
Estando allí una ocasión,  
Del lao que venía el viento  
Oí unos tristes lamentos  
Que llamaron mi atención.

No son raros los quejidos  
En los toldos del salvaje,  
Pues aquél es vandalaje  
Donde no se arregla nada  
Sino a lanza y puñalada,  
A bolazos y coraje.

No preciso juramento,  
Deben creerle a Martín Fierro;  
He visto en este destierro  
A un salvaje que se irrita,  
Degollar a una chinita  
Y tirarsela a los perros.

He presenciado martirios,  
He visto muchas crueldades,  
Crímenes y atrocidades



Que el cristiano no imagina,  
Pues ni el indio ni la china  
Sabe lo que son piedades.

Quise curiosiar los llantos  
Que llegaban hasta mí;  
Al punto me dirigí  
Al lugar de ande venían:  
¡Me horroriza todavía  
El cuadro que descubrí!

Era una infeliz mujer  
Que estaba de sangre llena,  
Y como una madalena  
Lloraba con toda gana;  
Conocí que era cristiana  
Y esto me dio mayor pena.

Cauteloso me acerqué  
A un indio que estaba al lao,  
Porque el pampa es desconfiao  
Siempre de todo cristiano,  
Y vi que tenía en la mano  
El rebenque ensangrentao.



## VIII

Mas tarde supe por ella,  
De manera positiva,  
Que dentró una comitiva  
De pampas a su partido,  
Mataron a su marido  
Y la llevaron cautiva.

En tan dura servidumbre  
Hacían dos años que estaba;  
Un hijito que llevaba  
A su lado lo tenía.  
La china la aborrecía  
Tratandola como esclava.

Deseaba para escaparse  
hacer una tentativa,  
Pues a la infeliz cautiva  
Naides la va a redimir,  
Y allí tiene que sufrir  
El tormento mientras viva.



Aquella china perversa,  
Dende el punto que llegó,  
Crueldá y orgullo mostró  
Porque el indio era valiente:  
Usaba un collar de dientes  
De cristianos que él mató.

La mandaba a trabajar,  
Poniendo cerca a su hijito  
Tiritando y dando gritos,  
Por la mañana temprano,  
Atado de pies y manos  
Lo mesmo que un corderito.

Ansí le imponía tarea  
De juntar leña y sembrar  
Viendo a su hijito llorar,  
Y hasta que no terminaba,  
La china no la dejaba  
Que le diera de mamar.

Cuando no tenían trabajo  
La emprestaban a otra china,  
«Naides», decía, «se imagina,

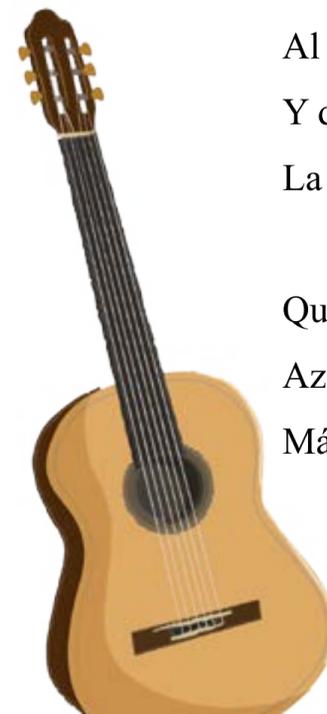


Ni es capaz de presumir  
Cuanto tiene que sufrir  
La infeliz que esta cautiva.

Si ven crecido a su hijito,  
Como de piedá no entienden  
Y a suplicas nunca atienden,  
Cuando no es éste es el otro,  
Se lo quitan y lo venden  
O lo cambian por un potro.

En la crianza de los suyos  
Son bárbaros por demás.  
No lo había visto jamás:  
En una tabla los atan,  
Los crían así, y les achatan  
La cabeza por detrás.

Aunque esto parezca extraño,  
Ninguno lo ponga en duda:  
Entre aquella gente ruda,  
En su bárbara tropeza,  
Es gala que la cabeza  
Se les forme puntiaguda.



Aquella china malvada,  
Que tanto la aborrecía,  
Empezó a decir un día,  
Porque falleció una hermana,  
Que sin duda la cristiana  
Le había echado brujería

El indio la sacó al campo  
Y la empezó a amenazar  
Que le había de confesar  
Si la brujería era cierta;  
O que la iba a castigar  
Hasta que quedara muerta.

Llora la pobre afligida,  
Pero el indio, en su rigor,  
Le arrebató con juror  
Al hijo de entre sus brazos,  
Y del primer rebencazo  
La hizo crujir de dolor.

Que aquel salvaje tan cruel  
Azotándola seguía;  
Más y más se enfurecía



Cuanto mas la castigaba  
Y la infeliz se atajaba  
Los golpes como podía.

Que le gritó muy furioso  
«Confechando no querés;»  
La dio vuelta de un revés  
Y, por colmar su amargura,  
A su tierna criatura  
Se la desgolló a los pies.

«Es increíble» me decía,  
«Que tanta fiereza esista;  
No habrá madre que resista;  
Aquel salvaje inclemente  
Cometió tranquilamente  
Aquel crimen a mi vista.»

Esos horrores tremendos  
No los inventa el cristiano:  
«Es bárbaro inhumano»  
—Sollozando me lo dijo—  
«Me amarró luego las manos  
Con las tripitas de mi hijo.»

## IX

De ella fueron los lamentos  
Que en mi soledá escuché:  
En cuanto al punto llegué,  
Quedé enterado de todo:  
Al mirarla de aquel modo  
Ni un instante tutubié.

Toda cubierta de sangre  
Aquella infeliz cautiva,  
Tenía dende abajo arriba  
Las marcas de los lazazos:  
Sus trapos echos pedazos  
Mostraban la carne viva.

Alzó los ojos al cielo  
En sus lágrimas bañada;  
Tenía las manos atadas;  
Su tormento estaba claro;  
Y me clavó una mirada  
Como pidiéndome amparo.

Yo no sé lo que pasó  
 En mi pecho en ese instante;  
 Estaba el indio arrognte  
 Con una cara feroz:  
 Para entendernos los dos  
 La mirada fue bastante.



Pegó un brinco como gato  
 Y me ganó la distancia,  
 Aprovechó esa distancia  
 Como fiera cazadora:  
 Desató las boliadoras  
 Y aguardó con vigilancia.



Aunque yo iba de curioso  
 Y no por buscar contienda,  
 Al pingo le até la rienda,  
 Eché mano dende luego  
 A éste que no yerra juego,  
 Y ya se armó la tremenda.

El peligro en que me hallaba  
 Al momento conocí;  
 Nos mantuvimos así,

Me miraba y lo miraba:  
 Yo al indio le desconfiaba,  
 Y él me descofiaba a mí.

Se debe ser precavido  
 Cuando el indio se agazape:  
 En esa postura el tape  
 Vale por cuatro o por cinco;  
 Como el tigre es para el brinco  
 Y fácil que a uno lo atrape.

Peligro era atropellar  
 Y era peligro el juir,  
 Y más peligro seguir  
 Esperando de ese modo,  
 Pues otros podían venir  
 Y carniarme allí entre todos.

A juerza de precaución  
 Muchas veces he salvado,  
 Pues es un trance apurado  
 Es mortal cualquier descuido;  
 Si Cruz hubiera vivido  
 No habría tenido cuidado.



Un hombre junto con otro  
 En valor y en juerza crece;  
 El temor desaparece;  
 Escapa de cualquier trampa;  
 Entre dos, no digo a un pampa,  
 A la tribu, si se ofrece.



En tamaña incertidumbre,  
 En trance tan apurado,  
 No podía por de contado  
 Escarparme de otra suerte,  
 Sino dando al indio muerte  
 O quedando allí estirado.

Y como el tiempo pasaba  
 Y aquel asunto me urgía,  
 Viendo que él no se movía  
 Me juí medio de soslayo  
 Como a agarrarle el caballo,  
 A ver si se me venía.

Así jué, no aguardó más  
 Y me atropelló el salvaje;  
 Es preciso que se ataje



Quien con el indio pelee;  
 El miedo de verse a pie  
 Aumentaba su coraje.

En la dentrada no más  
 Me largó un par de bolazos;  
 Uno me tocó en un brazo;  
 Si me da bien, me lo quiebra,  
 Pues las bolas son de piedra  
 Y vienen como balazo.

A la primer puñalada  
 El pampa se hizo un ovillo;  
 Era el salvaje mas pillo  
 Que he visto en mis correrías,  
 Y, a más de las picardías,  
 Arisco para el cuchillo.

Las bolas las manejaba  
 Aquel bruto con destreza;  
 Las recogía con presteza  
 Y me las volvía a largar,  
 Haciéndomelas silbar  
 Arriba de la cabeza.



Aquel indio, como todos,  
 Era cauteloso... ¡ahijuna!  
 Ahí me valió la fortuna  
 De que peliando se apotra  
 Me amenazaba con una  
 Y me largaba con otra.

Me sucedió una desgracia  
 En aquel percance amargo;  
 En momento que lo cargo  
 Y que él reculando va,  
 Me enredé en el chiripá  
 Y caí tirao largo a largo.

Ni pa encomendarme a Dios  
 Tiempo el salvaje me dio;  
 Cuanto en el suelo me vio  
 Me saltó con ligereza:  
 Juntito de la cabeza  
 El bolazo retumbó.

Ni por respeto al cuchillo  
 Dejó el indio de apretarme;  
 Allí pretende ultimarme

Sin dejarme levantar,  
 Y no me daba lugar  
 Ni siquiera a enderezarme.

De balde quiero moverme:  
 Aquel indio no me suelta.  
 Como persona resuelta  
 Toda mi juerza ejecuto,  
 Pero abajo de aquel bruto  
 No podía ni darme güelta.  
 .....

¡Bendito, Dios poderoso,  
 Quien te puede comprender!  
 Cuando a una débil mujer  
 Le diste en esa ocasión  
 La juerza que en un varón  
 Tal vez no pudiera haber.

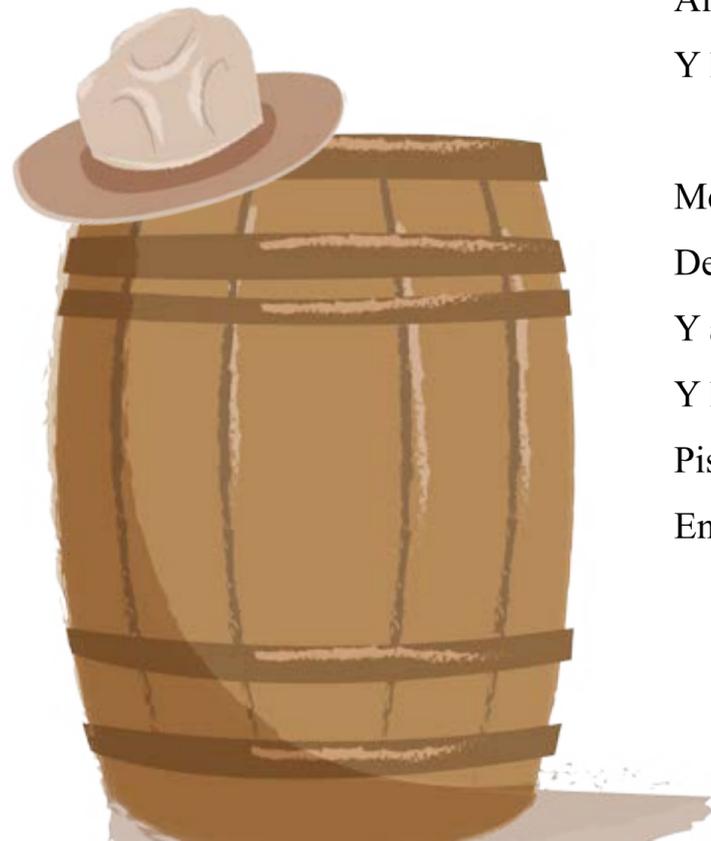
Esa infeliz tan llorosa,  
 Viendo el peligro se anima;  
 Como una flecha se arrima  
 Y olvidando su aflicción,  
 Le pegó al indio un tirón  
 Que me lo sacó de encima.

Ausilio tan generoso  
 Me libertó del apuro;  
 Si no es ella, de seguro  
 Que el indio me sacrifica;  
 Y mi valor se duplica  
 Con un ejemplo tan puro.

En cuanto me enderecé  
 Nos volvimos a topar,  
 No se podía descansar  
 Y me chorriaba el sudor:  
 En un apuro mayor  
 Jamás me he vuelto a encontrar.

Tampoco yo le daba alce  
 Como deben suponer;  
 Se había aumentao mi quehacer  
 Para impedir que el brutazo  
 Le pegar algún bolazo  
 De rabia a aquella mujer.

La bola en manos del indio  
 Es terrible y muy ligera;  
 Hace de ella lo que quiera



Saltando como una cabra.  
 Mudos, sin decir palabra,  
 Peliábamos como fieras.

Aquel duelo en el desierto  
 Nunca jamás se me olvida;  
 Iba jugando la vida  
 Con tan terrible enemigo,  
 Teniendo allí de testigo  
 A una mujer afligida.

Cuanto él más se enfurecía  
 Yo más me empiezo a calmar;  
 Mientras no logra matar  
 El indio no se desfoga;  
 Al fin le corté una soga  
 Y lo empecé a aventajar.

Me hizo sonar las costillas  
 De un bolazo aquel maldito;  
 Y al tiempo que le di un grito  
 Y le dentro como bala,  
 Pisa el indio, y se refala  
 En el cuerpo del chiquito.

Para explicar el misterio  
 Es muy escasa mi cencia:  
 Lo castigó, en mi conciencia,  
 Su Divina Majestá;  
 Donde no hay casualidá  
 Suele estar la Providencia.

En cuanto trastabilló  
 Más de firme lo cargué,  
 Y aunque de nuevo hizo pie  
 Lo perdió aquella pisada;  
 Pues en esa atropellada  
 En dos partes lo corté.

Al sentirse lastimao  
 Se puso medio afligido,  
 Pero era indio decidido,  
 Su valor no se aquebranta;  
 Le salían de la garganta  
 Como una especie de aullidos.

Lastimao en la cabeza,  
 La sangre lo enceguecía;  
 De otra herida le salía

Haciendo un charco ande estaba,  
 Con los pies chapaliaba  
 Sin aflojar todavía.

Tres figuras imponentes  
 Formábamos aquel terno:  
 Ella en su dolor materno,  
 Yo con la lengua dejuera,  
 Y el salvaje como fiera  
 Disparada del infierno.

Iba conociendo el indio  
 Que tocaban a degüello:  
 Se le erizaba el cabello  
 Y los ojos revolvía;  
 Los labios se le perdían  
 Cuando iba a tomar resuello.

En una nueva dentrada  
 Le pegué un golpe sentido,  
 Y al verse ya malherido,  
 Aquel indio furibundo  
 Lanzó un terrible alrido  
 Que retumbó como un ruido  
 Si se sacudiera el mundo.

Al fin de tanto lidiar,  
 En el cuchillo lo alcé,  
 En peso lo levanté  
 Aquel hijo del desierto;  
 Ensartado lo llevé,  
 Y allá recién lo largué  
 Cuando ya lo sentí muerto.



Me persiné dando gracias  
 De haber salvado la vida;  
 Aquella pobre afligida,  
 De rodillas en el suelo,  
 Alzó sus ojos al cielo  
 Sollozando dolorida.



Me hiqué también a su lado  
 A dar gracias a mi santo;  
 En su dolor y quebranto  
 Ella, a la Madre de Dios,  
 Le pide en su triste llanto  
 Que nos ampare a los dos.

Se alzó con pausa de leona  
 Cuando acabó de implorar,  
 Y, sin dejar de llorar,  
 Envolvió en uno trapitos  
 Los pedazos de su hijito,  
 Que yo le ayudé a juntar.

## X

Dende ese punto era juerza  
 Abandonar el desierto,  
 Pues me hubieran descubierto,  
 Y aunque lo maté en pelea,  
 De fijo que me lancean  
 Por vengar al indio muerto.



A la afligida cautiva  
 Mi caballo le ofrecí:  
 Era un pingo que adquiriré,  
 Y, donde quiera que estaba,  
 En cuanto yo lo silbaba  
 Venía a refregarse en mí.



Yo me lo senté al del pampa;  
 Era un oscuro tapao  
 (Cuando me hallo bien montao  
 De mis casillas me salgo),  
 Y era un pingo como galgo  
 Que sabía correr boliao.



Para correr en el campo  
 No hallaba ningun tropiezo;  
 Los ejercitan en eso,  
 Y los ponen como luz,  
 De dentrarle a un aveztruz  
 Y boliar bajo el pescuezo.

El pampa educa al caballo  
 Como pa un etrevero:  
 Como rayo es de ligero  
 En cuando el indio lo toca,  
 Y como trompo en la boca  
 Da gueltas sobre un cuero.



Lo varea en la madrugada  
 (Jamás falta a este deber),  
 Luego lo enseña a correr  
 Entre fangos y guadales:  
 Asina esos animales  
 Es cuanto se puede ver.

En el caballo de un pampa  
 No hay peligro de rodar,  
 ¡Jue pucha!, y pa disparar



Es pingo que no se cansa;  
 Con prolijidad lo amansa  
 Sin dejarlo corcoviar.

Pa quitarle las cosquillas  
 Con cuidao lo manosea;  
 Horas enteras emplea,  
 Y, por fin, sólo lo deja  
 Cuando agacha las orejas  
 Y ya el potro ni cocea.

Jamás le sacude un golpe,  
 Porque lo trata al bagual  
 Con paciencia sin igual  
 —Al domarlo no le pega—,  
 Hasta que al fin se le entrega  
 Ya dócil el animal.

Y aunque yo sobre los bastos  
 Me sé sacudir el polvo,  
 A esa costumbre me amoldo:  
 Con pacencia lo manejan  
 Y al día siguiente lo dejan  
 Rienda arriba junto al toldo.



Ansí todo el que procure  
 Tener un pingo modelo,  
 Lo ha de cuidar con desvelo  
 Y debe impedir también  
 El que de golpes le den  
 O tireen en el suelo.

Muchos quieren dominarlo  
 Con el rigor y el azote,  
 Y, si ven al chafalote  
 Que tiene trazas de malo,  
 Lo embraman en algún palo  
 Hasta que se descogote.

Todos se vuelven pretestos  
 Y güeltas para ensillarlo;  
 Dicen que es por quebrantarlo,  
 Mas compriende cualquier bobo  
 Que es de miedo del corcovo,  
 Y no quieren confesarlo.

El animal yeguarizo  
 —Perdónenme esta alvertencia—  
 Es de mucha conciencia



Y tiene mucho sentido;  
 Es animal consentido:  
 Lo cautiva la pacencia.

Aventaja a los demás  
 El que estas cosas entienda;  
 Es bueno que el hombre aprienda,  
 Pues hay pocos domadores  
 Y muchos frangoyadores  
 Que andan de bozal y, rienda.

.....

Me vine, como les digo,  
 Trayendo esa compañera;  
 Marchamos la noche entera,  
 Haciendo nuestro camino,  
 Sin más rumbo que el destino  
 Que nos llevara ande quiera.

Al muerto, en un pajonal  
 Había tratao de enterrarlo,  
 Y después de maniobrarlo  
 Lo tapé bien con las pajas,  
 Para llevar de ventaja  
 Lo que emplearan en hallarlo.

En notando nuestra ausiencia  
 Nos habían de perseguir,  
 Y, al decidirme a venir,  
 Con todo mi corazón  
 Hice la resolución  
 De pelear hasta morir.

Es un peligro muy serio  
 Cruzar juyendo el desierto:  
 Muchísimos de hambre han muerto,  
 Pues en tal desasosiego  
 No se puede ni hacer juego,  
 Para no ser descubierto.

Sólo el albitrio del hombre  
 Puede ayudarlo a salvar:  
 No hay auxilio que esperar,  
 Sólo de Dios hay amparo;  
 En el desierto es muy raro  
 Que uno se pueda escapar.

¡Todo es cielo y horizonte  
 En inmenso campo verde!  
 ¡Pobre de aquel que se pierde

O que su rumbo estravea!  
 Si alguien cruzarlo desea,  
 Este consejo recuerde:

Marque su rumbo de día  
 Con toda fidelidá;  
 Marche con puntualidá,  
 Sigiéndoló con fijeza,  
 Y, si duerme, la cabeza  
 Ponga para el lao que va.

Oserve con todo esmero  
 Adonde el sol aparece;  
 Si hay ñeblina y le entorpece  
 Y no lo puede oserver,  
 Guárdese de caminar,  
 Pues quien se pierde perece.

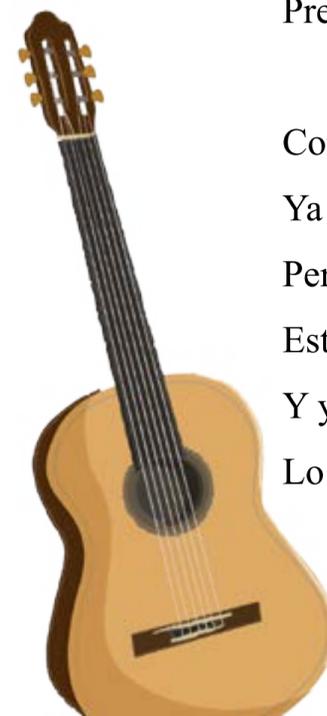
Dios le dio istintos sutiles  
 A toditos los mortales;  
 El hombre es uno de tales,  
 Y en las llanuras aquellas,  
 Lo guían el sol, las estrellas,  
 El viento y los animales.

Para ocultarnos de día  
 A la vista del salvaje,  
 Ganábamos un paraje  
 En que algún abrigo hubiera,  
 A esperar que anoheciera  
 Para seguir nuestro viaje.

Penurias de toda clase  
 Y miserias padecemos:  
 Varias veces no comimos  
 O comimos carne cruda,  
 Y en otras, no tengan duda,  
 Con raíces nos mantuvimos.

Después de mucho sufrir  
 Tan peligrosa inquietú,  
 Alcanzamos con salú  
 A divisar una sierra,  
 Y al fin pisamos la tierra  
 En donde crece el ombú.

Nueva pena sintió el pecho  
 Por Cruz, en aquel paraje,  
 Y en humilde vasallaje



A la Majestá infinita,  
 Besé esta tierra bendita,  
 Que ya no pisa el salvaje.

Al fin la misericordia  
 De Dios nos quiso amparar;  
 Es preciso soportar  
 Los trabajos con constancia:  
 Alcanzamos a una estancia  
 Después de tanto penar.

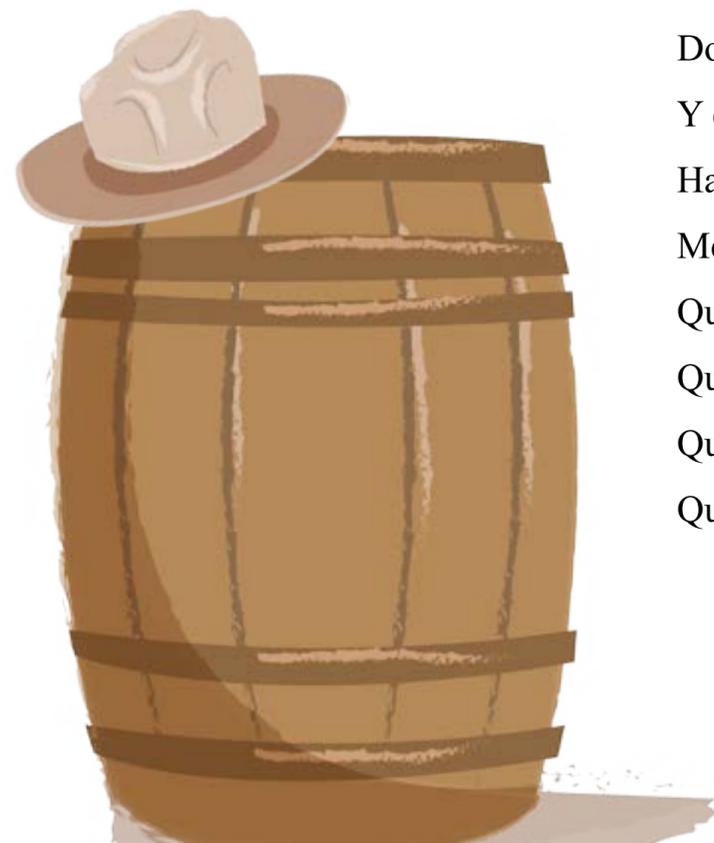
Ah¡ mesmo me despedí  
 De mi infeliz compañera:  
 «Me voy», le dije, «ande quiera,  
 Aunque me agarre el Gobierno,  
 Pues, infierno por infierno  
 Prefiero el de la frontera.»

Concluyo esta relación,  
 Ya no puedo continuar;  
 Permítanmé descansar:  
 Estan mis hijos presentes,  
 Y yo ansioso porque cuenten  
 Lo que tengan que contar.



## XI

Y mientras que tomo un trago  
 Pa refrescar el garguero,  
 Y mientras tiempla el muchacho  
 Y prepara su instrumento,  
 Les contaré de qué modo  
 Tuvo lugar el encuentro.  
 Me acerqué a algunas estancias  
 Por saber algo de cierto,  
 Creyendo que en tantos años  
 Esto se hubiera compuesto;  
 Pero cuanto saqué en limpio  
 Jué que estábamos lo mesmo.  
 Así, me dejaba andar  
 Haciéndome el chanco rengo,  
 Porque no me convenía  
 Revolver el avispero;  
 Pues no inorarán ustedes  
 Que en cuentas con el Gobierno  
 Tarde o temprano lo llaman



Al pobre a hacer el arreglo.  
 Pero al fin tuve la suerte  
 De hallar un amigo viejo  
 que de todo me informó,  
 Y por él supe al momento  
 Que el Juez que me perseguía  
 Hacía tiempo que era muerto:  
 Por culpa suya he pasado  
 Diez años de sufrimiento  
 Y no son pocos diez años  
 Para quien ya llega a viejo.  
 Y los he pasado así,  
 Si en mi cuenta no me yerro:  
 Tres años en la frontera,  
 Dos como gaucho matrero,  
 Y cinco allá entre los indios  
 Hacen los diez como yo cuento.  
 Me dijo, a más, ese amigo  
 Que anduviera sin recelo,  
 Que todo estaba tranquilo,  
 Que no perseguía el Gobierno,  
 Que ya naidés se acordaba

De la muerte del moreno,  
 Aunque si yo lo maté  
 Mucha culpa tuvo el negro.  
 Estuve un poco imprudente,  
 Puede ser, yo lo confieso,  
 Pero el me precipitó,  
 Porque me cortó primero,  
 Y a más me cortó la cara,  
 Que es un asunto muy serio.  
 Me aseguró el mismo amigo  
 Que ya no había ni el recuerdo  
 De aquel que en la pulpería  
 Lo dejé mostrando el sebo.  
 El de engreído, me buscó:  
 Yo ninguna culpa tengo;  
 El mismo vino a peliarme,  
 Y tal vez me hubiera muerto  
 Si le tengo más confianza  
 O soy un poco más lerdo.  
 Fue suya toda la culpa  
 Porque ocasionó el suceso.  
 Que ya no hablaban tampoco,  
 Me lo dijo muy de cierto,  
 De cuando con la partida  
 Llegué a tener el encuentro.

Esa vez me defendí  
 Como estaba en mi derecho,  
 Porque fueron a prenderme  
 De noche y en campo abierto:  
 Se me acercaron con armas,  
 Y, sin darme voz de preso,  
 Me amenazaron a gritos  
 De un modo que daba miedo,  
 Que iban a arreglar mis cuentas,  
 Tratándome de matrero:  
 Y no era el jefe el que hablaba  
 Sino un cualquiera de entre ellos,  
 Y ése, me parece a mí  
 No es modo de hacer arreglos,  
 Ni con el que es inocente,  
 Ni con el culpable menos.  
 Con semejantes noticias  
 Yo me puse muy contento  
 Y me presenté ande quiera  
 Como otros pueden hacerlo.  
 De mis hijos he encontrado  
 Sólo a dos hasta el momento,  
 Y de ese encuentro feliz  
 Le doy las gracias al Cielo.  
 A todos cuantos hablaba

Les preguntaba por ellos,  
 Mas no me da ninguno  
 Razón de su paradero.  
 Casualmente, el otro día  
 Llegó a mi conocimiento  
 De una carrera muy grande  
 Entre varios estancieros,  
 Y juí como uno de tantos,  
 Aunque no llevaba un medio.  
 No faltaban, ya se entiende,  
 En aquel gauchaje inmenso,  
 Muchos que ya conocían  
 La historia de Martín Fierro;  
 Y allí estaban los muchachos  
 Cuidando unos parejeros.  
 Cuando me oyeron nombrar  
 Se vinieron al momento,  
 Diciéndome quiénes eran  
 Aunque no me conocieron,  
 Porque venía muy aindiao  
 Y me encontraban muy viejo.  
 La junción de los abrazos  
 De los llantos y los besos



Se deja pa las mujeres,  
 Como que entienden el juego.  
 Pero el hombre, que comprende  
 Que todos hacen lo mismo,  
 En público canta y baila,  
 Abraza y llora en secreto.  
 Lo único que me han contado  
 Es que mi mujer a muerto;  
 Que en procuras de un muchacho  
 Se jue la infeliz al pueblo,  
 Donde infinitas miserias  
 Habrá sufrido, por cierto;  
 Que, por fin, a un hospital  
 Jué a parar medio muriendo,  
 Y en ese abismo de males  
 Falleció al muy poco tiempo.  
 Les juro que de esa pérdida  
 Jamás he de hallar consuelo,  
 Muchas lágrimas me cuesta  
 Dende que supe el suceso.  
 Mas dejemos cosas tristes  
 Aunque alegrías no tengo;  
 Me parece que el muchacho



Ha templao y está dispuesto  
Vamos a ver qué tal lo hace  
Y a juzgar su desempeño.  
Ustedes no lo conocen  
Yo tengo confianza en ellos,  
No porque lleven mi sangre  
—Eso juera de lo menos—,  
Sino porque dende chicos  
Han vivido padeciendo.  
Los dos son aficionados;  
Les gusta jugar con juego,  
Vamos a verlos correr:  
Son cojos... hijos de rengo.



## El hijo mayor de Martín Fierro



## XII La penitenciaria

Aunque el gajo se parece  
Al árbol de donde sale,  
Solía decirlo mi madre,  
Y en su razón estoy fijo:  
«Jamás puede hablar el hijo  
Con la autoridad del padre».

Recordarán que quedamos  
Sin tener donde abrigarnos,  
Ni ramada ande ganarnos,  
Ni rincón ande meternos,  
Ni camisa que ponernos.  
Ni poncho con que taparnos.

Dichoso aquel que no sabe  
Lo que es vivir sin amparo;  
Yo con verdá les declaro,  
Aunque es por demás sabido,  
Dende chiquito he vivido  
En el mayor desamparo.

No le mermam el rigor  
Los mismos que le socorren;  
tal vez porque no se borren  
Los decretos del destino,  
De todas parten lo corren  
Como ternero dañino.

Y vive como los bichos  
Buscando alguna rendija;  
El güerfano es sabandija  
Que no encuentra compasión,  
Y el que anda sin dirección  
Es guitarra sin clavija.

Sentiré que cuanto digo  
A algún oyente le cuadre.  
Ni casa tenía, ni madre,  
Ni parentela, ni hermanos;  
Y todos limpian sus manos  
En el que vive sin padre.

Lo cruza éste de un lazazo  
Lo abomba aquél de un moquete,  
Otro le busca el cachete,

Y, entre tanto soportar,  
Suele a veces no encontrar  
Ni quien le arroje un zoquete

Si lo recogen, lo tratan  
Con la mayor rigidez;  
Piensan que es mucho tal vez,  
Cuando ya muestra el pellejo,  
Si le dan un trapo viejo  
Pa cubrir su desnudez.

Me crié, pues, como les digo,  
Desnudo a veces y hambriento;  
Me ganaba mi sustento,  
Y así los años pasaban;  
Al ser hombre me esperaban  
Otra clase de tormentos.

Pido a todos que no olviden  
Lo que les voy a decir;  
En la escuela del sufrir  
He tomado mis lecciones,  
Y hecho muchas reflexiones  
Dende que empecé a vivir.

Si alguna falta cometo  
La motiva mi inorancia;  
No vengo con arrogancia  
Y les diré, en conclusión,  
Que trabajando de pión  
Me encontraba en una estancia.

El que manda siempre puede  
Hacerle al pobre un calvario;  
A un vecino propietario  
Un boyero le mataron,  
Y aunque a mí me lo achacaron  
Salió cierto en el sumario.

Piensen los hombres honrados  
En la vergüenza y la pena  
De que tendría el alma llena  
Al verme, ya tan temprano,  
Igual a los que sus manos  
Con el crimen envenenan.

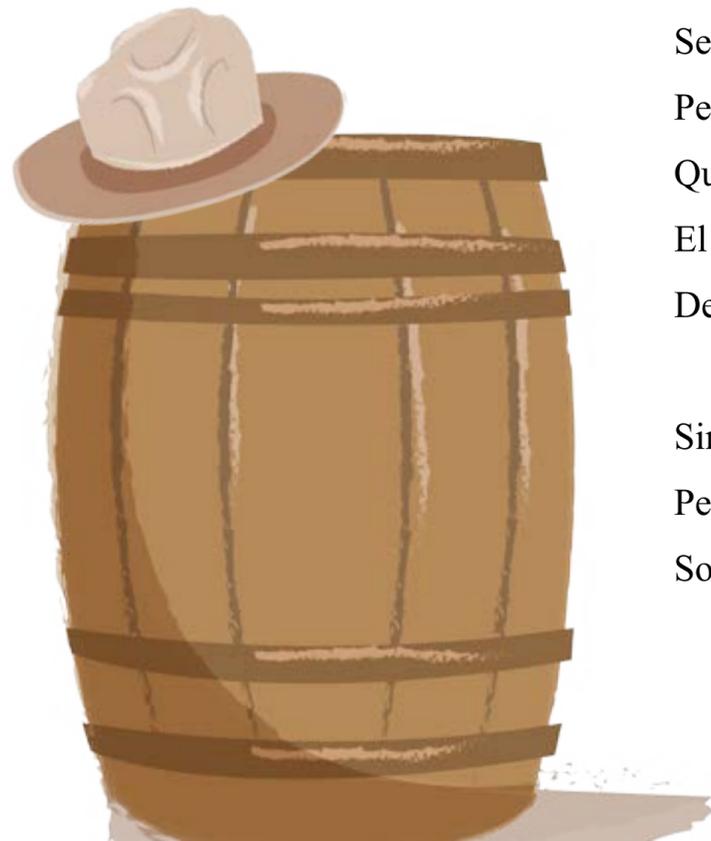
Declararon otros dos  
Sobre el caso del dijunto,  
Mas no se aclaró el asunto,

Y el Juez, por darlas de listo,  
«Amarrados como un Cristo»,  
Nos dijo, «irán todos juntos».

«A la justicia ordinaria  
Voy a mandar a los tres.»  
Tenía razón aquel Juez,  
Y cuantos así amenacen;  
Ordinaria... es como la hacen:  
Lo he conocido después.

Nos remitió, como digo,  
A esa Justicia Ordinaria,  
Y juimos con la sumaria  
A esa cárcel de malevos  
Que, por un bautismo nuevo,  
Le llaman Penitenciaria.

El porqué tiene ese nombre  
Naides me lo dijo a mí,  
Mas yo me lo esplico así:  
Le diran Penitenciaria  
Por la penitencia diaria,  
Que se sufre estando allí.



Criollo que cai en desgracia  
Tiene que sufrir un poco;  
Naides lo ampara tampoco  
Si no cuenta con recursos.  
El gringo es de más discurso:  
Cuando mata, se hace el loco.

No sé el tiempo que corrió  
En aquella sepultura;  
Si de ajuera no lo apuran,  
El asunto va con pausa;  
Tienen la presa sigura  
Y dejan dormir la causa.

Inora el preso a que lado  
Se inclinará la balanza,  
Pero es tanta la tardanza  
Que yo les digo por mí:  
El hombre que dentre allí  
Deje ajuera la esperanza.

Sin perfeccionar las leyes  
Perfeccionan el rigor;  
Sospecho que el inventor

Habrá sido algún maldito:  
Por grande que sea un delito,  
Aquella pena es mayor.

Eso es para quebrantar  
El corazón mas altivo;  
Los llaveros son pasivos,  
Pero más secos y duros  
Tal vez que los mismos muros  
En que uno gime cautivo.

No es en grillo ni en cadenas  
En lo que usted penará,  
Sino en una soledá  
Y un silencio tan profundo,  
Que parece que en el mundo  
Es el único que está.

El más altivo varón  
Y de cormillo gastao  
Allí se verá agobiao  
Y su corazón marchito,  
Al encontrarse encerrao  
A solas con su delito.



En esa cárcel no hay toros,  
Allí todos son corderos;  
No puede el más altanero,  
Al verse entre aquellas rejas,  
Sino amujar las orejas  
Y sufrir callao su encierro.

Y digo a cuantos inoran  
El rigor de aquellas penas,  
Yo, que sufrí las cadenas  
Del destino y su inclemencia:  
Que aprovechen la esperencia  
Del mal en cabeza ajena.

¡Ay! madres, las que dirigen  
Al hijo de sus entrañas,  
No piensen que las engaña,  
Ni que les habla un falsario  
Lo que es el ser presidiario  
No lo sabe la campaña.

Hijas, esposas, hermanas,  
Cuantas quieren a un varón,  
Díganles que esa prisión



Es un infierno temido,  
Donde no se oye más ruido  
Que el latir del corazón.

Allá el día no tiene sol,  
La noche no tiene estrellas;  
Sin que le valgan querellas  
Encerrao lo purifican,  
Y sus lágrimas salpican  
En las paredes aquellas.

En soledá tan terrible  
De su pecho oye el latido;  
Lo sé, porque lo he sufrido,  
Y, creameló el aulitorio,  
Tal vez en el purgatorio  
Las almas hagan más ruido.

Cuentan esas horas eternas  
Para más atormentarse;  
Su lágrima al redamarse  
Calcula, en sus afliciones,  
Contando sus pulsaciones,  
Lo que dilata en secarse.

Allí se amansa el más bravo,  
Allí se duebla el más juerte;  
El silencio es de tal suerte  
Que, cuando llegue a venir,  
Hasta se le han de sentir  
Las pisadas a la muerte.

Adentro mesmo del hombre  
Se hace una revolución:  
Metido en esa prisión,  
De tanto no mirar nada,  
Le nace y queda grabada  
La idea de la perfección.

En mi madre, en mis hermanos,  
En todos pensaba yo;  
Al hombre que allí dentró  
De memoria más ingrata,  
Fielmente se le retrata  
Todo cuanto ajuera vio.

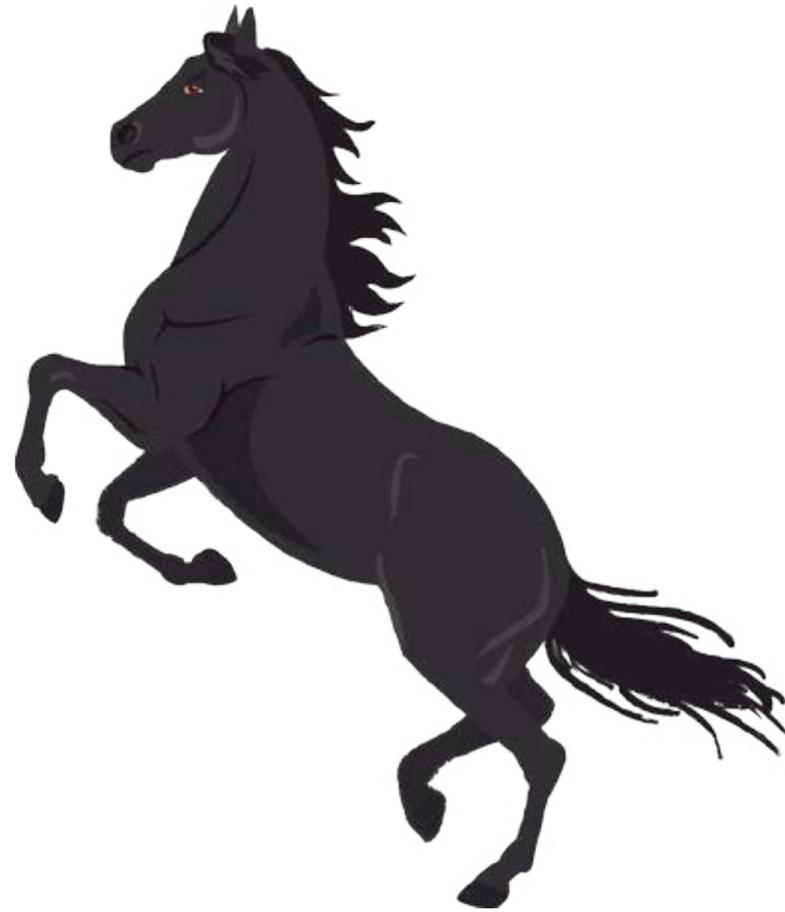
Aquel que ha vivido libre  
De cruzar por donde quiera,  
Se aflige y se desespera

De encontrarse allí cautivo:  
Es un tormento muy vivo  
Que abate la alma más fiera.

En esa estrecha prisión,  
Sin poderme conformar,  
No cesaba de esclamar:  
¡Qué diera yo por tener  
Un caballo en que montar  
Y una pampa en que correr!

En un lamento constante  
Se encuentra siempre embretao;  
El castigo han inventao  
De encerrarlo en las tinieblas,  
Y allí esta como amarrao  
A un fierro que no se duebla.

No hay un pensamiento triste  
Que al preso no lo atormente;  
Baja un dolor permanente  
Agacha al fin la cabeza,  
Porque siempre es la tristeza  
Hermana de un mal presente.



Vierten lágrimas sus ojos,  
Pero su pena no alivia;  
En esa constante lidia  
Sin un momento de calma,  
Contempla con los del alma  
Felicidades que envidia.

Ningún consuelo penetra  
Detrás de aquellas murallas;  
El varón de mas agallas,  
Aunque más duro que un perno,  
Metido en aquel infierno  
Sufre, gime, llora y calla.

De juror el corazón  
Se le quiere reventar,  
Pero no hay sino aguantar  
Aunque sosiego no alcance.  
¡Dichoso, en tan duro trance,  
Aquel que sabe rezar!

¡Dirige a Dios su plegaria  
El que sabe una oración!  
En esa tribulación



Gime olvidado del mundo,  
Y el dolor es más profundo  
Cuando no halla compasión.

En tan crueles pesadumbres,  
En tan duro padecer,  
Empezaba a encanecer  
Después de muy pocos meses;  
Allí lamenté mil veces  
No haber aprendido a leer.

Viene primero el juror,  
Después la melancolía;  
En mi angustia no tenía  
Otro alivio ni consuelo,  
Sino regar aquel suelo  
Con lágrimas noche y día.

¡A visitar otros presos  
Sus familias solían ir!  
Naidés me visitó a mí  
Mientras estuve encerrado.  
¡Quien iba a costiar allí  
A ver a un desamparado!

¡Bendito sea el carcelero  
Que tiene buen corazón!  
Yo sé que esta bendición  
Pocos pueden alcanzarla,  
Pues si tienen compasión  
Su deber es ocultarla.

Jamás mi lengua podrá  
Espresar cuanto he sufrido;  
En ese encierro metido,  
Llaves, paredes, cerrojos  
Se graban tanto en los ojos  
Que uno los ve hasta dormido.

.....

El mate no se permite;  
No le permiten hablar;  
No le permiten cantar  
Para aliviar su dolor,  
Y hasta el terrible rigor  
De no dejarlo fumar.

La justicia es muy severa;  
Suele rayar en crueldá:  
Sufre el pobre que allí está

Calenturas y delirios,  
Pues no existe peor martirio  
Que esa eterna soledá.

Conversamos con las rejas  
Por solo el gusto de hablar,  
Pero nos mandan callar  
Y es preciso conformarnos;  
Pues no se debe irritar  
A quien puede castigarnos.

Sin poder decir palabra  
Sufre en silencio sus males,  
Y uno en condiciones tales,  
Se convierte en animal,  
Privado del don principal  
Que Dios hizo a los mortales.

Yo no alcanzo a comprender  
Por que motivo será  
Que el preso privado está  
De los dones más preciosos  
Que el justo Dios bondadoso  
Otorgó a la humanidad.



Pues que de todos los bienes,  
En mi inorancia lo infiero,  
Que le dio al hombre altanero  
Su Divina Majestá,  
La palabra es el primero,  
El segundo es la amistá.

Y es muy severa la ley  
Que, por un crimen o un vicio,  
Somete al hombre a un suplicio  
El más tremendo y atroz,  
Privado de un beneficio  
Que ha recibido de Dios

La soledá causa espanto;  
El silencio causa horror;  
Ese continuo terror  
Es el tormento más duro,  
Y en un presidio seguro  
Está demás tal rigor.

Inora uno si de allí  
Saldrá pa la sepultura;  
El que se halla en desventura



Busca a su lao otro ser,  
Pues siempre es güeno tener  
Companeros de amargura.

Otro más sabio podrá  
Encontrar razón mejor;  
Yo no soy rebuscador,  
Y ésta me sirve de luz:  
Se los dieron al Señor  
Al clavarlo en una cruz.

Y en las projundas tinieblas  
En que mi razón existe,  
Mi corazón se resiste  
A ese tormento sin nombre,  
Pues el hombre alegra al hombre  
Y el hablar consuela al triste.



.....

Grábenlo como en la piedra  
Cuanto he dicho en este canto,  
Y, aunque yo he sufrido tanto,  
Debo confesarlo aquí:  
El hombre que manda allí  
Es poco menos que un santo.



Y son güenos los demás  
(A su ejemplo se manejan),  
Pero por eso no dejan  
Las cosas de ser tremendas;  
Piensen todos y compriendan  
El sentido de mis quejas.

Y guarden en su memoria  
Con toda puntualidá  
Lo que con tal claridá  
Les acabo de decir:  
Mucho tendran que sufrir  
Si no creen en mi verdá

Y si atienden mis palabras  
No habrá calabozos llenos;  
Manejense como güenos;  
No olviden esto jamás;  
Aqui no hay razón de más;  
Mas bien las puse de menos.

Y con esto me despido  
(Todos han de perdonar):  
Ninguna debe olvidar  
La historia de un desgraciado.  
Quien ha vivido encerrado  
Poco tiene que contar.



## El hijo segundo de Martín Fierro



## XIII

Lo que les voy a decir  
Ninguno lo ponga en duda:  
Y aunque la cosa es peluda,  
Hare la resolución;  
Es ladino el corazón,  
Pero la lengua no ayuda.



El rigor de las desdichas  
Hemos soportado diez años,  
Pelegrinando entre estraños,  
Sin tener donde vivir,  
Y obligados a sufrir  
Una máquina de daños.



El que vive de ese modo  
De todos es tributario;  
Falta la cabeza primario  
Y los hijos que él sustenta  
Se dispersan como cuentas  
Cuando se corta el rasario.

Yo anduve así como todos,  
 Hasta que al fin de sus días  
 Supo mi suerte una tía  
 Y me recogió a su lado;  
 Allí viví sosegado  
 Y de nada carecía.

No tenía cuidado alguno  
 Ni que trabajar tampoco,  
 Y como muchacho loco  
 Lo pasaba de holgazán;  
 Con razón dice el refrán  
 Que lo güeno dura poco.

En mí todo su cuidado  
 Y su cariño ponía;  
 Como a un hijo me quería  
 Con cariño verdadero,  
 Y me nombró de heredero  
 De los bienes que tenía.

El juez vino sin tardanza  
 Cuanto falleció la vieja.  
 «De los bienes que te deja»,

Me dijo, «yo he de cuidar:  
 Es un rodeo regular  
 Y dos majadas de ovejas».

Era hombre de mucha labia,  
 Con mas leyes que un dotor,  
 Me dijo: «Vos sos menor,  
 Y por los años que tienes  
 No podés manejar bienes;  
 Voy a nombrarte un tutor.»

Tomó un recuento de todo,  
 Porque entendía su papel,  
 Y después que aquel pastel  
 Lo tuvo bien amasao,  
 Puso al frente un encargao,  
 Y a mí me llevó con el.

Muy pronto estuvo mi poncho  
 Lo mismo que cernidor;  
 El chiripá estaba pior,  
 Y aunque para el frío soy guapo  
 Ya no me quedaba un trapo  
 Ni pa el frío, ni pa el calor.



En tan triste desabrigo  
 Tras de un mes, iba otro mes;  
 Guardaba silencio el Juez,  
 La miseria me invadía,  
 Me acordaba de mi tía  
 Al verme en tal desnudez.

No se decir con fijeza  
 El tiempo que pasé allí;  
 Y después de andar así  
 Como moro sin señor,  
 Pasé a poder del tutor  
 Que debía cuidar de mí.

## XIV

Me llevó consigo un viejo  
 Que pronto mostró la hilacha,  
 Dejaba ver por la facha  
 Que era medio cimarrón,  
 Muy renegao, muy ladrón,  
 Y le llamaban Vizcacha.

Lo que el Juez iba buscando  
 Sospecho, y no me equivoco;  
 Pero este punto no toco  
 Ni su secreto aviriguo;  
 Mi tutor era un antiguo  
 De los que ya quedan pocos;

Viejo lleno de camándulas,  
 Con un empaque a lo toro,  
 Andaba siempre en un moro  
 Metido no sé en qué enriedos,  
 Con las patas como loro  
 De estribar entre los dedos.



Andaba rodiao de perros  
 Que eran todo su placer,  
 Jamas dejó de tener  
 Menos de media docena,  
 Mataba vacas ajenas  
 Para darles de comer.

Carniábamos noche a noche  
 Alguna res en el pago,  
 Y dejando allí el rezago  
 Alzaba en ancas el cuero,  
 Que se lo vendía a un pulpero  
 Por yerba, tabaco y trago.

¡Ah!, viejo más comerciante  
 En mi vida lo he encontrado.  
 Con ese cuero robao  
 El arreglaba el pastel,  
 Y allí entre el pulpero y él,  
 Se estendía el certificaio.

La echaba de comedido;  
 En las tranquilas, lo viera,  
 Se ponía como una fiera

Si cortaban una oveja;  
 Pero de alzarse no deja  
 Un vellón o unas tijeras.

Una vez me dio una soba  
 Que me hizo pedir socorro,  
 Porque lastimé a un cachorro  
 En el rancho de unas vascas;  
 Y al irse se alzó unas guascas:  
 Para eso era como zorro,

«¡Ahijuna!», dije entre mí,  
 «Me has dao esta pesadumbre;  
 Ya verás; cuanto vislumbre  
 Una ocasión medio güena,  
 Te he quitar la costumbre  
 De cerdiar yeguas ajenas.»

Porque maté una vizcacha  
 Otra vez me reprendió;  
 Se lo vine a contar yo,  
 Y no bien se lo hube dicho:  
 «Ni me nuembres ese bicho»,  
 Me dijo, y se me enojó.

Al verlo tan irritao  
Hallé prudente callar.  
«Este me va a castigar»,  
Dije entre mí, «si se agravia.»  
Ya vi que les tenía rabia,  
Y no las volví a nombrar.

Una tarde halló una punta  
De yeguas medio bichocas;  
Después que voltió unas pocas,  
Las cerdiaba con empeño:  
Yo vide venir al dueño,  
Pero me callé la boca.

El hombre venía jurioso  
Y nos cayó como un rayo;  
Se descolgó del caballo  
Revoliendo el arriador,  
Y lo cruzó de un lazazo  
Ahí no más a mi tutor.

No atinaba don Vizcacha  
A qué lado disparar,  
Hasta que logró montar,



Y, de miedo del chicote,  
Se lo apretó hasta el cogote,  
Sin pararse a contestar.

Ustedes creerán tal vez  
Que el viejo se curaría...  
No, señores, lo que hacía,  
Con mas cuidao dende entonces,  
Era maniarlas de día  
Para cerdiar a la noche.

Ese jué el hombre que estuvo  
Encargao de mi destino;  
Siempre anduvo en mal camino,  
Y todo aquel vecindario  
Decía que era un perdulario,  
Insufrible de dañino.

Cuando el juez me lo nombró,  
Al dármelo de tutor,  
Me dijo que era un señor  
El que me debía cuidar,  
Enseñarme a trabajar  
Y darme la educación.

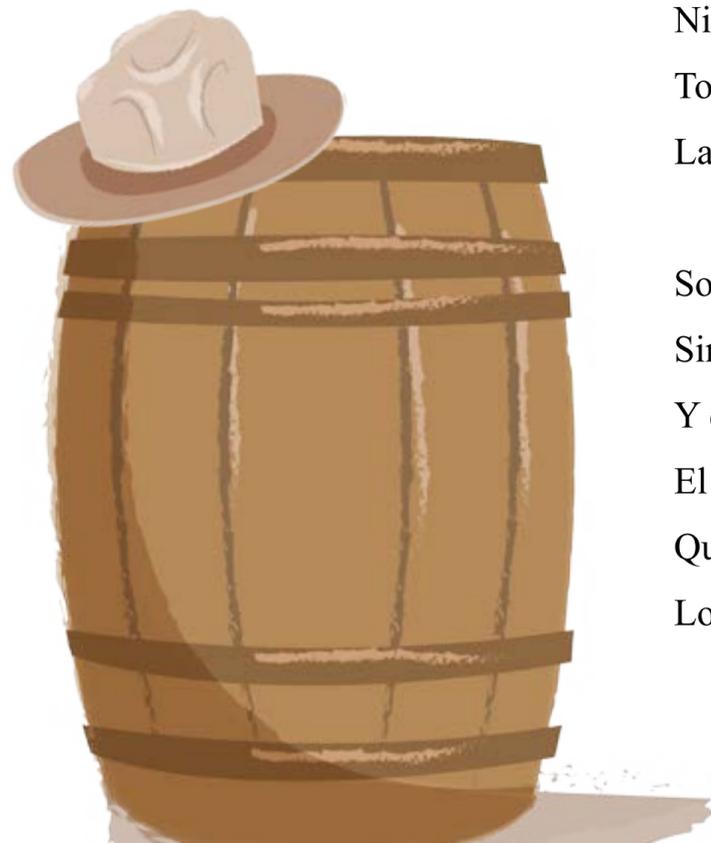


¡Pero que había de aprender  
Al lao de ese viejo paco;  
Que vivía como un chuncaco  
En los baños, como el tero;  
Un haragán, un ratero,  
Y más chillón que un varraco.

Tampoco tenía más bienes  
Ni propiedad conocida  
Que una carreta podrida,  
Y las paredes sin techo  
De un rancho medio deshecho  
Que le servía de guarida.

Después de las tranochadas  
Allí venía a descansar;  
Yo desiaba aviriguar  
Lo que tuviera escondido,  
Pero nunca había podido,  
Pues no me dejaba entrar.

Yo tenía unas jergas viejas,  
Que habían sido mas peludas;  
Y con mis carnes desnudas,



El viejo, que era una fiera,  
Me hechaba a dormir ajuera  
Con unas heladas crudas.

Cuando mozo jué casao,  
Aunque yo lo desconfío,  
Y decía un amigo mío  
Que, de arrebatoo y malo,  
Mató a su mujer de un palo  
Porque le dio un mate frío.

Y viudo por tal motivo  
Nunca se volvió a casar;  
No era fácil encontrar  
Ninguna que lo quisiera:  
Todas temerían llevar  
La suerte de la primera.

Soñaba siempre con ella,  
Sin duda por su delito,  
Y decía el viejo maldito,  
El tiempo que estuvo enfermo,  
Que ella dende el mismo infierno  
Lo estaba llamando a gritos.

## XV

Siempre andaba retobao:  
 Con ninguno solía hablar;  
 Se divertía en escarbar  
 Y hacer marcas con el dedo,  
 Y en cuanto se ponía en pedo  
 Me empezaba a aconsejar.

Me parece que lo veo  
 Con su poncho calamaco,  
 Después de echar un güen taco,  
 Así principiaba a hablar:  
 «Jamás llegues a parar  
 Ande veas perros flacos.»

«El primer cuidao del hombre  
 Es defender el pellejo.  
 Lleváte de mi consejo,  
 Fijáte bien en lo que hablo:  
 El diablo sabe por diablo,  
 Pero más sabe por viejo.»



«Hacéte amigo del juez;  
 No le des de que quejarse;  
 Y cuando quiera enojarse  
 Vos te debés encoger,  
 Pues siempre es güeno tener  
 Palenque ande ir a rascarse.»

«Nunca le llevés la contra,  
 Porque él manda la gavilla:  
 Allí sentao en su silla,  
 Ningún güey le sale bravo;  
 A uno le da con el clavo  
 Y a otro con la cantramilla.»

«El hombre, hasta el más soberbio,  
 Con más espinas que un tala,  
 Aflueja andando en la mala  
 Y es blando como manteca:  
 Hasta la hacienda baguala  
 Cai al jagüel con la seca.»

«No andés cambiando de cueva;  
 Hacé las que hace el ratón.  
 Conserváte en el rincón



En que empezó tu existencia:  
Vaca que cambia querencia  
Se atrasa en la parición.»

Y menudiando los tragos  
Aquel viejo, como cerro,  
No «olvidés», me decía, «Fierro,  
Que el hombre no debe crer  
En lágrimas de mujer  
Ni en la renguera del perro.»

«No te debes afligir  
Aunque el mundo se desplome.  
Lo que más precisa el hombre  
Tener, según yo discurro,  
Es la memoria del burro,  
Que nunca olvida ande come.

«Deja que caliente el horno  
El dueño del amasijo;  
Lo que es yo, nunca me aflijo  
Y a todito me hago el sordo:  
El cerdo vive tan gordo,  
Y se come hasta los hijos.»

«El zorro que ya es corrido  
Dende lejos la olfatea;  
No se apure quien desea  
Hacer lo que le aproveche  
La vaca que más rumea  
Es la que da mejor leche.»

«El que gana su comida  
Güeno es que en silencio coma;  
Ansina, vos, ni por broma  
Querás llamar la atención:  
Nunca escapa el cimarrón  
Si dispara por la loma.»

«Yo voy donde me conviene  
Y jamás me descarrío;  
Lleváte el ejemplo mío,  
Y llenarás la barriga:  
Aprendé de las hormigas:  
No van a un noque vacío.»

«A naides tengás envidia:  
Es muy triste el envidiar;  
Cuando veás a otro ganar,

A estorbarlo no te metas:  
Cada lechón en su teta  
Es el modo de mamar.»

«Ansí se alimentan muchos  
Mientras los pobres lo pagan;  
Como el cordero hay quien lo haga  
En la puntita, no niego;  
Pero otros, como el borrego,  
Todo entera se la tragan.»



«Si buscás vivir tranquilo  
Dedicate a solteriar  
Más si te querés casar,  
Con esta alvertencia sea:  
Que es muy difícil guardar  
Prenda que otros codicean.»



«Es un bicho la mujer  
Que yo aquí no lo destapo,  
Siempre quiere al hombre guapo;  
Mas fijate en la elección,  
Porque tiene el corazón  
Como barriga de sapo.»

Y gangoso con la tranca,  
Me solía decir: «Potrillo,  
Recién te apunta el cormillo,  
Mas te lo dice un toruno:  
No dejés que hombre ninguno  
Te gane el lao del cuchillo.»

«Las armas son necesarias,  
Pero naides sabe cuándo;  
Ansina, si andás pasiando,  
Y de noche sobre todo,  
Debés llevarlo de modo  
Que al salir, salga cortando.»

«Los que no saben guardar  
Son pobres aunque trabajen;  
Nunca, por más que se atajen,  
Se librarán del cimbrón:  
Al que nace barrigón  
Es al ñudo que lo fajen.»

«Donde los vientos me llevan  
Allí estoy como en mi centro;  
Cuando una tristeza encuentro



Tomo un trago pa alegrarme:  
A mí me gusta mojarme  
Por ajuera y por adentro.»

«Vos sos pollo, y te convienen  
Toditas estas razones;  
Mis consejos y lecciones  
No echés nunca en el olvido:  
En las riñas he aprendido  
A no peliar sin puyones.»

Con estos consejos y otros  
Que yo en mi memoria encierro,  
Y que aquí no desentierro,  
Educándome seguía,  
Hasta que al fin se dormía  
Mesturao entre los perros.

## XVI

Cuando el viejo cayó enfermo,  
Viendo yo que se emporaba  
Y que esperanza no daba  
De mejorarse siquiera,  
Le truje una culandrerera  
A ver si lo mejoraba.

En cuanto lo vio, me dijo:  
«Este no aguanta el sogazo:  
Muy poco le doy de plazo;  
Nos van ha dar un epetáculo,  
Porque debajo del brazo  
Le ha salido un tabernáculo.»

Dice el refrán que en la tropa  
Nunca falta un güey corneta:  
Uno que estaba en la puerta  
Le pegó el grito ahí no más:  
«Tabernáculo,... ¡que bruto!  
Un tubérculo dirás.»

Al verse así interrumpido,  
Al punto dijo el cantor:  
«No me parece ocasión  
De meterse los de ajuera;  
Tabernáculo, señor,  
Le decía la culandrera.»



El de ajuera repitió,  
Dándole otro chaguarazo:  
«Allá va un nuevo bolazo  
Copo y se la gano en puerta  
A las mujeres que curan  
Se las llama curanderas.»



No es güeno —dijo el cantor—  
Muchas manos en un plato  
Y diré al que ese barato  
Ha tomao de entrometido,  
Que no creía haber venido  
A hablar entre literatos.

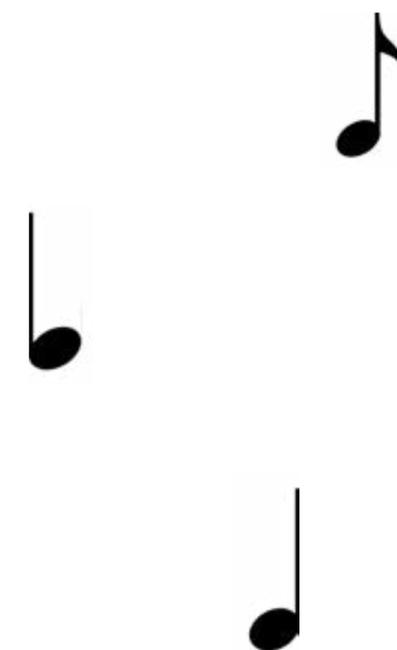
Y para seguir contando  
La historia de mi tutor,  
Le pediré a ese dotor

Que en mi inorancia me deje,  
Pues siempre encuentra el que teje  
Otro mejor tejedor.

Seguía enfermo, como digo,  
Cada vez más emperrao;  
Yo estaba ya acobardao  
Y lo espiaba dende lejos;  
Era la boca del viejo  
La boca de un condenao.

Allá pasamos los dos  
Noches terribles de invierno:  
El maldecía al Padre Eterno  
Como a los Santos benditos,  
Pidiendolé al diablo a gritos  
Que lo llevara al infierno.

Debe ser grande la culpa  
Que a tal punto mortifica;  
Cuando vía una reliquia  
Se ponía como azogado,  
Como si a un endemoniado  
Le echaran agua bendita.



Nunca me le puse a tiro,  
 Pues era de mala entraña;  
 Y viendo herejía tamaña,  
 Si alguna cosa le daba,  
 De lejos se la alcanzaba  
 En la punta de una caña.

«Será mejor», decía yo,  
 «Que abandonado lo deje,  
 Que blasfeme y que se queje,  
 Y que siga de esta suerte,  
 Hasta que venga la muerte  
 Y cargue con este hereje.»

Cuando ya no pudo hablar  
 Le ató en la mano un cencerro,  
 Y al ver cercano su entierro,  
 Arañando las paredes,  
 espiró allí entre los perros  
 Y este servidor de ustedes.



## XVII

Le cobré un miedo terrible  
 Después que lo vi dijunto;  
 Llamé al alcalde, y al punto  
 Acompañado se vino  
 De tres o cuatro vecinos  
 A arreglar aquel asunto.

«Anima bendita», dijo  
 Un viejo medio ladiao  
 «Que Dios lo haiga perdonao,  
 Es todo cuanto deseo,  
 Le conocí un pastoreo  
 De terneros robaos.»

«Ansina es», dijo el Alcalde;  
 «Con eso empezó a poblar;  
 Yo nunca podré olvidar  
 Las travesuras que hizo;  
 Hasta que al fin fue preciso  
 Que le privasen carnar.



«De mozo fue muy jinete:  
No lo bajaba un bagual;  
Pa ensillar un animal  
Sin necesitar de otro,  
Se encerraba en el corral,  
Y allí golpiaba el potro.»

«Se llevaba mal con todos:  
Era su costumbre vieja  
El mesturar las ovejas,  
Pues al hacer el aparte  
Sacaba la mejor parte,  
Y después venía con quejas.»

«Dios lo ampare al pobrecito»,  
Dijo en seguida un tercero.  
«Siempre robaba carneros;  
En eso tenía destreza:  
Enterraba las cabezas  
Y después vendía los cueros

«¡Y qué costumbre tenía  
Cuando en el jogón estaba!  
Con el mate se agarraba

estando los piones juntos.  
—Yo tallo —decía—y apunto—  
Y a ninguno convidaba.»

«Si ensartaba algún asao  
—!Pobre! !como si lo viese!—,  
Poco antes de que estuviese  
primero lo maldecía,  
Luego después lo escupía  
Para que naides comiese.»

«Quien le quitó esa costumbre  
De escupir el asador  
Fue un mulato resertor  
Que andaba de amigo suyo:  
Un diablo muy peliador  
Que le llamaban barullo.»

«Una noche que les hizo  
Como estaba acostumbrao,  
Se alzó el mulato enojao  
Y le gritó: —¡viejo indino,  
Yo te he de enseñar, cochino,  
A echar saliva al asao!—»

«Lo saltó por sobre el juego  
Con el cuchillo en la mano;  
¡La pucha el pardo liviano!  
En la misma atropellada  
Le largó una puñalada  
que la quitó otro paisano.»



«Y ya caliente barullo,  
Quiso seguir la chacota;  
Se le había erizao la mota  
Lo que empezó la reyerta:  
el viejo ganó la puerta  
Y apeló a las de gaviota.»



«De esa costumbre maldita  
dende entonces se curó;  
A las casas no volvió:  
Se metió en un cicutal  
Y allí escondido pasó  
Esa noche sin cenar.»

Esto hablaban los presentes,  
Y yo, que estaba a su lao  
Al oír lo que he relatao,

Aunque él era un perdulario,  
Dije entre mí: «¡Que rosario  
Le estan lanzando al finao!.»

Luego comenzó el Alcalde  
A registrar cuanto había,  
Sacando mil chucherias  
Y guascas y trapos viejos,  
Temeridá de trebejos  
Que para nada servían.

Salieron lazos, cabrestos,  
Coyundas y maniadores,  
Una punta de arriadores,  
Cinchones, maneadas, torzales  
Una porción de bozales  
Y un montón de tiradores.

Había riendas de domar  
frenos, estribos quebraos;  
Bolas, espuelas, recaos,  
Unas pavas, unas ollas,  
Y un gran manajo de argollas  
De cinchas que había cortao.



Salieron varios cencerros,  
 Alesnas, lonjas, cuchillos,  
 Unos cuantos cojinillos  
 Un alto de jergas viejas,  
 Muchas botas desparejas  
 Y una infinidad de anillos.

Había tarros de sardinas,  
 Unos cueros de venao,  
 Unos ponchos aujeriaos,  
 Y en tan tremendo entrevero  
 Apareció hasta un tintero  
 que se perdió en el Juzgao.  
 Decía el alcalde muy serio:  
 «es poco cunato se diga;  
 Había sido como hormiga.  
 He de darle parte al Juez.  
 ¡Y que me venga después  
 Con que no se los persiga!»

Yo estaba medio azorao  
 De ver lo que sucedía;  
 Entre ellos mismos decían

Que unas prendas eran tuyas,  
 Pero a mi me parecía  
 que estas eran aleluyas.

Y cuando ya no tuvieron  
 Rincón donde registrar,  
 Cansaos de tanto huroniar  
 Y de trabajar en balde,  
 «Vámosnos», dijo el Alcalde,  
 «Luego lo haré sepultar.»

Y aunque mi padre no era  
 El dueño de ese hormiguero,  
 El, allí muy cariñero,  
 Me dijo con muy buen modo:  
 «Vos serás heredero  
 Y te harás cargo de todo.»

«Se ha de arreglar este asunto  
 Como es preciso que sea;  
 Voy a nombrar albacea  
 Uno de los circustantes;  
 Las cosas no son como antes  
 Tan enredadas y feas.»

«¡Bendito Dios!», pensé yo,  
 «Ando como un pordiosero,  
 Y me nuembran heredero  
 De toditas estas guascas.  
 ¡Quisiera saber primero  
 Lo que se han hecho mis vacas!»



## XVIII

Se largaron, como he dicho,  
 A disponer el entierro;  
 Cuando me acuerdo me aterro:  
 Me puse a llorar a gritos  
 Al verme allí tan solito  
 Con el finao y los perros.

Me saqué el escapulario,  
 Se lo colgué al pecador,  
 Y como hay en el señor  
 Misericordia infinita,  
 Rogué por la alma bendita  
 Del que antes jué mi tutor.

No se calmaba mi duelo  
 De verme tan solitario;  
 Ahí le champurrié un rosario  
 Como si fuera mi padre,  
 besando el escapulario  
 Que me había puesto mi madre.



«Madre mía», gritaba yo,  
 «Donde estarás padeciendo?  
 El llanto que estoy virtiendo  
 Lo redamarías por mí,  
 Si vieras a tu hijo aquí  
 Todo lo que esta sufriendo.»

Y mientras así clamaba  
 Sin poderme consolar,  
 Los perros, para aumentar  
 Mas mi miedo y mi tormento,  
 En aquel mismo momento  
 Se pusieron a llorar.

Libre Dios a los presentes  
 De que sufran otro tanto;  
 Con el muerto y esos llantos  
 Les juro que faltó poco  
 Para que me vuelva loco  
 En medio de tanto espanto.

Decían entonces las viejas,  
 Como que eran sabedoras,  
 Que los perros cuando lloran

Es porque ven al demonio;  
 Yo creía en el testimonio  
 Como cré siempre el que inora.

Ahí dejé que los ratones  
 Comieran el guasquerío  
 Y como anda a su albedrío  
 Todo el que güerfano queda,  
 Alzando lo que era mío  
 Abandoné aquella cueva.  
 .....

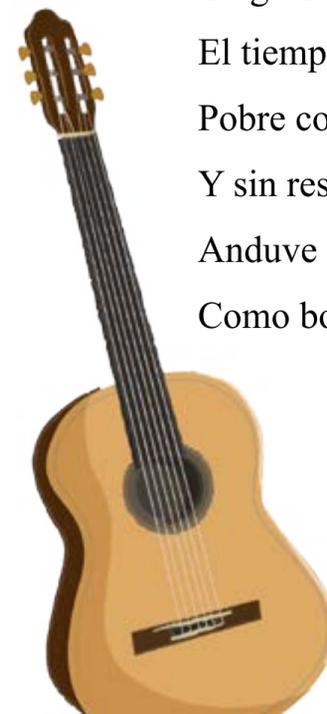
Supe después que esa tarde  
 Vino un pión y lo enterró;  
 Ninguno lo acompañó  
 Ni lo velaron siquiera;  
 Y al otro día amaneció  
 Con una mano dejuera.

Y me ha contaio además  
 El gaucho que hizo el entierro  
 —Al recordarlo me aterro,  
 Me da pavor este asunto—  
 Que la mano del dijunto  
 Se la había comido un perro.

Tal vez yo tuve la culpa  
 Porque de asustao me fui;  
 Supe, después que volví,  
 Y asegurárselos puedo,  
 Que los vecinos, de miedo,  
 No pasaban por allí.

Hizo del rancho guarida  
 La sabandija mas sucia  
 —El cuerpo se despeluzo  
 Y hasta la razón se altera—;  
 Pasaba la noche entera  
 Chillando allí una lechuza.

Por mucho tiempo no pude  
 Saber lo que me pasaba;  
 Los trapitos con que andaba  
 Eran puras hojarascas;  
 Todas las noches soñaba  
 Con viejos, perros y guascas.



## XIX

Anduve a mi voluntá,  
 Como moro sin señor;  
 Ese jué el tiempo mejor  
 Que yo he pasado tal vez;  
 De miedo de otro tutor,  
 Ni aporté por lo del Juez.

«Yo cuidaré», me había dicho,  
 «De lo de tu propiedá:  
 Todo se conservará,  
 El vacuno y los rebaños,  
 Hasta que cumplas años,  
 En que seás mayor de edá.»

Y aguardando que llegase  
 El tiempo que la ley fija,  
 Pobre como lagartija  
 Y sin respetar a naidés,  
 Anduve cruzando el aire  
 Como bola sin manija.



Me hice hombre de esa manera  
 Bajo el más duro rigor;  
 Sufriendo tanto dolor  
 Muchas cosas aprendí;  
 Y, por fin, víctima fui  
 Del mas desdichado amor.



De tantas alternativas  
 Esta es la parte peluda  
 Infeliz y sin ayuda,  
 Fue estremado mi delirio,  
 Y causaban mi martirio  
 Los desdenes de una viuda.



Llora el hombre ingratitudes  
 Sin tener un jundamento;  
 Acusa sin miramiento  
 A la que el mal le ocasiona,  
 Y tal vez en su persona  
 No hay ningún merecimiento.

Cuando yo mas padecía  
 La crueldá de mi destino,  
 Rogando al poder divino

Que del dolor me separe,  
 Me hablaron de un adivino  
 Que curaba esos pesares.

Tuve recelos y miedos,  
 Pero al fin me disolví:  
 Hice coraje y me fui  
 Donde el adivino estaba,  
 Y por ver si me curaba,  
 Cuanto llevaba le di.

Me puse, al contar mis penas,  
 Mas colorao que un tomate,  
 Y se me añudó el gazzate  
 Cuando dijo el hermitaño:  
 «Hermano, le han hecho daño  
 Y se lo han hecho en un mate.

«Por verse libre de usté  
 Lo habrán querido embrujar.»  
 Después me empezó a pasar  
 Una pluma de avestruz,  
 Y me dijo:«De la Cruz  
 Recebí el don de curar.



«Debés maldecir», me dijo,  
 «A todos tus conocidos;  
 Ansina el que te ha ofendido  
 Pronto estará decubierto,  
 Y deben ser maldecidos  
 Tanto vivos como muertos.»

Y me recetó un hincáo  
 En un trapo de la viuda,  
 Frente a una planta de ruda,  
 Hiciera mis horaciones,  
 Diciendo: «No tengás duda;  
 Eso cura las pasiones.»

A la viuda, en cuanto pude,  
 Un trapo le manotíe;  
 Busqué la ruda y al pie,  
 Puesto en cruz, hice mi rezo;  
 Pero, amigos, ni por eso  
 De mis males me curé.

Me recetó otra ocasión  
 Que comiera abrojo chico;  
 El remedio no me esplico,

Mas, por desechar el mal,  
 Al ñudo en un abrojal  
 Fí a ensangrentarme el hocico.

Y con tanta medecina  
 Me parecía que sanaba;  
 Por momentos se aliviaba  
 Un poco mi padecer,  
 Mas si a la viuda encontraba,  
 Volvía la pasión a arder.

Otra vez que consulté  
 Su saber estrordinario,  
 Recibió bien su salario,  
 Y me recetó aquel pillo  
 Que me colgase tres grillos  
 Ensartaos como rosario.

Por fin la última ocasión  
 Que por mi mal lo fí a ver,  
 Me dijo: «No, mi saber  
 No ha perdido su virtú;  
 Yo te daré la salú:  
 No triunfará esa mujer.

Y tené fe en el remedio,  
 Pues la cencia no es chacota;  
 De esto no entendés ni jota.  
 Sin que ninguno sospeche,  
 Cortále a un negro tes motas  
 Y hacélas hervir en leche.»

Yo andaba ya desconfiando  
 De la curación maldita,  
 Y dije: «Este no me quita  
 La pasión que me domina;  
 Pues que viva la gallina,  
 Aunque sea con la pepita.»

Así me dejaba andar,  
 Hasta que, en una ocasión,  
 El cura me echó un sermón,  
 Para curarme sin duda,  
 Diciendo que aquella viuda  
 Era hija de confesión.

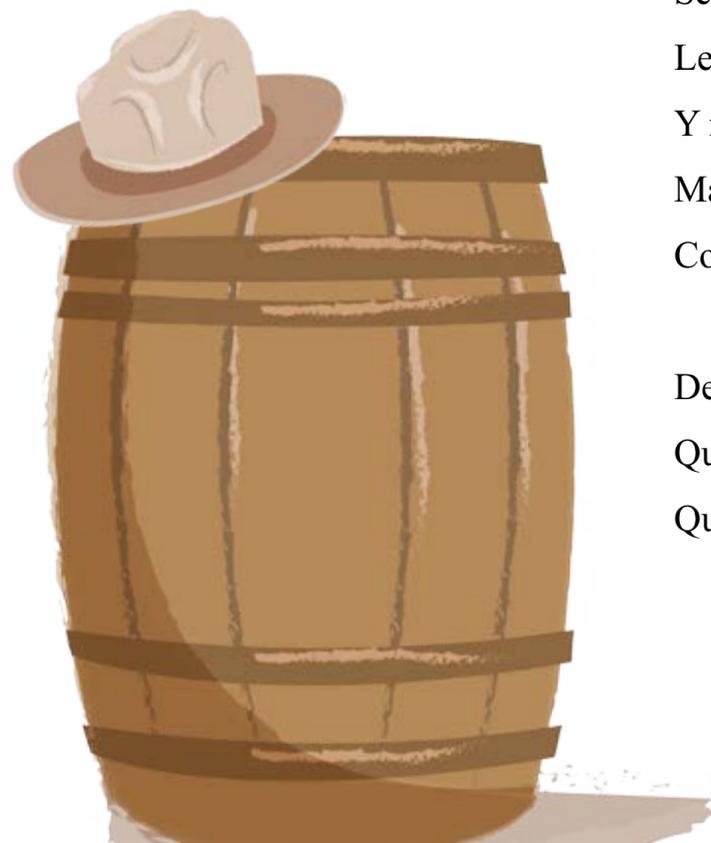
Y me dijo estas palabras  
 Que nunca las he olvidao:  
 «Has de saber que el finao

Ordenó en su testamento  
 Que naides de casamiento  
 Le hablara en lo sucesivo;  
 Y ella prestó el juramento  
 Mientras él estaba vivo.»

«Y es preciso que lo cumpla,  
 Porque así lo manda Dios;  
 Es necesario que vos  
 No la vuelvas a buscar,  
 Porque si llega a faltar  
 Se condenarán los dos.»

Con semejante alvertencia  
 Se completó mi redota;  
 Le vi los pies a la sota,  
 Y me le alejé a la viuda,  
 Mas curao que con la ruda,  
 Con los grillos y las motas.

Después me contó un amigo  
 Que al Juez le había dicho el cura  
 Que yo era un cabeza dura



Y que era un mozo perdido;  
Que me echaran del partido,  
Que no tenía compostura.

Tal vez por ese consejo  
Y sin que mas causa hubiera,  
Ni que otro motivo diera,  
Me agarraron redepente  
Y en el primer contingente  
Me echaron a la frontera.

De andar persiguiendo viudas  
Me he curao el deseo;  
En mil penurias me veo,  
Mas pienso volver tal vez  
A ver si sabe aquel Juez  
Lo que se ha hecho de mi rodeo.

## XX

Martín Fierro y sus dos hijos,  
Entre tanta concurrencia,  
Siguieron con alegría  
Celebrando aquella fiesta.  
Diez años, los más terribles,  
Había durado la ausencia,  
Y al hallarse nuevamente  
Era su alegría completa.  
En ese mismo momento  
Uno que vino de ajuera,  
A tomar parte con ellos  
Suplicó aue lo almitieran.  
Era un mozo forastero  
De muy regular presencia,  
Y hacía poco que en le pago  
Andaba dando sus güeltas.  
Asiguran algunos  
Que venía de la frontera;  
Que había pelao a un pulpero  
En las últimas carreras;  
Pero andaba despilcho,

No traía una prenda güena:  
Un recadito cantor  
Daba fe de sus pobrezas.  
Le pidió la bendición  
Al que causaba la fiesta  
Y, sin decirles su nombre,  
Les declaró con franqueza  
Que el nombre de Picardía  
Es el único que lleva.  
Y para contar su historia  
A todos pide licencia,  
Diciéndoles que en seguida  
Iban a saber quien era.  
Tomo al punto la guitarra,  
La gente se puso atenta,  
Y así cantó *Picardía*  
En cuanto templó las cuerdas:



## XXI Picardía

Voy a contarles mi historia  
(Perdónenme tanta charla) ,  
y les diré al principiarla,  
Aunque es triste hacerlo así:  
A mi madre la perdí  
Antes de saber llorarla.

Me quedé en el desamparo,  
Y al hombre que me dio el ser  
No lo pude conocer;  
Así, pues, dende chiquito,  
Volé como el pajarito  
En busca de qué comer.

O por causa del servicio  
Que tanta gente destierra,  
O por causa de la guerra,  
Que es causa bastante seria,  
Los hijos de la miseria  
Son muchos en esta tierra.



Ansí, por ella empujado,  
 No sé las cosas que haría,  
 Y aunque con vergüenza mía,  
 Debo hacer esta alvertencia:  
 Siendo mi madre Inocencia,  
 Me llamaban Picardía.

Me llevó a su lado un hombre  
 Para cuidar las ovejas,  
 Pero todo el día eran quejas  
 Y guascazos a lo loco,  
 Y no me daba tampoco  
 Siquiera unas jergas viejas.

Dende la alba hasta la noche,  
 En el campo me tenía;  
 Cordero que se moría  
 —Mil veces me sucedió  
 Los caranchos lo comían,  
 Pero lo pagaba yo.

De trato tan rigoroso  
 Muy pronto me acobardé;  
 El bonete me apreté

Buscando los mejores fines,  
 Y con unos volantines  
 Me fui para Santa Fe.

El pruebista principal  
 A enseñarme me tomó,  
 Y ya iba aprendiendo yo  
 A bailar en la maroma,  
 Mas me hicieron una broma  
 Y aquello me indijustó.

Una vez que iba bailando,  
 Porque estaba el calzón roto,  
 Armaron tanto alboroto  
 Que me hicieron perder pie;  
 De la cuerda me largué  
 Y casi me descogotó.

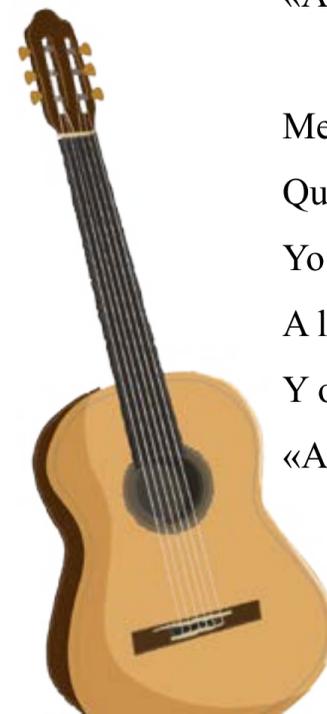
Ansí me encontré de nuevo  
 Sin saber dónde meterme,  
 Y ya pensaba volverme  
 Cuando, por fortuna mía,  
 Me salieron unas tías  
 Que quisieron recogerme

Con aquella parentela,  
 Para mí desconocida,  
 Me acomodé ya en seguida,  
 Y eran muy buenas señoras;  
 Pero las más rezadoras  
 Que he visto en toda mi vida.

Con el toque de oración  
 Ya principiaba el rosario;  
 Noche a noche un calendario  
 Tenían ellas que decir,  
 Y a rezar solían venir  
 Muchas de aquel vecindario.

Lo que allí me aconteció  
 Siempre lo he de recordar,  
 Pues me empiezo a equivocar  
 Y a cada paso refalo,  
 Como si me entrara el Malo  
 Cuanto me hincaba a rezar

Era como tentación  
 Lo que yo experimenté,  
 Y jamás olvidaré



Cuanto tuve que sufrir,  
 Porque no podía decir  
 «Artículos de la Fe».

Tenía al lado una mulata  
 Que era nativa de allí;  
 Se hincaba cerca de mí  
 Como el ángel de la guarda;  
 ¡Pícaro!, y era la parda  
 La que me tentaba así.

«Rezá», me dijo mi tía,  
 «Artículos de la Fe».  
 Quise hablar y me atoré;  
 La dificultad me aflige;  
 Miré a la parda, y ya dije:  
 «Artículos de Santa Fe».

Me acomodó el coscorrón  
 Que estaba viendo venir,  
 Yo me quise corregir,  
 A la mulata miré  
 Y otra vez volví a decir:  
 «Artículos de Santa Fe».



Sin dificultad ninguna  
 Rezaba todito el día,  
 Y a la noche no podía  
 Ni con un trabajo inmenso;  
 Es por eso que yo pienso  
 Que alguno me tentaría.

Una noche de tormenta  
 Vi a la parda y me entró chucho;  
 Los ojos —me asusté mucho—  
 Eran como refocilo:  
 Al nombrar a San Camilo,  
 Le dije San Camilucho.

Esta me da con el pie,  
 Aquella otra con el codo:  
 ¡Ah, viejas, por ese modo,  
 Aunque de corazón tierno,  
 Yo las mandaba al infierno  
 Con oraciones y todo!

Otra vez, que como siempre  
 La parda me perseguía,  
 Cuando yo acordé, mis tías

Me habían sacao un mechón  
 Al pedir la estirpación  
 De todas las herejías.

Aquella parda maldita  
 Me tenía medio afligido,  
 Y así; me había sucedido  
 Que, al decir «estirpación»,  
 Le acomodé «entripación»  
 Y me cayeron sin ruido  
 El recuerdo y el dolor  
 Me duraron muchos días;  
 Soñe con las herejías  
 Que andaban por estirpar  
 Y pedía siempre al rezar  
 La estirpación de mis tías.

Y dale siempre rosarios,  
 Noche a noche sin cesar;  
 Dale siempre barajar  
 Salves, trisagios y credos;  
 Me aburrí de esos enriedos  
 Y al fin me mandé mudar.

## XXII

Anduve como pelota,  
Y más pobre que una rata:  
Cuando empecé a ganar plata  
Se armó no sé que barullo:  
Yo dije: A tu tierra, grullo,  
Aunque sea con una pata

Eran duros y bastantes  
Los años que allá pasaron;  
Con lo que ellos me enseñaron  
Formaba mi capital;  
Cuanto vine, me enrolaron  
En la Guardia Nacional.

Me había ejercitao al naipe,  
El juego era mi carrera;  
Hice alianza verdadera  
Y arreglé una trapisonda  
Con el dueño de una fonda  
Que entraba en la peladera.



Me ocupaba con esmero  
En floriar una baraja;  
El la guardaba en la caja  
En paquetes, como nueva;  
Y la media arroba lleva  
Quien conoce la ventaja.

Comete un error inmenso  
Quien de la suerte presume;  
Otro mas hábil lo fuma,  
En un dos por tres lo pela,  
Y lo larga que no vuela,  
Porque le falta una pluma.

Con un socio que lo entiende  
Se arman partidas muy güenas;  
Queda allí la plata ajena,  
Quedan prendas y botones:  
Siempre cain a esas riuniones  
Zonzos con las manos llenas.

Hay muchas trampas legales,  
Recursos del jugador;  
No cualquiera es sabedor



A lo que un naipe se presta:  
Con una cincha bien puesta  
Se la pega uno al mejor.

Deja a veces ver la boca,  
Haciendo el que se descuida;  
Juega el otro hasta la vida  
Y es seguro que se ensarta,  
Porque uno muestra una carta  
Y tiene otra prevenida.

Al monte, las precauciones  
No han de olvidarse jamás;  
Debe afirmarse además  
Los dedos para el trabajo,  
Y buscar asiento bajo  
Que le dé la luz de atrás.

Pa tallar, tome la luz;  
Dé la sombra al alversario;  
Acomódese al contrario  
En todo juego cartiao:  
Tener ojo ejercitao  
Es siempre muy necesario.

El contrario abre los suyos,  
Pero nada ve el que es ciego:  
Dandole soga, muy luego  
Se deja pescar el tonto;  
Todo chapetón cre pronto  
Que sabe mucho en el juego.

Hay hombres muy inocentes  
Y que a las carpetas van;  
Cuando azariados están  
—Les pasa infinitas veces—  
Pierden en puertas y en treses,  
Y dándoles mamarán.

El que no sabe no gana  
Aunque ruegue a Santa Rita;  
En la carpeta a un mulita  
Se le conoce al sentarse,  
Y conmigo era matarse:  
No podían ni a la manchita.

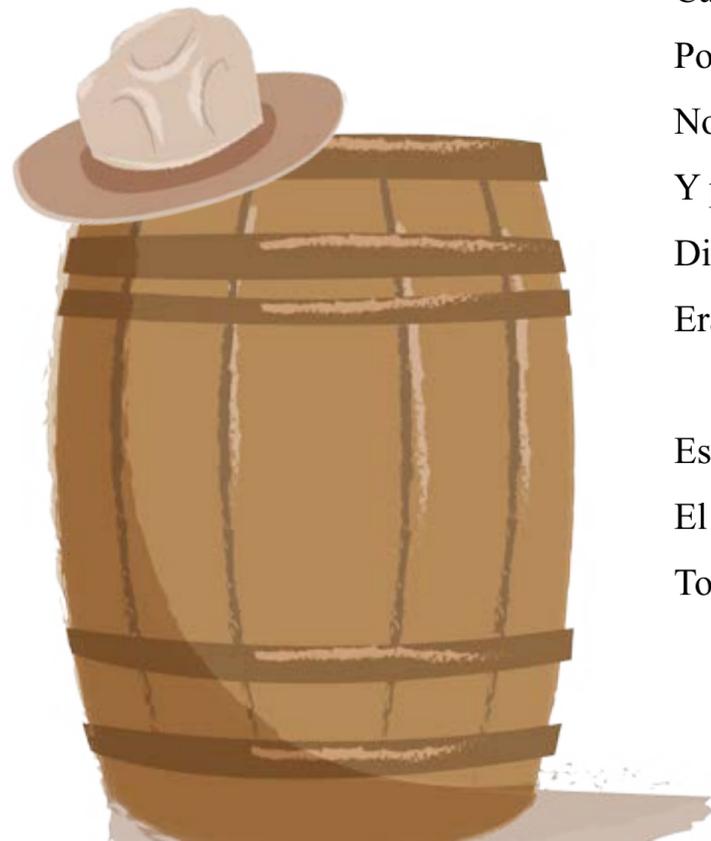
En el nueve y otros juegos  
Llevo ventaja y no poca,  
Y siempre que dar me toca

El mal no tiene remedio,  
Porque sé sacar del medio  
Y sentar la de la boca.

En el truco, al más pintao  
Solía ponerlo en apuro;  
Cuando aventajar procuro,  
Sé tener, como fajadas,  
Tiro a tiro el as de espadas,  
O flor, o envite seguro.

Yo sé defender mi plata  
Y lo hago como el primero:  
El que ha de jugar dinero  
Preciso es que no se atonte;  
Si se armaba una de monte,  
Tomaba parte el fondero.

Un pastel, como un paquete,  
Se llevarlo con limpieza;  
Dende que a salir empiezan  
No hay carta que no recuerde;  
Sé cuál se gana o se pierde  
En cuanto caen en la mesa.



También por estas jugadas  
Suele uno verse en aprietos;  
Mas yo no me comprometo  
Porque sé hacerlo con arte,  
Y aunque les corra el descarte  
No se descubre el secreto.

Si me llamaban al dao,  
Nunca me solía faltar  
Un cargado que largar,  
Un cruzao para el mas vivo,  
Y hasta atracarles un chivo  
Sin dejarlos maliciar.

Cargaba bien una taba,  
Porque la sé manejar;  
No era manco en el billar,  
Y por fin de lo que esplico,  
Digo que hasta con pichicos  
Era capaz de jugar.

Es un vicio de mal fin  
El de jugar, no lo niego;  
Todo el que vive del juego

Anda a la pesca de un bobo,  
Y es sabido que es un robo  
Ponerse a jugarle a un ciego.

Y esto digo claramente  
Porque he dejao de jugar;  
Y le puedo asigurar,  
Como que fui del oficio:  
Más cuesta aprender un vicio  
Que aprender a trabajar.



## XXII

Un nápoles mercachifle  
Que andaba con un arpista,  
Cayó también en la lista  
Sin dificultá ninguna:  
Lo agarré a la treinta y una  
Y le daba bola vista.

Se vino haciendo el chiquito,  
Por sacarme esa ventaja;  
En el pantano se encaja,  
Aunque robo se le hacía;  
Lo cegó Santa Lucía  
Y desocupó las cajas.

¡Lo hubieran visto afligido  
Llorar por las chucherías!  
«Me gañao con picardía»,  
Decía el gringo y lagrimiaba,  
Mientras yo en un poncho alzaba  
Todita su mercheria.



Quedó allí aliviado del peso  
 Sollozando sin consuelo;  
 Había caído en el anzuelo,  
 Tal vez porque era domingo,  
 Y esa calidad de gringo  
 No tiene santo en el cielo.

Pero poco aproveché  
 De fortuna tan lucida;  
 El diablo no se descuida,  
 Y a mí me seguía la pista  
 Un ñato muy enredista  
 Que era Oficial de partida.

Se me presentó a esigir  
 La multa en que había incurrido,  
 Que el juego estaba prohibido,  
 Que iba a llevarme al cuartel  
 Tuve que partir con él  
 Todo lo que había alquirido.

Empecé a tomarlo entre ojos  
 Por esa arbitrariedad;  
 Yo había ganado, es verdad,



Con recursos, eso sí;  
 Pero él me ganaba a mí  
 Fundado en su autoridad.

Decían que por un delito  
 Mucho tiempo anduvo mal;  
 Un amigo servicial  
 Lo compuso con el Juez,  
 Y poco tiempo después  
 Lo pusieron de Oficial.

En recorrer el partido  
 Continuamente se empleaba;  
 Ningún malevo agarraba,  
 Pero traía en un carguero  
 Gallinas, pavos, corderos  
 Que por ahí recoletaba.

No se debía permitir  
 El abuso a tal extremo.  
 Mes a mes hacía lo mismo,  
 Y así decía el vecindario:  
 «Este ñato perdulario  
 Ha resucitado el diezmo.»



La echaba de guitarrero  
 Y hasta de concertador:  
 Sentao en el mostrador  
 Lo hallé una noche cantando  
 Y le dije: «Co...mo...quiando  
 Con ganas de oír un cantor.»

Me echó el ñato una mirada  
 Que me quiso devorar,  
 Mas no dejó de cantar  
 Y se hizo el desentendido;  
 Pero ya había conocido  
 Que no lo podía pasar.

Una tarde que me hallaba  
 De visita... vino el ñato,  
 Y para darle un mal rato  
 Dije juerte: «Ña...to...ribia,  
 No cebe con la agua tibia»,  
 Y me la entendió el mulato.

Era todo en el Juzgao,  
 Y como que se achocó,  
 Ahí no más me contestó:

«Cuanto el caso se presiente  
 Te he de hacer tomar caliente,  
 Y has de saber quién soy yo.»

Por causa de una mujer  
 Se enredó más la cuestión;  
 Le tenía el ñato afición;  
 Ella era mujer de ley,  
 Moza con cuerpo de güey,  
 Muy blanda de corazón.

La hallé una vez de amasijo;  
 Estaba hecha un embeleso,  
 Y le dije: «Me intereso  
 En aliviar sus quehaceres,  
 Y ansí, señora, si quiere  
 Yo le arrimaré los gutildeos.»

Estaba el ñato presente  
 Sentado como de adorno;  
 Por evitar un trastorno  
 Ella, al ver que se dijista,  
 Me contestó: «Si usted gusta,  
 Arrímelos junto al horno.»

Ahí se enredó la madeja  
 Y su enemistá conmigo;  
 Se declaró mi enemigo,  
 Y, por aquel cumplimiento,  
 Ya sólo buscó el momento  
 De hacerme dar un castigo.

Yo vía que aquel maldito  
 Me miraba con rencor,  
 Buscando el caso mejor  
 De poderme echar el pial;  
 Y no vive más el lial  
 Que lo que quiere el traidor.

No hay matrero que no caiga,  
 Ni arisco que no se amanse;  
 Así, yo, dende aquel lance,  
 No salía de algún rincón,  
 Tirao como el San Ramón  
 Después que se pasa el trance.

## XXIV

Me le escapé con trabajo  
 En diversas ocasiones;  
 Era de los adulones;  
 Me puso mal con el Juez;  
 Hasta que al fin una vez  
 Me agarró en las elecciones.

Ricuerdo que esa ocasión  
 Andaban listas diversas;  
 Las opiniones dispersas  
 No se podían arreglar:  
 Decían que el Juez, por triunfar,  
 Hacía cosas muy perversas.

Cuando si riunió la gente  
 Vino a proclamarla el ñato,  
 Diciendo con aparato  
 «Que todo andaría mal,  
 Si pretendía cada cual  
 Votar por un candilato.»

Y quiso al punto quitarme  
 La lista que yo llevé,  
 Mas yo se la mesquiné,  
 Y ya me gritó: «¡Anarquista!  
 Has de votar por la lista  
 Que ha mandao el Comiqué.»

Me dio vergüenza de verme  
 Tratado de esa manera;  
 Y como si uno se altera  
 Ya no es fácil que se ablande,  
 Le dije: «Mande el que mande,  
 Yo he de votar por quien quiera.

«En las carpetas de juego  
 Y en la mesa eletoral,  
 A todo hombre soy igual,  
 Respeto al que me respeta,  
 Pero el naipe y la boleta  
 Naides me lo ha de tocar.»

Ahí no más ya me cayó  
 A sable la polecía;  
 Aunque era una picardía

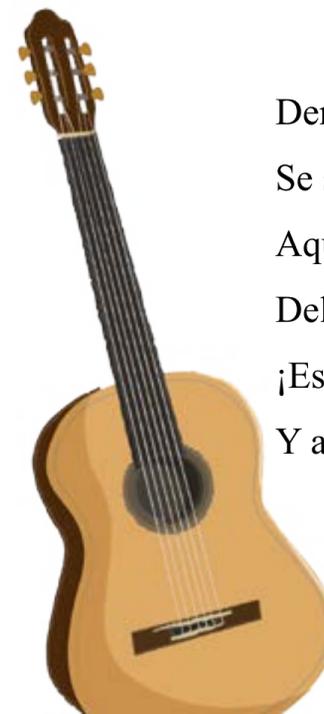


Me decidí a soportar,  
 Y no los quise peliar  
 Por no perderme ese día.

Atravesao me agarró  
 Y se aprovechó aquel ñato;  
 Dende que sufrí ese trato  
 No dentro donde no quepo;  
 Fi a jinetiar en el cepo  
 Por cuestión de candilatos

Injusticia tan notoria  
 No la soporté de flojo;  
 Una venda de mis ojos  
 Vino el suceso a voltiar:  
 Vi que teníamos que andar  
 Como perro con tramojo.

Dende equellas elecciones  
 Se siguió el batiburrillo;  
 Aquél se volvió un ovillo  
 Del que no había ni noticia,  
 ¡Es señora la justicia.  
 Y anda en ancas del mas pillo!



## XXV

Después de muy pocos días,  
Tal vez por no dar espera  
Y que alguno no se juera,  
Hicieron citar la gente,  
Pa riunir un contingente  
Y mandar a la frontera.



Se puso arisco el gauchaje:  
La gente está acobardada;  
Salió la partida armada  
Y trujo como perdices  
Unos cuantos infelices  
Que entraron en la voltiada.



Decía el ñato con soberbia:  
¡Esta es una gente indina;  
Yo los rodié a la sordina:  
No pudieron escapar;  
Y llevaba orden de arriar  
Todito lo que camina.»

Cuando vino el Comendante  
Dijeron: «¡Dios nos asista!»  
Llegó les clavó la vista  
(Yo estaba haciendome el zonzo);  
Le echó a cada uno un responso  
Y ya lo plantó en la lista.

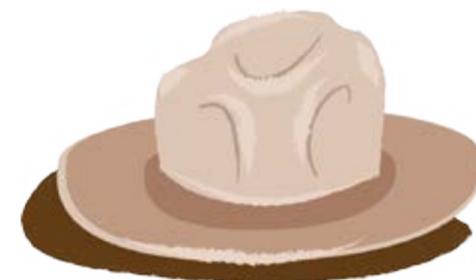
«¡Cuadráte!», le dijo a un negro.  
«Te estás haciendo el chiquito,  
Cuando sos el más maldito  
Que se encuentra en todo el pago.  
Un servicio es el que te hago,  
Y por eso te remito.»

## A OTRO

«Vos no cuidás tu familia  
Ni le das los menesteres;  
Visitás otras mujeres,  
Y es preciso, calavera,  
Que aprendás en la frontera  
A cumplir con tus deberes.»

## A OTRO

«Vos también sos trabajoso;  
Cuando es preciso votar  
Hay que mandarte llamar



Y siempre andás medio alzaio;  
 Sos un desubordinao,  
 Y yo te voy a filiar.»

A OTRO

«Cuanto tiempo hace que vos  
 Andás en este partido?  
 Cuantas veces has venido  
 A la citación del Juez?  
 No te he visto ni una vez:  
 Has de ser algún perdido.»

A OTRO

«Este es otro barullero  
 Que pasa en la pulpería  
 Predicando noche y día  
 Y anarquizando a la gente:  
 Irás en el contingente  
 Por tamaña picardía.»

A OTRO

«Dende la anterior remesa  
 Vos andás medio perdido;  
 La autoridá no ha podido



Jamás hacerte votar:  
 Cuando te mandan llamar  
 Te pasás a otro partido.»

A OTRO

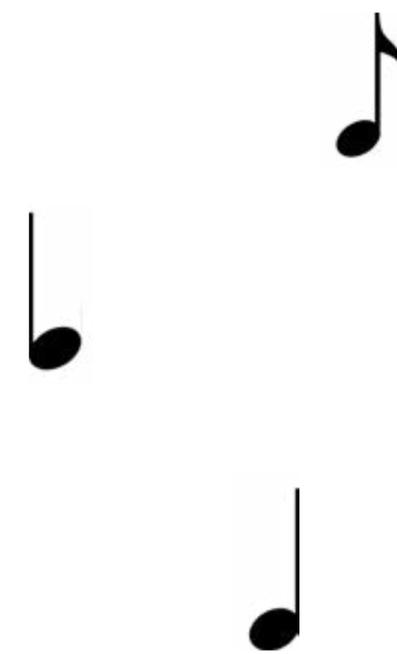
«Vos siempre andas de florcita:  
 No tenés renta ni oficio;  
 No has hecho ningún servicio;  
 No has votado ni una vez.  
 !Marchá!... para que dejés  
 De andar haciendo perjuicio.»

A OTRO

«Dame vos tu papeleta:  
 Yo te la voy a tener.  
 Esta queda en mi poder;  
 Despúes la recogerás,  
 Y así, si te resertás,  
 Todos te puedan prender.»

A OTRO

«Vos, porque sos eceuaio,  
 Ya te querés sulevar;  
 No vinistes a votar



Cuando hubieron elecciones;  
 No te valdrán elecciones:  
 ¡Yo te voy a enderezar! »

Y a éste por este motivo  
 Y a otro por otra razón,  
 Toditos, en conclusión,  
 Sin que escapara ninguno,  
 Fueron pasando uno a uno  
 A juntarse en un rincón.

Y allí las pobres hermanas,  
 Las madres y las esposas  
 Redamaban cariñosas  
 Sus lágrimas de dolor;  
 Pero gemidos de amor  
 No remedian estas cosas.

Nada importa que una madre  
 Se desespere o se queje,  
 Que un hombre a su mujer deje  
 En el mayor desamparo;  
 Hay que callarse, o es claro  
 Que lo quiebran por el eje.

Dentran despúes a empeñarse  
 Con este o aquel vecino;  
 Y, como en el masculino,  
 El que menos corre, vuela,  
 Deben andar con cautela  
 Las pobres, me lo imagino.

Muchas al Juez acudieron,  
 Por salvar de la jugada;  
 El les hizo una cuerpiada,  
 Y, por mostrar su inocencia,  
 Les dijo: «Tengan pacencia  
 Pues yo no puedo hacer nada.»

Ante aquella autoridá  
 Permanecían suplicantes,  
 Y, después de hablar bastante,  
 «Yo me lavo»; dijo el Juez,  
 «Como Pilatos los pies:  
 Esto lo hace el Comendante.»

De ver tanto desamparo  
 El corazón se partía;  
 Había madre que salía

Con dos; tres hijos o más,  
Por delante y por detrás,  
Y las maletas vacías.

«¿Donde irán ?», pensaba yo,  
«¿A perecer de miseria?  
Las pobres, si de esta feria  
Hablan mal, tienen razón;  
Pues hay bastante materia  
Para tan justa aflicción.»

## XXVI

Cuando me llegó mi turno  
Dije entre mí: «Ya me toca»,  
Y aunque mi falta era poca  
No sé por que me asustaba;  
Les aseguro que estaba  
Con el Jesús en la boca.

Me dijo que yo era un vago,  
Un jugador, un perdido;  
Que dende que fi al partido  
Andaba de picaflor;  
Que había de ser un bandido  
Como mi antecesor.

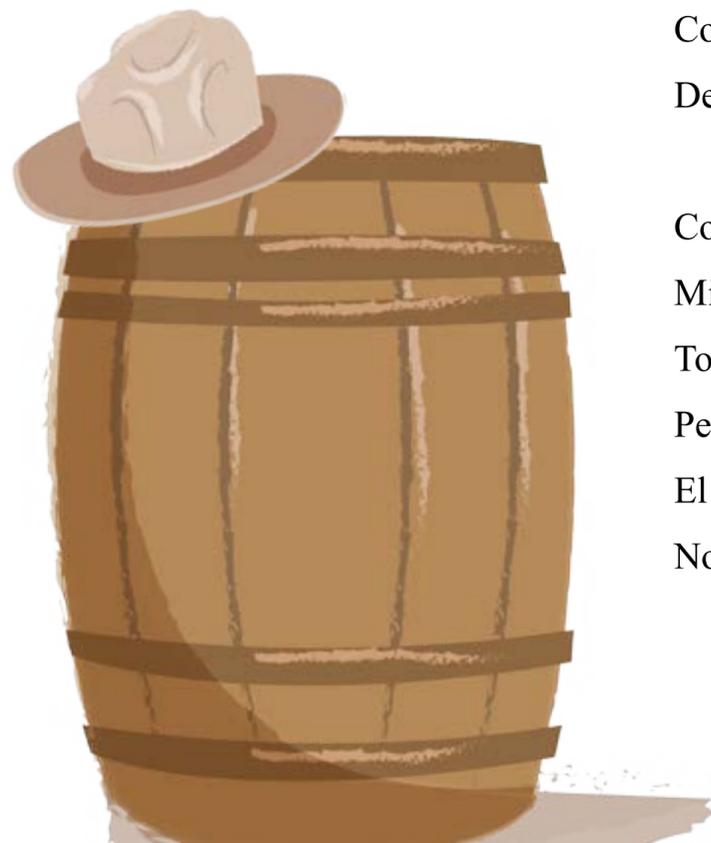
Puede que uno tenga un vicio  
Y que de él no se reforme,  
Mas naides esta conforme  
Con recibir ese trato:  
Yo conocí que era el ñato  
Quien le había dao los informes.

Me dentro curiosidá,  
 Al ver que de esa manera  
 Tan seguro me dijera  
 Que jué mi padre un bandido;  
 Luego, lo habrá conocido,  
 Y yo inoraba quien era.

Me empañé en aviriguarlo;  
 Promesas hice a Jesús;  
 Tuve por fin una luz  
 Y supe con alegría  
 Que era el autor de mis días  
 El guapo Sargento Cruz.

Yo conocía bien su historia  
 Y la tenía muy presente:  
 Sabía que Cruz, bravamente,  
 Yendo con una partida,  
 Había jugado la vida  
 Por defender a un valiente.

Y hoy ruego a mi Dios piadoso  
 Que lo mantenga en su gloria;  
 Se ha de conservar su historia



En el corazón del hijo;  
 El al morir me bendijo  
 Yo bendigo su memoria.

Yo juré tener enmienda  
 Y lo conseguí de veras;  
 Puedo decir ande quiera  
 Que, si faltas he tenido,  
 De todas me he corregido  
 Dende que supe quién era.

El que sabe ser güen hijo  
 A los suyos se parece;  
 Y aquel que a su lado crece  
 Y a su padre no hace honor,  
 Como castigo merece  
 De la desdicha el rigor.

Con un empeño constante  
 Mis faltas supe enmendar;  
 Todo conseguí olvidar,  
 Pero, por desgracia mía,  
 El nombre de Picardía  
 No me lo pude quitar.

Aquel que tiene güen nombre  
Muchos dijustos se ahorra,  
Y entre tanta mazamorra  
No olviden esta alvertencia:  
Aprendí por esperencia  
Que el mal nombre no se borra.



## XXVII

He servido en la frontera  
En un cuerpo de milicias;  
No por razón de justicia  
Como sirve cualesquiera.

La bolilla me tocó  
De ir a pasar malos ratos  
Por la facultá del ñato,  
Que tanto me persiguió.

Y sufrí en aquel infierno  
Esa dura penitencia,  
Por una malaquerencia  
De un oficial subalterno.

No repetiré las quejas  
De lo que se sufre allá:  
Son cosas muy dichas ya  
Y hasta olvidadas, de viejas.



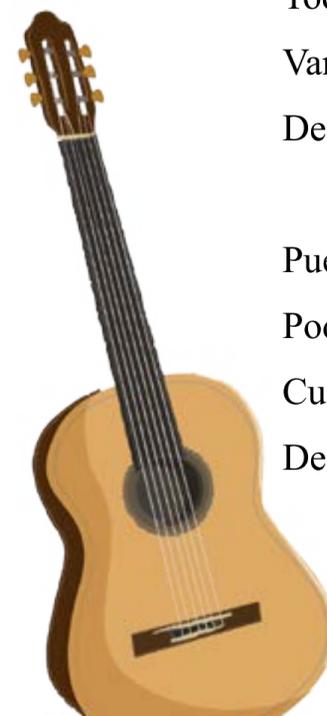
Siempre el mismo trabajar,  
Siempre el mismo sacrificio,  
Es siempre el mismo servicio,  
Y el mismo nunca pagar.

Siempre cubiertos de harapos,  
Siempre desnudos y pobres,  
Nunca le pagan un cobre  
Ni le dan jamás un trapo.

Sin sueldo y sin uniforme  
Lo pasa uno aunque sucumba:  
Confórmese con la tumba;  
Y si no... no se conforme.

Pues si usted se ensoberbece  
O no anda muy voluntario,  
Le aplican un novenario  
De estacas... que lo enloquecen.

Andan como pordioseros  
Sin que un peso los alumbre,  
Porque han tomado la costumbre  
De deberle años enteros.



Siempre hablan de lo que cuesta;  
Que allá se gasta un platal:  
¡Pues yo no he visto ni un rial  
En lo que duró la fiesta!

Es servicio extraordinario  
Bajo el jusil y la vara,  
Sin que sepamos qué cara  
Le ha dao Dios al Comisario.

Pues si va a hacer la revista  
Se vuelve como una bala:  
Es lo mismo que luz mala  
Para perderse de vista;

Y de yapa cuando va,  
Todo parece estudio:  
Van con meses atrasaos  
De gente que ya no está;

Pues si adrede que lo hagan,  
Podrán hacerlo mejor:  
Cuando cai, cai con la paga  
Del contingente anterior;



Porque son como sentencia  
 Para buscar al ausente,  
 Y el pobre que está presente  
 Que perezca en la endigencia;

Hasta que, tanto aguantar  
 El rigor con que lo tratan  
 O se resierta, o lo matan,  
 O lo largan sin pagar.

De ese modo es el pastel,  
 Porque el gaucho —ya es un hecho—  
 No tiene ningún derecho,  
 Ni naides vuelve por él.

¡La gente vive marchita!  
 Si viera cuando echan tropa:  
 Les vuela a todos la ropa  
 Que parecen banderitas.

De todos modos lo cargan,  
 Y al cabo de tanto andar,  
 Cuando lo largan, lo largan  
 Como pa echarse a la mar.

Si alguna prenda le han dao  
 Se la vuelven a quitar:  
 Poncho, caballo, recaó,  
 Todo tiene que dejar.

Y esos pobres infelices,  
 Al volver a su destino,  
 Salen como unos Longinos  
 Sin tener con que cubrirse.

A mí me daba congojas  
 El mirarlos de ese modo,  
 Pues el más aviao de todos  
 Es un perejil sin hojas.

Aura poco ha sucedido,  
 Con un invierno tan crudo,  
 Largarlos a pie y desnudos  
 Pa volver a su partido.

Y tan duro es lo que pasa  
 Que, en aquella situación,  
 Les niegan un mancarrón  
 Para volver a su casa.

¡Lo tratan como a un infiel!  
 Completan su sacrificio  
 No dándole ni un papel  
 Que acredite su servicio.

Y tiene que regresar  
 Más pobre de lo que jué;  
 Por supuesto, a la mercé  
 Del que lo quiere agarrar.

Y no averigüe después  
 De los bienes que dejó:  
 De hambre, su mujer vendió  
 por dos lo que vale diez.

Y como están convenidos  
 A jugarle manganeta,  
 A reclamar no se meta,  
 Porque ése es tiempo perdido.

Y luego, si a alguna estancia  
 A pedir carne se arrima,

Al punto le cain encima  
 Con la ley de la vagancia.

Y ya es tiempo, pienso yo,  
 De no dar más contingente:  
 Si el Gobierno quiere gente,  
 Que la pague y se acabó.

Y saco así en conclusión,  
 En medio de mi inorancia,  
 Que aquí el nacer en estancia  
 Es como una maldición.

Y digo, aunque no me cuadre  
 Decir lo que naides dijo:  
 La Provincia es una madre  
 Que no defiende a sus hijos.

Mueren en alguna loma  
 En defensa de la ley,  
 O andan lo mesmo que el güey,  
 Arando pa que otros coman.

Y he de decir así mismo  
Porque de adentro me brota  
Que no tiene patriotismo  
Quien no cuida al compatriota.



## XXVIII



Se me va por donde quiera  
Esta lengua del demonio.  
Voy a darles testimonio  
De lo que vi en la frontera.

Yo sé que el único modo,  
A fin de pasarlo bien,  
Ee decir a todo: Amén,  
Y jugarle risa a todo.

El que no tiene colchón  
En cualquier parte se tiende:  
El gato busca el jogón  
Y ese es mozo que lo entiende.

De aquí comprenderse debe,  
Aunque yo hable de este modo,  
Que uno busca su acomodo  
Siempre lo mejor que puede.

Lo pasaba como todos  
Este pobre penitente;



Pero salí de asistente,  
Y mejoré en cierto modo;

Pues aunque esas privaciones  
Causen desesperación,  
Siempre es mejor el jogón  
De aquel que carga galones.

De entonces en adelante  
Algo logré mejorar,  
Pues supe hacerme lugar  
Al lado del ayudante.

El se daba muchos aires:  
Pasaba siempre leyendo;  
Decían que estaba aprendiendo  
Pa recibirse de flaire.

Aunque lo pifiaban tanto,  
Jamás lo vi dijustao;  
Tenía los ojos paraos  
Como los ojos de un santo.

Muy delicao, dormía en cuja;  
Y no sé por qué sería,



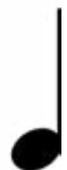
La gente lo aborrecía  
Y le llamaban La Bruja.

Jamás hizo otro servicio  
Ni tuvo mas comisiones  
Que recibir las raciones  
De víveres y de vicios.

Yo me pasé a su jogón  
Al punto que me sacó,  
Y ya con el me llevó  
A cumplir su comisión.

Estos diablos de milicos  
De todo sacan partido:  
Cuando nos vían riunidos  
Se limpiaban los hocicos.

Y decían en los jogones  
Como por chocarrería:  
«Con la Bruja y Picardía  
Van a andar bien las raciones.»  
A mí no me jué tan mal,  
Pues mi oficial se arreglaba;



Les diré lo que pasaba  
Sobre este particular.

Decían que estaba de acuerdo  
La Bruja y el proveedor,  
Y que recibía lo peor;  
Puede ser, pues no era lerdo.

Que a más en la cantidá  
Pegaba otro dentellón,  
Y que por cada ración  
Le entregaban la mitá;

Y que esto lo hacía del modo  
Como lo hace un hombre vivo:  
Firmando luego el recibo,  
Ya se sabe, por el todo.

Pero esas murmuraciones  
No faltan en campamento.  
Déjenme seguir mi cuento,  
O historia de las raciones.

La Bruja las recibía,  
Como se ha dicho, a su modo;

Las cargabamos, y todo  
Se entriega en la Mayoría.

Sacan allí en abundancia  
Lo que les toca sacar,  
Y es justo que han de dejar  
Otro tanto de ganancia.

Van luego a la compañía;  
Las recibe el Comendante,  
El que, de un modo abundante,  
Sacaba cuanto quería.

Ansí la cosa liviana  
Va mermada, por supuesto;  
Luego se le entrega el resto  
Al oficial de semana.  
¿Araña, quien te arañó?  
Otra araña como yo.

Este le pasa al sargento  
Aquello tan reducido,  
Y, como hombre prevenido,  
Saca siempre con aumento.

Esta relación no acabo  
 Si otra menudencia ensarto,  
 El sargento llama al cabo  
 Para encargarle el reparto.

El también saca primero  
 Y no se sabe turbar:  
 Naidés le va a aviriguar  
 Si ha sacado más o menos.

Y sufren tanto bocao  
 Y hacen tantas estaciones,  
 Que ya casi no hay raciones  
 Cuando llegan al soldao.

¡Todo es como pan bendito!  
 Y sucede de ordinario  
 Tener que juatarse varios  
 Para hacer un pucherito.

Dicen que las cosas van  
 Con arreglo a la ordenanza.  
 ¡Puede ser! pero no alcanzan;  
 ¡Tan poquito es lo que dan!

Algunas veces, yo pienso,  
 Y es muy justo que lo diga,  
 Solo llegaban las migas  
 Que habían quedao en los lienzos.

Y esplican aquel infierno  
 En que uno está medio loco  
 Diciendo gue dan tan poco  
 Porque no paga el Gobierno.

Pero eso yo no lo entiendo,  
 Ni a aviriguarlo me meto;  
 Soy inorante completo  
 Nada olvido y nada aprendo.

Tiene uno que soportar  
 El tratamiento mas vil:  
 A palos en lo civil  
 A sable en lo militar.

El vistuario es otro infierno;  
 Si lo dan, llega a sus manos  
 En invierno el de verano,  
 Y en el verano el de invierno.

Y yo el motivo no encuentro  
Ni la razón que esto tiene,  
Mas dicen que eso ya viene  
Arreglao dende adentro.

Y es necesario aguantar  
El rigor de su destino;  
El gaucho no es argentino  
Sino pa hacerlo matar.

Ansi ha de ser, no lo dudo;  
Y por eso decía un tonto:  
«Si los han de matar pronto,  
Mejor es que estén desnudos,»

Pues esa miseria vieja  
No se remedia jamás;  
Todo el que viene detrás  
Como la encuentra la deja.

Y se hallan hombres tan malos  
Que dicen de güena gana:  
«El gaucho es como la lana:  
Se limpia y compone a palos.»

Y es forzoso el soportar  
Aunque la copa se enllene;  
Parece que el gaucho tiene  
Algún pecao que pagar.



## XXIX

Esto cantó Picardía  
Y después guardó silencio,  
Mientras todos celebraban  
Con placer aquel encuentro.  
Mas una casualidá  
—Como que nunca anda lejos—  
Entre tanta gente blanca  
Llevó tambien un moreno,  
Presumido de cantor  
Y que se tenía por güeno.  
Y como quien no hace nada,  
O se descuida de intento,  
Pues siempre es muy conocido  
Todo aquel que busca pleito,  
Se sentó con toda calma,  
Echo mano al instrumento  
Y ya le pegó un ragido:  
Era fantástico el negro;  
Y para no dejar dudas,  
Medio se compuso el pecho.  
Todo el mundo conoció



La intención de aquel moreno:

Era claro el desafío

Dirigido a Martín Fierro,

Hecho con toda arrogancia,

De un modo muy altanero.

Tomó Fierro la guitarra,

Pues siempre se halla dispuesto,

Y así cantaron los dos,

En medio de un gran silencio.



## XXX Martín Fierro

Mientras suene el encordao,

Mientras encuentre el compás

Yo no he de quedarme atrás

Sin defender la parada,

Y he jurado que jamás

Me la han de llevar robada.

Atiendan, pues, los oyentes

Y cáyense los mirones;

A todos pido perdones,

Pues a la vista resalta

Que no está libre de falta

Quien no está de tentaciones.

A un cantor le llaman güeno

Cuando es mejor que los piores;

Y sin ser de los mejores,

Encontrándose dos juntos,

Es deber de los cantores

El cantar de contrapunto.



El hombre debe mostrarse  
 Cuando la ocasión le llegue;  
 Hace mal el que se niegue,  
 Dende que lo sabe hacer;  
 Y muchos suelen tener  
 Vanagloria en que los rueguen.

Cuando mozo fui cantor  
 (Es una cosa muy dicha);  
 Mas la suerte se encapricha  
 Y me persigue constante:  
 De ese tiempo en adelante  
 Canté mis propias desdichas.

Y aquellos años dichosos  
 Trataré de recordar;  
 Veré si puedo olvidar  
 Tan desgraciada mudanza,  
 Y quien se tenga confianza  
 Tiemple, y vamos a cantar.

Tiemple y cantaremos juntos;  
 Trasnochadas no acobardan.  
 Los concurrentes aguardan,  
 Y porque el tiempo no pierdan,  
 Haremos gemir las cuerdas

Hasta que las velas no ardan.  
 Y el cantor que se presiente,  
 Que tenga o no quien lo ampare,  
 No espere que yo dispare  
 Aunque su saber sea mucho:  
 Vamos en el mismo pucho  
 A prenderle hasta que aclare.

Y seguiremos si gusta  
 Hasta que se vaya el día;  
 Era la costumbre mía  
 Cantar las noches enteras:  
 Había entonces, donde quiera,  
 Cantores de fantasía.

Y si alguno no se atreve  
 A seguir la caravana,  
 O si cantando no gana,  
 Se lo digo sin lisonja:  
 Haga sonar una esponja  
 O ponga cuerdas de lana.

## El moreno

Yo no soy, señores míos,  
Sino un pobre guitarrero,  
Pero doy gracias al Cielo  
Porque puedo, en la ocasión,  
Toparme con un cantor  
Que experimente a este negro.

Yo también tengo algo blanco,  
Pues tengo blancos los dientes;  
Sé vivir entre las gentes  
Sin que me tengan en menos:  
Quien anda en pagos ajenos  
Debe ser manso y prudente.

Mi madre tuvo diez hijos,  
Los nueve muy regulares;  
Tal vez por eso me ampare  
La Providencia divina:  
En los güevos de gallina  
El décimo es el mas grande.



El negro es muy amoroso,  
Aunque de esto no hace gala;  
Nada a su cariño iguala  
Ni a su tierna voluntá;  
Fs lo mesmo que el macá:  
Cría los hijos bajo el ala.

Pero yo he vivi do libre  
Y sin depender de naides;  
Siempre he cruzado los aires  
Como el pájaro sin nido;  
Cuanto se lo he aprendido  
Porque me lo enseñó un flaire.

Y sé como cualquier otro  
El porqué retumba el trueno;  
Por qué son las estaciones  
Del verano y del invierno;  
Sé también de donde salen  
Las aguas que cain del cielo.

Yo sé lo gue hay en la tierra  
En llegando al mesmo centro;  
En dónde se encuentra el oro,



En dónde se encuentra el fierro  
 Y en dónde viven bramando  
 Loe volcanes que echan juego.

Yo sé del fondo del mar  
 Donde los pejes nacieron;  
 Yo sé por que crece el árbol,  
 Y por que silban los vientos:  
 Cosas que inoran los blancos  
 Las sabe este pobre negro.

Yo tiro cuando me tiran;  
 Cuando me aflojan, aflojo;  
 No se ha de morir de antojo  
 Quien me convide a cantar;  
 Para conocer a un cojo  
 Lo mejor es verlo andar.

Y si una falta cometo  
 En venir a esta riunión,  
 Echándola de cantor,  
 Pido perdón en voz alta  
 Pues nunca se halla una falta  
 Que no esista otra mayor.

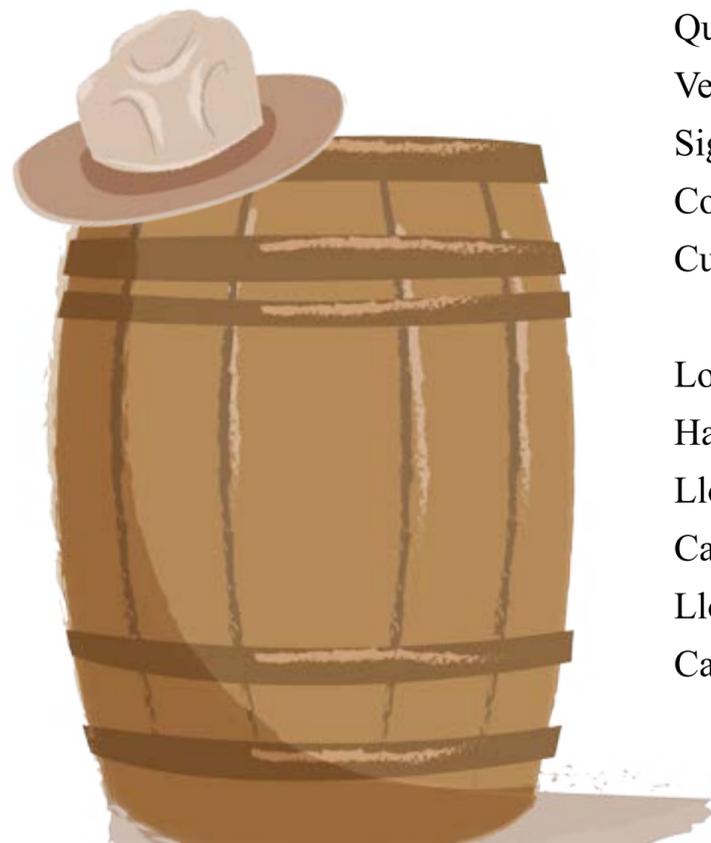
De lo que un cantor esplica  
 No falta qué aprovechar  
 Y se le debe escuchar  
 Aunque sea negro el que cante:  
 Apriende el que es inorante,  
 Y el que es sabio, apriende más.

Bajo la frente mas negra  
 Hay pensamiento y hay vida.  
 La gente escuche tranquila,  
 No me haga ningún reproche:  
 Tambien es negra la noche  
 Y tiene estrellas que brillan.

Estoy, pues, a su mandao;  
 Empiece a echarme la sonda,  
 Si gusta que le responda,  
 Aunque con lenguaje tosco:  
 En leturas no conozco  
 La jota, por ser redonda.

## Martín Fierro

¡Ah, negro!, si sos tan sabio  
No tengás ningun recelo  
Pero has tragao el anzuelo  
Y al compás del instrumento  
Has de decirme al momento  
Cuál es el canto del cielo.



## El moreno

Cuentan que de mi color  
Dios hizo al hombre primero,  
Más los blancos altaneros,  
Los mismos que lo convidan,  
Hasta de nombrarlo olvidan  
Y sólo le llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,  
Y el negro, blanco lo pinta;  
Blanca la cara o retinta  
No habla en contra ni en favor:  
De los hombres el Criador  
No hizo dos clases distintas.

Y después de esta advertencia  
Que al presente viene al pelo,  
Veré, señores, si puedo,  
Sigún mi escaso saber,  
Con claridá responder  
Cuál es el canto del cielo.

Los cielos lloran y cantan  
Hasta en el mayor silencio:  
Lloran al cair el rocío  
Cantan al silbar los vientos  
Lloran cuando cain las aguas.  
Cantan cuando brama el trueno.

## Martín Fierro

Dios hizo al blanco y al negro  
Sin declarar los mejores;  
Les mandó iguales dolores  
Bajo de una mesma cruz;  
Mas también hizo la luz  
Pa distinguir los colores.

Ansi, ninguno se agravie;  
No se trata de ofender,  
A todo se ha de poner  
El nombre con que se llama,  
Y a naides le quita fama  
Lo que recibio al nacer.

Y así me gusta un cantor  
Que no se turba ni yerra;  
Y si en tu saber se encierra  
El de los sabios profundos;  
Decíme cual en el mundo  
Es el canto de la tierra.

## El moreno

Es pobre mi pensamiento,  
Es escasa mi razón,  
Mas pa dar contestación  
Mi inorancia no se arredra:  
También da chispas la piedra  
Si la golpia el eslabón.

Y le daré una respuesta  
Sigún mis pocos alcances:  
Forman un canto en la tierra  
El dolor de tanta madre,  
El gemir de los que mueren  
Y el llorar de los que nacen.

## Martín Fierro

Moreno, alvierto que trais  
 Bien dispuesta la garganta;  
 Sos varón, y no me espanta  
 Verte hacer esos primores;  
 En los pájaros cantores  
 Solo el macho es el que canta.

Y ya que al mundo vinistes  
 Con el sino de cantar,  
 No te vayás a turbar,  
 No te agrandés ni te achiques;  
 Es preciso que me expliques  
 Cuál es el canto del mar.



## El moreno

A los pájaros cantores  
 Ninguno imitar pretiende;  
 De un don que de otro depende  
 Naides se debe alabar,  
 Pues la urraca apriende a hablar,  
 Pero sólo la hembra apriende.

Y ayúdame, ingenio mío,  
 Para ganar esta apuesta;  
 Mucho el contestar me cuesta.  
 Pero debo contestar;  
 Yoy a decir en respuesta  
 Cuál es el canto del mar.

Cuando la tormenta brama,  
 El mar, que todo lo encierra,  
 Canta de un modo que aterra,  
 Corno si el mundo temblara:  
 Parece que se quejara  
 De que lo estreche la tierra.



## Martín Fierro

Toda tu sabiduría  
Has de mostrar esta vez;  
Ganarás sólo que estés  
En boca con algún santo.  
La noche tiene su canto,  
Y me has de decir cuál es.

## El moreno

No galope, que hay aujeros,  
Le dijo a un guapo un prudente  
Le contestó humildemente:  
La noche por cantos tiene  
Esos ruidos que uno siente  
Sin saber por dónde vienen.

Son los secretos misterios  
Que las tinieblas esconden;  
Son los ecos que responden  
A la voz del que da un grito;  
Como un lamento infinito

Que viene no sé de dónde.  
A las sombras sólo el sol  
Las penetra y las impone;  
En distintas direcciones  
Se oyen rumores inciertos:  
Son almas de los que han muerto,  
Que nos piden oraciones.

## Martín Fierro

Moreno, por tus respuestas  
Yo te aplico el cartabón,  
Pues tenés desposición  
Y sos estruido, de yapa:  
Ni las sombras se te escapan  
Para dar esplicación.

Pero cumple su deber  
El lial diciendo lo cierto,  
Y, por lo tanto, te alvierto  
Que hemos de cantar los dos,  
Dejando en la paz de Dios  
Las almas de los que han muerto.

Y el consejo del prudente  
No hace falta en la partida;  
Siempre ha de ser comedida  
La palabra de un cantor.  
Y aura quiero que me digas  
De dónde nace el amor.



## El moreno

A pregunta tan oscura  
Trataré de responder,  
Aunque es mucho pretender  
De un pobre negro de estancia,  
Mas conocer su inorancia  
Es principio del saber.

Ama el pájaro en los aires  
Que cruza por donde quiera,  
Y si al fin de su carrera  
Se asienta en alguna rama,  
Con su alegre canto llama  
A su amante compañera.

La fiera ama en su guarida,  
De la que es rey y señor;  
Allí lanza con juror  
Esos bramidos que espantan,  
Porque las fieras no cantan:

Las fieras braman de amor.  
Ama en el fondo del mar  
El pez de lindo color;  
Ama el hombre con ardor;  
Ama todo cuanto vive:  
De Dios vida se recibe,  
Y donde hay vida, hay amor.



## Martín Fierro

Me gusta, negro ladino,  
Lo que acabás de esplicar;  
Ya te empiezo a respetar;  
Aundue al principio me rei,  
Y te quiero preguntar  
Lo que entendés por la ley.

## El moreno

Hay muchas dotorerías  
Que yo no puedo alcanzar;  
Dende que aprendí a inorar  
De ningún saber me asombro,  
Mas no ha de llevarme al hombro  
Quien me convide a cantar.

Yo no soy cantor ladino  
Y mi habilidá es muy poca;  
Más cuando cantar me toca  
Me defiendo en el combate,  
Porque soy como los mates:  
Sirvo si me abren la boca.

Dende que elige a su gusto,  
Lo más espinoso elige;  
Pero esto poco me aflige  
Y le contesto a mi modo:  
La ley se hace para todos,  
Mas sólo al pobre le rige.

La ley es tela de araña  
——En mi inorancia lo esplico——.  
No la tema el hombre rico;

Nunca la tema el que mande;  
 Pues la ruempe el bicho grande  
 Y sólo enrieda a los chicos.

Es la ley como la lluvia:  
 Nunca puede ser pareja;  
 El que la aguanta se queja,  
 Pero el asunto es sencillo:  
 La ley es como el cuchillo:  
 No ofiende a quien lo maneja.

Le suelen llamar espada  
 Y el nombre le viene bien;  
 Los que la gobiernan ven  
 A dónde han de dar el tajo:  
 Le cai al que se halla abajo  
 Y corta sin ver a quién.

Hay muchos que son doctores,  
 Y de su cencia no dudo;  
 Mas yo soy un negro rudo  
 Y aunque de esto poco entiendo,  
 Estoy diariamente viendo  
 Que aplican la del embudo.



## Martín Fierro

Moreno, vuelvo a decirte:  
 Ya conozco tu medida;  
 Has aprovechao la vida,  
 Y me alegro de este encuentro;  
 Ya veo que tenés adentro  
 Capital pa esta partida.

Y aura te voy a decir;  
 Porque en mi deber está  
 (Y hace honor a la verdá  
 Quien a la verdá se duebla)  
 Que sos por juera tinieblas  
 Y por dentro claridá.

No ha de decirse jamás  
 Que abusé de tu pacencia,  
 Y en justa correspondencia,  
 Si algo querés preguntar,  
 Podés al punto empezar,  
 Pues ya tenés mi licencia.



## El moreno

No te trabes lengua mía;  
No te vayas a turbar;  
Nadie acierta antes de errar,  
Y, aunque la fama se juega,  
El que por gusto navega  
No debe temerle al mar.

Voy a hacerle mis preguntas,  
Ya que a tanto nne convida,  
Y vencerá en la partida  
Si una esplicación me da  
Sobre el tiempo y la medida,  
El peso y la cantidá.

Suya sera la vitoria  
Si es que sabe contestar;  
Se lo debo declarar  
Con claridá, no se asombre,  
Pues hasta aura ningún hombre  
Me lo ha sabido esplicar.

Quiero saber y lo inoro,  
Pues en mis libros no está  
—Y su respuesta vendrá  
A servirme de gobierno—,  
Para que fin el Eterno  
Ha criado la cantidá.

## Martín Fierro

Moreno, te dejás cair  
Como carancho en su nido;  
Ya veo que sos prevenido,  
Mas también estoy dispuesto;  
Veremos si te contesto  
Y si te das por vencido.

Uno es el sol, uno el mundo,  
Sola y única es la luna  
Ansí han de saber que Dios  
No crió cantidá ninguna.

El ser de todos los seres  
Solo formo la unidá;  
Lo demás lo ha criado el hombre  
Después que aprendió a contar.

## El moreno

Veremos si a otra pregunta  
Da una respuesta cumplida:  
El ser que Ha criado la vida  
Lo ha de tener en su archivo,  
Mas yo inoro que motivo  
Tuvo al formar la medida.



## Martín Fierro

Escuchá con atención  
Lo que en mi inorancia arguyo:  
La medida la inventó  
El hombre para bien suyo;  
  
Y la razón no te asombre,  
Pues es fácil presumir:  
Dios no tenía que medir  
Sino la vida del hombre.



## El Moreno

Si no falla su saber  
Por vencedor lo confieso;  
Debe aprender todo eso  
Quien a cantar se dedique;  
Y aura quiero que me explique  
La que significa el peso.

## Martín Fierro

Dios guarda entre sus secretos  
El secreto que eso encierra,  
Y mandó que todo peso  
Cayera siempre en la tierra;  
  
Y sigún compriendo yo,  
Dende que hay bienes y males,  
Jué el peso para pesar  
Las culpas de los mortales.

## El moreno

Si responde a esta pregunta  
Tengase por vencedor  
(Doy la derecha al mejor);  
Y respóndame al momento:  
¿Cuándo formó Dios el tiempo  
Y por que lo dividió?



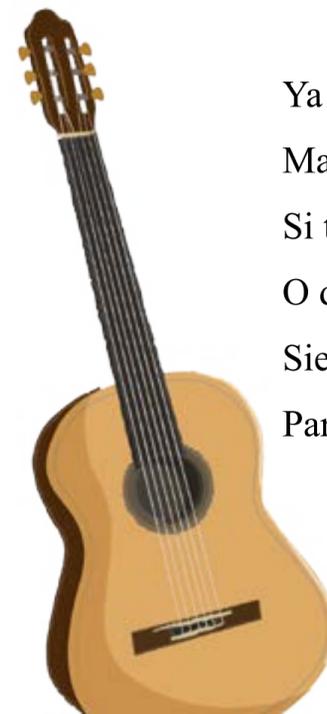
## Martín Fierro

Moreno, voy a decir,  
Sigún mi saber alcanza:  
El tiempo sólo es tardanza  
De lo que está por venir;

No tuvo nunca principio  
Ni jamás acabará,  
Porque el tiempo es una rueda.  
Y rueda es eternidá.

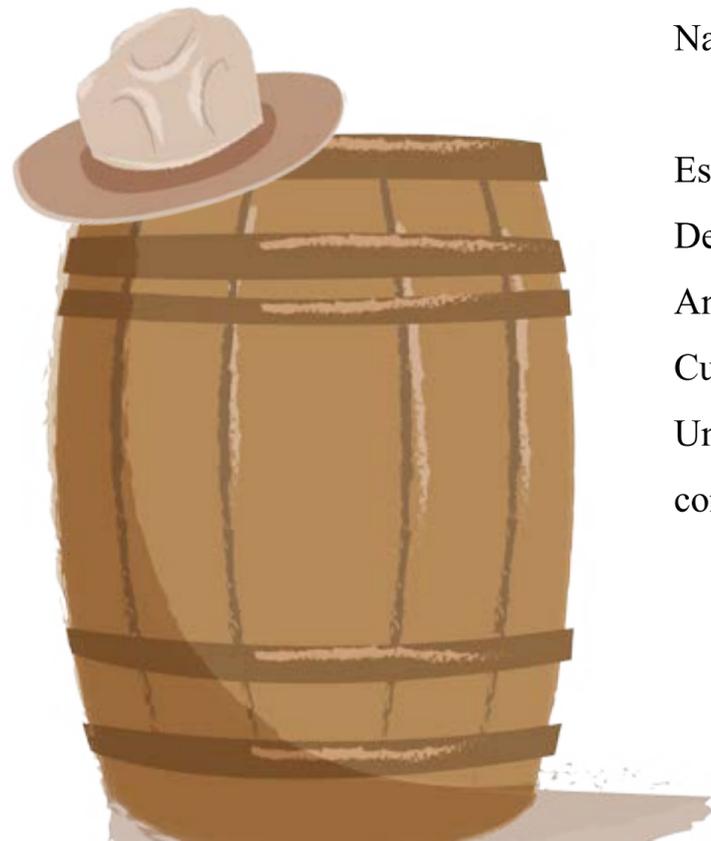
Y si el hombre lo divide,  
Sólo lo hace, en mi sentir,  
Por saber lo que ha vivido  
O le resta que vivir.

Ya te he dado mis respuestas,  
Mas no gana quien despunta;  
Si tenés otra pregunta  
O de algo te has olvidao,  
Siempre estoy a tu mandao  
Para sacarte de dudas.



No procedo por soberbia  
Ni tampoco por jactancia,  
Mas no ha de faltar costancia  
Cuando es preciso luchar;  
Y te convido a cantar  
Sobre cosas de la estancia.

Ansi prepará, moreno,  
Cuanto tu saber encierre,  
Y sin que tu lengua yerre,  
Me has de decir lo que empriende;  
El que del tiempo depende,  
En los meses que train erre.



## El moreno

De la inorancia de naidés  
Ninguno debe abusar;  
Y aunque me puede doblar  
Todo el que tenga más arte,  
No voy a ninguna parte  
A dejarme machetiar.

He reclarao que en leturas  
Soy redondo como jota;  
No avergüence mi redota,  
Pues con claridá le digo:  
No me gusta que conmigo  
Naidés juegue a la pelota.

Es güena ley que el más lerdo  
Debe perder la carrera;  
Ansí le pasa a cualquiera,  
Cuando en competencia se halla  
Un cantor de media talla  
con otro de talla entera.

¿No han visto en medio del campo  
Al hombre que anda perdido,  
Dando güeltas afligido,  
Sin saber donde rumbiar?  
Así le suele pasar  
A un pobre cantor vencido.

También los árboles crujen  
Si el ventarrón los azota,  
Y si aquí mi queja brota  
Con amargura, consiste  
En que es muy larga y muy triste  
La noche de la redota.

Y dende hoy en adelante,  
Pongo de testigo al Cielo  
Para decir sin recelo  
Que, si mi pecho se inflama.  
No cantaré por la fama  
Sino por buscar consuelo.

Vive ya desesperao  
Quien no tiene qué esperar;  
A lo que no ha de durar  
Ningún cariño se cobre;  
Alegrías en un pobre  
Son anuncios de pesar.

Y este triste desengaño  
Me durará mientras viva;  
Aunque un consuelo reciba  
Jamás he de alzar el vuelo:  
Quien no nace para el cielo  
De balde es que mire arriba.

Y suplico a cuantos me oigan  
Que me permitan decir  
Que, al decidirme a venir,  
No sólo jué por cantar,  
Sino porque tengo a más  
Otro deber que cumplir.

Ya saben que de mi madre  
Jueron diez los que nacieron,  
Mas ya no existe el primero  
Y mas querido de todos:  
Murió por injustos modos  
A manos de un pendenciero.

Los nueve hermanos restantes  
Como güerfanos quedamos;  
Dende entonces lo lloramos  
Sin consuelo, creanmeló,  
Y al hombre que lo mató,  
Nunca jamás lo encontramos.

Y queden en paz los güesos  
De aquel hermano querido;  
A moverlos no he venido,  
Mas, si el caso se presenta,  
Espero en Dios que esta cuenta  
Se arregle como es debido.

Y si otra ocasión payamos  
Para que esto se complete,  
Por mucho que lo respete,  
Cantaremos, si le gusta,  
Sobre las muertes injustas.  
Que algunos hombres cometen.

Y aquí, pues, señores míos,  
Diré, como en despedida,  
Que todavía andan con vida  
Los hermanos del dijunto,  
Que recuerdan este asunto  
Y aquella muerte no olvidan.

Y es misterio tan profundo  
Lo que está por suceder,  
Que no me debo meter  
A echarla aquí de adivino;  
Lo que decida el destino  
Después lo habran de saber.

## Martín Fierro

Al fin cerrastes el pico  
Después de tanto charlar;  
Ya empezaba a maliciar,  
Al verte tan entonao,  
Que traías un embuchao  
Y no lo querías largar.

Y ya que nos conocemos,  
Basta de conversación;  
Para encontrar la ocasión  
No tienen que darse priesa;  
Ya conozco yo que empieza  
Otra clase de junción.

Yo no sé lo que vendrá;  
Tampoco soy adivino;  
pero firme en mi camino  
Hasta el fin he de seguir:  
Todos tienen que cumplir  
Con la ley de su destino.

Primero jué la frontera  
Por persecución de un juez;  
Los indios fueron después,

Y, para nuevos estrenos,  
 Aura son estos morenos  
 Pa alivio de mi vejez.

La madre echó diez al mundo,  
 Lo que cualquiera no hace,  
 Y tal vez de los diez pase  
 Con iguales condiciones:  
 La mulita pare nones,  
 Todos de la misma clase.

A hombre de humilde color  
 Nunca sé facilitar;  
 Cuando se llega a enojar  
 Suele ser de mala entraña:  
 Se vuelve como la araña,  
 Siempre dispuesta a picar.

Yo he conocido a toditos  
 Los negros mas peliadores;  
 Había algunos superiores  
 De cuerpo y de vista... ¡ahijuna!  
 Si vivo, les daré una...  
 Historia de las mejores.



Mas cada uno ha de tirar  
 En el yugo en que se vea;  
 Yo ya no busco peleas,  
 Las contiendas no me gustan,  
 Pero ni sombras me asustan  
 Ni bultos que se menean.

La creía ya desollada,  
 Mas todavía falta el rabo,  
 Y por lo visto no acabo  
 De salir de esta jarana;  
 Pues esto es lo que se llama  
 Remacharsele a uno el clavo.



## XXXI

Y después de estas palabras  
 Que ya la intención revelan,  
 Procurando los presentes  
 Que no se armara pendencia,  
 Se pusieron de por medio  
 Y la cosa quedó quieta.  
 Martín Fierro y los muchachos,  
 Evitando la contienda,  
 Montaron y paso a paso,  
 Como el que miedo no lleva,  
 A la costa de un arroyo  
 Llegaron a echar pie a tierra.  
 Desensillaron los pingos  
 Y se sentaron en rueda,  
 Refiriéndose entre sí  
 Infinitas menudencias  
 Porque tiene muchos cuentos  
 Y muchos hijos la ausiencia.  
 Allí pasaron la noche  
 A la luz de las estrellas,  
 Porque ese es un cortinao  
 Que lo halla uno donde quiera,  
 Y el gaucho sabe arreglarse



Como ninguno se arregla:  
 El colchón son las caronas,  
 El lomillo es cabecera,  
 E cojinillo es blandura  
 Y con el poncho o la jerga;  
 Para salvar del rocío,  
 Se cubre hasta la cabeza.  
 Tiene su cuchillo al lado  
 —Pues la precaución es güena—,  
 Freno y rebenque a la mano,  
 Y, teniendo el pingo cerca,  
 Que pa asegurarlo bien  
 La argolla del lazo entierra  
 —Aunque el atar con el lazo  
 Da del hombre mala idea—,  
 Se duerme así muy tranquilo  
 Todita la noche entera;  
 Y si es lejos del camino,  
 Como manda la prudencia,  
 Mas seguro que en su rancho  
 Uno ronca a pierna suelta  
 Pues en el suelo no hay chinche  
 Y es una cuja camera  
 Que no ocasiona disputas  
 Y que naides se la niega.



Ademas de eso, una noche  
 La pasa uno como quiera,  
 Y las va pasando todas  
 Haciendo la misma cuenta;  
 Y luego los pajaritos  
 Al aclarar lo dispiertan,  
 Porque el sueño no lo agarra  
 A quien sin cenar se acuesta.  
 Así, pues, aquella noche  
 Jué para ellos una fiesta,  
 Pues todo parece alegre  
 Cuando el corazón se alegra.  
 No pudiendo vivir juntos  
 Por su estado de pobreza,  
 Resolvieron separarse  
 Y que cada cual se juera  
 A procurarse un refugio  
 Que aliviara su miseria.  
 Y antes de desparramarse  
 Para empezar vida nueva,  
 En aquella soledá  
 Martín Fierro, con prudencia,  
 A sus hijos y al de Cruz  
 Les habló de esta manera:

## XXXII

—Un padre que da consejos  
 Más que padre es un amigo;  
 Ansi como tal les digo  
 Que vivan con precaución:  
 Naidés sabe en que rincón  
 Se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela  
 Que una vida desgraciada:  
 No estrañen si en la jugada  
 Alguna vez me equivoco,  
 Pues debe saber muy poco  
 Aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su cencia  
 Tienen la cabeza llena;  
 Hay sabios de todas menas,  
 Mas digo, sin ser muy ducho:  
 Es mejor que aprender mucho  
 El aprender cosas gúenas.

No aprovechan los trabajos  
 Si no han de enseñarnos nada;  
 El hombre, de una mirada,  
 Todo ha de verlo al momento:  
 El primer conocimiento  
 Es conocer cuándo enfada.

Su esperanza no la cifren  
 Nunca en corazón alguno;  
 En el mayor infortunio  
 Pongan su confianza en Dios;  
 De los hombres, sólo en uno;  
 Con gran precaución en dos.

Las faltas no tiene límites  
 Como tienen los terrenos;  
 Se encuentran en los mas güenos,  
 Y es justo que les prevenga:  
 Aquel que defetos tenga,  
 Disimule los ajenos.

Al que es amigo, jamás  
 Lo dejen en la estacada,  
 Pero no le pidan nada

Ni lo aguarden todo de el:  
 Siempre el amigo más fiel  
 Es una conducta honrada.

Ni el miedo ni la codicia  
 Es güeno que a uno le asalten,  
 Ansi, no se sobresalten  
 Por los bienes que perezcan;  
 Al rico nunca le ofrezcan  
 Y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa, hasta entre pampas,  
 El que respeta a la gente;  
 El hombre ha de ser prudente  
 Para librarse de enojos:  
 Cauteloso entre los flojos,  
 Moderado entre valientes.

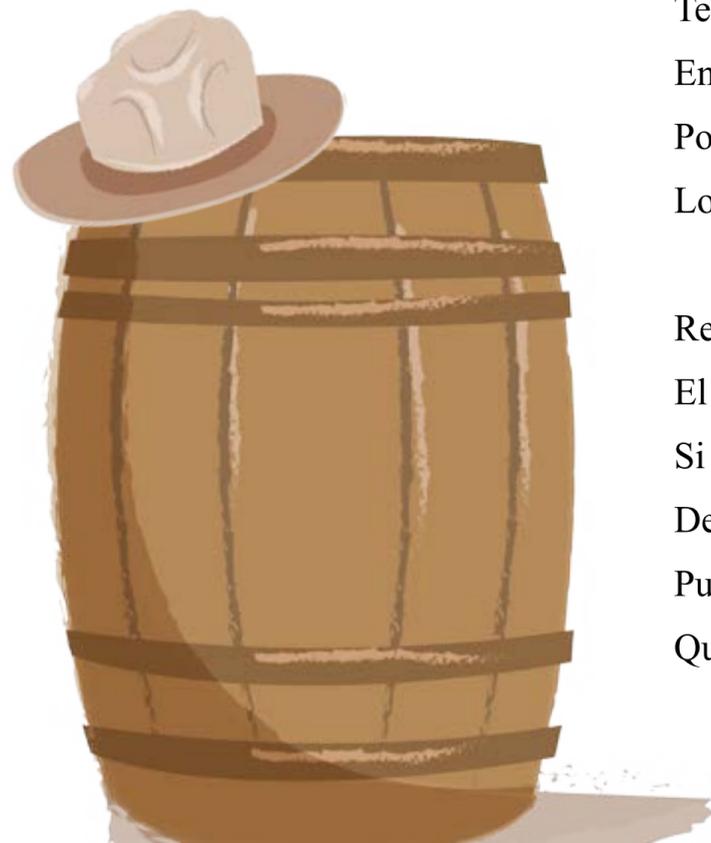
El trabajar es la ley,  
 Porque es preciso alquirit;  
 No se espongan a sufrir  
 Una triste situación:  
 Sangra mucho el corazón  
 Del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre  
 Para ganarse su pan;  
 Pues la miseria, en su afán  
 De perseguir de mil modos,  
 Llama en la puerta de todos  
 Y entra en la del haragán.

A ningún hombre amenacen,  
 Porque naides se acobarda;  
 Poco en conocerlo tarda  
 Quien amenaza imprudente:  
 Que hay un peligro presente  
 Y otro peligro se aguarda.

Para vencer un peligro,  
 Salvar de cualquier abismo  
 —Por esperencia lo afirmo—,  
 Más que el sable y que la lanza  
 Suele servir la confianza  
 Que el hombre tiene en si mismo.

Nace el hombre con la astucia  
 Que ha de servirle de guía;  
 Sin ella sucumbiría:  
 Pero, según mi esperencia,  
 Se vuelve en unos prudencia  
 Y en los otros picardía.



Aprovecha la ocasión  
 El hombre que es diligente;  
 Y, tenganlo bien presente:  
 Si al compararla no yerro,  
 La ocasión es como el fierro:  
 Se ha de machacar caliente.

Muchas cosas pierde el hombre  
 Que a veces las vuelve a hallar;  
 Pero les debo enseñar,  
 Y es güeno que lo recuerden:  
 Si la vergüenza se pierde,  
 Jamás se vuelve a encontrar.

Los hermanos sean unidos  
 Porque ésa es la ley primera  
 Tengan unión verdadera  
 En cualquier tiempo que sea,  
 Porque, si entre ellos pelean,  
 Los devoran los de ajuera.

Respeten a los ancianos:  
 El burlarlos no es hazaña;  
 Si andan entre gente estraña  
 Deben ser muy precavidos,  
 Pues por igual es tenido  
 Quien con malos se acompaña.

La cigüeña, cuando es vieja,  
 Pierde la vista, y procuran  
 Cuidarla en su edá madura  
 Todas sus hijas pequeñas:  
 Apriendan de las cigüeñas  
 Este ejemplo de ternura.

Si les hacen una ofensa,  
 Aunque la echen en olvido,  
 Vivan siempre prevenidos;  
 Pues ciertamente sucede  
 Que hablará muy mal de ustedes  
 Aquel que los ha ofendido.

El que obedeciendo vive  
 Nunca tiene suerte blanda,  
 Mas con su soberbia agranda  
 El rigor en que padece:  
 Obedezca al que obedece  
 Y será gúeno el que manda.

Procuren de no perder  
 Ni el tiempo ni la vergüenza;  
 Como todo hombre que piensa,



Procedan siempre con juicio;  
 Y sepan que ningún vicio  
 Acaba donde comienza.

Ave de pico encorvado  
 Le tiene al robo afición;  
 Pero el hombre de razón  
 No roba jamás un cobre,  
 Pues no es vergüenza ser pobre  
 Y es vergüenza ser ladrón.

El hombre no mate al hombre  
 Ni pelé por fantasía;  
 Tiene en la desgracia mía  
 Un espejo en que mirarse;  
 Saber el hombre guardarse  
 Es la gran sabiduría.

La sangre que se redama  
 No se olvida hasta la muerte;  
 La impresión es de tal suerte,  
 Que, a mi pesar, no lo niego,  
 Cai como gotas de juego  
 En la alma dei que la vierte.



Es siempre, en toda ocasión,  
 El trago el pior enemigo;  
 Con cariño se los digo,  
 Recuérdenlo con cuidado:  
 Aquel que ofiende embriagado  
 Merece doble castigo.

Si se arma algún revolutis,  
 Siempre han de ser los primeros,  
 No se muestren altaneros,  
 Aungue la razón les sobre:  
 En la barba de los pobres  
 Aprienden pa ser barberos.



Si entriegan su corazón  
 A alguna mujer querida,  
 No le hagan una partida  
 Que la ofienda a la mujer:  
 Siempre los ha de perder  
 Una mujer ofendida.

Procuren, si son cantores,  
 El cantar con sentimiento,  
 Ni tiemplan el instrumento  
 Por sólo el gusto de hablar,



Y acostúmbrense a cantar  
 En cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos  
 Que me ha costado alquirirlos,  
 Porque deseo dirigirlos;  
 Pero no alcanza mi cencia  
 Hasta darles la prudencia  
 Que precisan pa seguirlos.

Estas cosas y otras muchas  
 Medité en mis soledades;  
 Sepan que no hay falsedades  
 Ni error en estos consejos:  
 Es de la boca del viejo  
 De ande salen las verdades.—



## XXXIII

Después a los cuatro vientos  
 Los cuatro se dirigieron;  
 Una promesa se hicieron  
 Que todos debían cumplir;  
 Mas no la puedo decir  
 Pues secreto prometieron.

Les alvierto solamente  
 —Y esto a ninguno le asombre,  
 Pues muchas veces el hombre  
 Tiene que hacer de ese modo—;  
 Convinieron entre todos  
 En mudar allí de nombre.

Sin ninguna intención mala  
 Lo hicieron, no tengo duda;  
 Pero es la verdad desnuda  
 —Siempre suele suceder—:  
 Aquel que su nombre muda  
 Tiene culpas que esconder.

Y ya dejo el instrumento  
 Con que he divertido a ustedes;  
 Todos conocerlo pueden

Que tuve costancia suma:  
 Este es un botón de pluma  
 Que no hay quien lo desenriede.

Con mi deber he cumplido,  
 Y ya he salido del paso;  
 Pero diré, por si acaso,  
 Pa que me entiendan los criollos:

Todavía me quedan rollos  
 Por si se ofrece dar lazo.  
 Y con esto me despido  
 Sin espresar hasta cuándo;  
 Siempre corta por lo blando  
 El que busca lo seguro,  
 Mas yo corto por lo duro,  
 Y así he de seguir cortando.

Vive el águila en su nido,  
 El tigre vive en su selva,  
 El zorro en la cueva ajena,  
 Y, en su destino incostante,  
 Solo el gaucho vive errante  
 Donde la suerte lo lleva.

Es el pobre en su orfandá  
 De la fortuna el desecho,  
 Porque naidés toma a pechos  
 El defender a su raza:  
 Debe el gaucho tener casa,  
 Escuela, iglesia y derechos.

Y han de concluir algún día  
 Estos enriedos maaditos;  
 La obra no la facilito  
 Porque aumentan el fandango  
 Los que están, como el chimango  
 Sobre el cuero y dando gritos.

Mas Dios ha de permitir  
 Que esto llegue a mejorar;  
 Pero se ha de recordar,  
 Para hacer bien el trabajo,  
 Que el juego, pa calentar,  
 Debe ir siempre por abajo.

En su ley está el de arriba  
 Si hace lo que le aproveche;  
 De sus favores sospeche

Hasta el mismo que lo nombra  
 Siempre es dañosa la sombra  
 Del árbol que tiene leche.

Al pobre, al menor descuido,  
 Lo levantan de un sogazo,  
 Pero yo compriendo el caso  
 Y esta consecuencia saco:  
 El gaucho es el cuero flaco:  
 Da los tientos para el lazo.

Y en lo que esplica mi lengua  
 Todos deben tener fe;  
 Ansí; pues, entiendanmé,  
 Can codicias no me mancho:  
 No se ha de llover el rancho  
 En donde este libro esté.

Permítanme descansar,  
 ¡Pues he trabajado tanto!  
 En este punto me planto  
 Y a continuar me resisto:  
 Estos son treinta y tres cantos,  
 Que es la mesma edá de Cristo.

Y guarden estas palabras  
Que les digo al terminar:  
En mi obra he de continuar  
Hasta dárselas concluida,  
Si el ingenio o si la vida  
No me llegan a faltar.

Y si la vida me falta,  
Tenganlô todos por cierto  
Que el gaucho, hasta en el desierto,  
Sentirá en tal ocasión  
Tristeza en el corazón,  
Al saber que yo estoy muerto.

Pues son mis dichas desdichas  
Las de todos mis hermanos;  
Ellos guardaran ufanos  
En su corazón mi historia:  
Me tendrán en su memoria  
Para siempre mis paisanos.

Es la memoria un gran don,  
Calidá muy meritoria;  
Y aquellos que en esta historia

Sospechen que les doy palo,  
Sepan que olvidar lo malo  
También es tener memoria.

Mas naides se crea ofendido  
Pues a ninguno incomodo,  
Y si canto de este modo,  
Por encontrarlo oportuno,  
No es para mal de ninguno  
Sino para bien de todos.



